

DIARIO DE LA MARINA



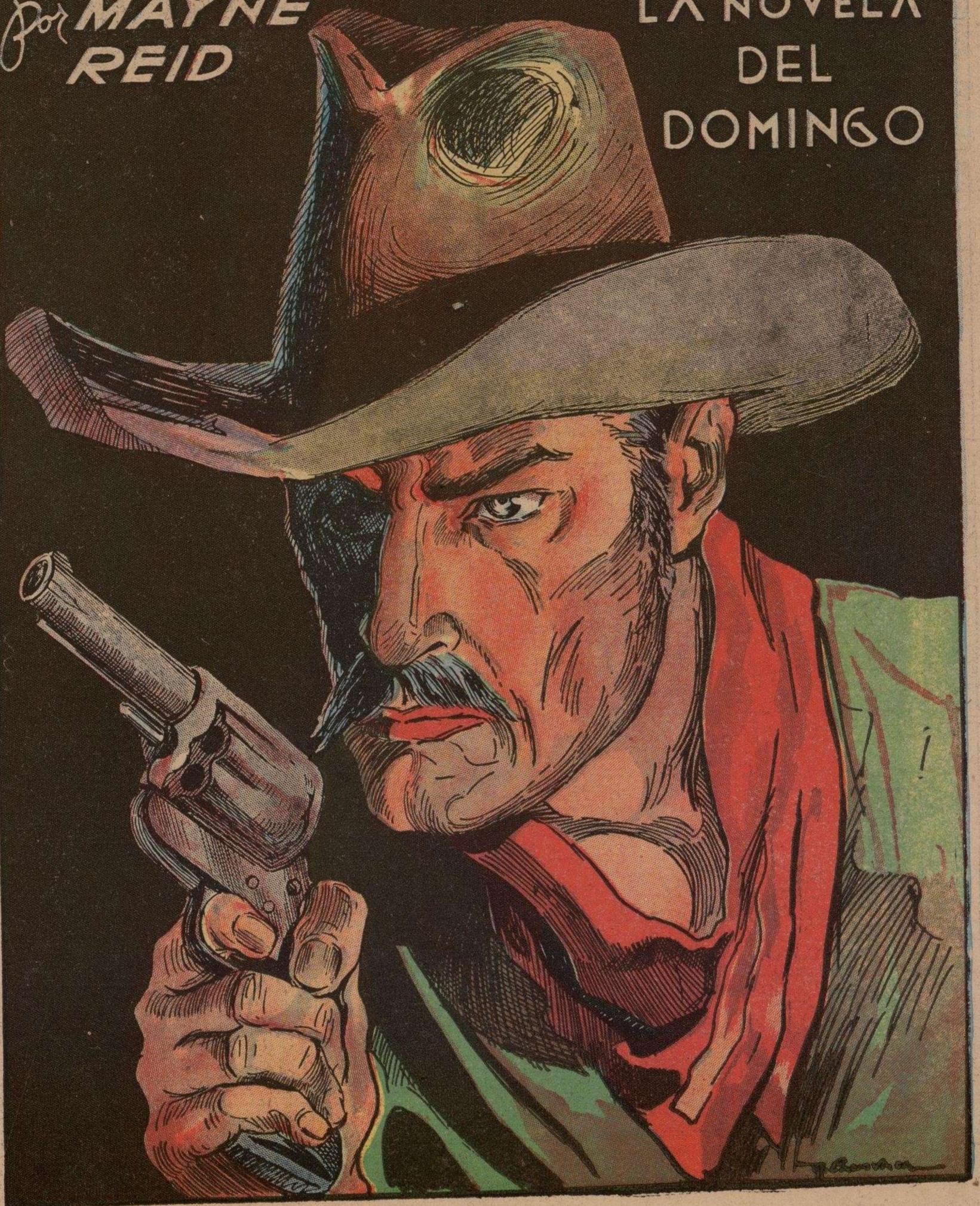
LA HABANA, 20 DE NOVIEMBRE DE 1938

Suplemento Dominical

EL BANDOLERO

Por **MAYNE REID**

LA NOVELA
DEL
DOMINGO



Este
numero:

★
Cómo
combatir la
fermedad
del
"homicidio"

★
Hollywood
Cambiado.
por Irene Rich

★
lecturas Amenas
Historietas
en Colores,
para Grandes
y Chicos

CAPITULO PRIMERO

La ciudad de los Angeles.

La Puebla de los Angeles es una de las ciudades más notables de México, por la clase de sus habitantes, cuyas dos terceras partes se componen de sacerdotes, «pelachs», «poblanos», rateros y bandidos del peor género. Aún creo haberme quedado corto al decir dos terceras partes, puesto que escasamente podrá encontrarse la tercera entre lo que ellos llaman «buena gente» y nosotros conocemos como personas dignas y respetables. Igualmente cierto es que el diez por ciento de los hombres que se encuentran en sus calles son sacerdotes, o pertenecen a las muchas y santas hermandades que allí abundan. Al pasar por sus calles puede leerse en cada tres o cuatro puertas un letrero que dice: «Casa de San Agustín», «Casa de San Francisco», «Casa de Jesús», etc. Si preguntáis qué significan aquellos letreros, os dirán que las casas que tienen aquellos letreros pertenecen a los conventos que llevan aquel nombre. Veis, en fin, la iglesia encima, delante y alrededor vuestro, ejerciendo su poderosa dominación sobre los cuerpos y las almas de los poblanos. A no ser así, La Puebla, situada en el centro de una inmensa llanura, cuya fertilidad sugirió a Cortés y sus conquistadores el nombre de «La Vega», rodeada de un magnífico anfiteatro de montañas de las más altas del mundo, con un clima de primavera perpetua, bien pudiera ser llamada sitio de ángeles, si no estuviera habitada por los hombres más infames y las mujeres menos angélicas que he conocido. Aparte de su carácter moral, la Puebla de los Angeles, por su aspecto y su historia, es verdaderamente poética. Colocada en el mismo sitio que ocupó la antigua Azteca, a la vista de Cholula, la Atenas de la India, ¡qué corazón permanecería insensible al relato de sus recuerdos históricos! Recuerdo perfectamente la impresión que sentí cuando descubrí por primera vez las torres de La Puebla. Fué tan grande, tan religiosa, tan sublime, que nunca podré olvidar la deliciosa emoción de aquellos momentos.

Yo era uno de los tres mil invasores que a largas jornadas atravesábamos los ardientes picos de las Vigas, de los cuales quedaron algunos vencidos por los lanceros de Santa Ana en las varias escaramuzas que tuvimos al pie de la montaña.

Íbamos rendidos de fatiga, pero todas las miserias del camino se olvidaron al divisar la bendita ciudad; y animados por el sonido de los tambores y trompetas, corrimos a tomar posesión de ella. No necesitamos gran valor para conseguir nuestro propósito. Fuera de las murallas nos esperaban el alcalde mayor y sus magistrados, que, con gracioso discurso en sus labios y un mal deseo en el fondo de su corazón, nos entregaba de tan buena gana como puede suponerse, la bonita ciudad de los Angeles.

Durante el camino habíamos creído que La Puebla sería para nosotros el punto de más peligro, puesto que allí debíamos encontrar los hijos de «tierra templada».

Los santos de la ciudad bendita habían prometido una hecatombe, y esperábamos algo parecido a una batalla. Sufrimos un gran desengaño, aunque no puedo asegurar que fuese desagradable.

Es magnífico encontrarse las tiendas y las fondas abiertas, sobre todo las úl-

EL BANDOLERO

Por MAINE REID

timas; las ventanas y balcones adornados con graciosas figuras y sonrisas amables. Así fuimos recibidos en la ciudad de los Angeles. No hubo barricadas, ni tiros en las calles, ni dificultades de ningún género. Las graciosas mujeres de La Puebla estaban allí, medio ocultas entre las rejas de sus ventanas o en los balcones, donde lucían sus mejores encantos. Muchas de ellas eran hermosas, pero no puedo decir que nos miraban sonriendo. Casi sería más verdadero asegurar que la mayor parte nos ponía muy mala cara. Era una recepción fría; pero aún tenemos mucho que agradecer que no nos hubiesen recibido con más «fuego».

Entre infantería y caballería escasamente podíamos reunir tres mil hombres aptos para el combate. Animados en aquel momento de un gran entusiasmo, que nuestros tambores avivaban, y más aún la idea de conquistar una ciudad tan santa, o por lo menos de tan santo nombre; pero más animados aún por la pequeña batería de brillantes ojos negros que se presentaba a nuestra vista, marchábamos por las calles de una población que contaba más de sesenta mil habitantes, con casas suficientes para contener otros tantos.

La infantería, rendida de fatiga, descansó al fin en la Plaza Grande. Un destacamento de caballería recorrió las desiertas calles en busca de alojamiento para los soldados. Guiados por las descontentas autoridades, se encontraron pronto los cuarteles, y antes de ponerse el sol, un nuevo régimen quedó establecido en la ciudad de los Angeles.

CAPITULO II

La ciudad de los diablos

Nuestro ejército conquistador, tan fácilmente admitido en la ciudad de los Angeles, descubrió muy pronto que no merecía tan santo nombre, y antes de una semana casi todos nuestros soldados hubieran preferido que nos hubiésemos quedado en Timbuctoo; teniendo, sin embargo, a pesar de nuestra antipatía, que permanecer por espacio de muchos meses allí, por no parecernos prudente dirigirnos desde luego a la capital.

Aquella inútil espera nos costó muchos miles de valientes, y según se probó después, podíamos muy bien haber seguido nuestra triunfante marcha hacia la capital sin el menor obstáculo. Lo cierto es que permanecíamos en La Puebla.

Si la ciudad habitada por verdaderos ángeles no es más agradable que La Puebla, dudo que haya muchos de mis compañeros que deseen ir a ella. Es verdad que estábamos en una ciudad enemiga y que no podíamos esperar la mejor hospitalidad. La mayoría de sus habitantes permanecían encerrados en sus casas. Los comerciantes, con sus caritativos precios para el bolsillo enemigo, nos tenían muy hartos. Aquellas ventanas, llenas de mujeres de hermosos ojos negros que vimos el día de nuestra entrada, parecían haber desaparecido de la ciudad, y con muy raras excepciones no volvimos a verlas sino muy rara vez.



Suponíamos que nos espían detrás de sus oscuras rejas, y teníamos motivos para creer que sus celosos padres o maridos no les permitían dejarse ver. No tardamos mucho en comprender las inclinaciones de los hombres de aquella tierra angelical. En una ciudad de sesenta mil habitantes, con casas bastantes, como ya he dicho, para otros tantos, un pequeño cuerpo de ejército como el nuestro apenas podía distinguirse entre la multitud. En los días de ejercicio o revista parecíamos suficientes, sin embargo, para dominar a los bribones que nos rodean; pero una vez repartidas las tropas en sus respectivos cuarteles, bastante distantes unos de otros; ya era diferente, y un pobre soldado vestido de azul en las calles de La Puebla podía muy bien compararse a un hombre honrado que sólo pudiera moverse entre mil ladrones.

La consecuencia de esto fué que los poblanos se hicieron muy valientes y empezaron a creer que se habían rendido con demasiada facilidad. Y la con-

secuencia natural de semejante suposición fué la hostilidad que demostraron hacia nuestros soldados, la cual produjo no pocas riñas, golpes, y hasta serias heridas.

Resultó de esto un rencor que casi pudiera considerarse como una reputación (que se hizo general en todo el país, y que el pueblo repetía y afectaba creer) de que los americanos, muy valientes en batalla, tenían individualmente miedo de sus enemigos, y evitaban, siempre que podían, un encuentro personal. Esta idea, propagada por la juventud entre las señoras, obtuvo crédito por espacio de algún tiempo. Recuerdo muy bien la noche en que por vez primera se supo esta calumnia.

Eramos doce de nosotros, y estábamos perfectamente entretenidos con un cesto de Champagne que encontramos en las bodegas de La Puebla. Se acercó uno de nuestros oficiales y nos dijo que había sido sorprendido en la calle, no por la canalla de los «pelachs», sino por

hombres que eran conocidos como lo más distinguido de la población.

Nos levantamos todos como un solo hombre y nos fuimos a la calle. Era todavía temprano; había mucha gente. Solamente puedo justificar lo que siguió: que habíamos sido cruelmente provocados.

La lección dió los mejores resultados; pero como todo en el mundo tiene también sus inconvenientes, nuestros soldados, siguiendo el ejemplo de sus oficiales, empezaron a pelear con los poblanos, mientras que los «leperos», viéndolos solos en sitios aislados, se vengaron en varias ocasiones.

Si un oficial solo, aún dos o tres, tenían que ir a comer a uno de los cuarteles distantes, tenía que quedarse allí hasta el día siguiente, o correr el riesgo de tener algún encuentro desagradable al volver a su casa.

Algunas correrías se hacían en secreto a barrios apartados; pero de noche no había medio de apartarse de nuestros centros. ¡En ésta hermosa situación nos encontrábamos en la ciudad de los Angeles!

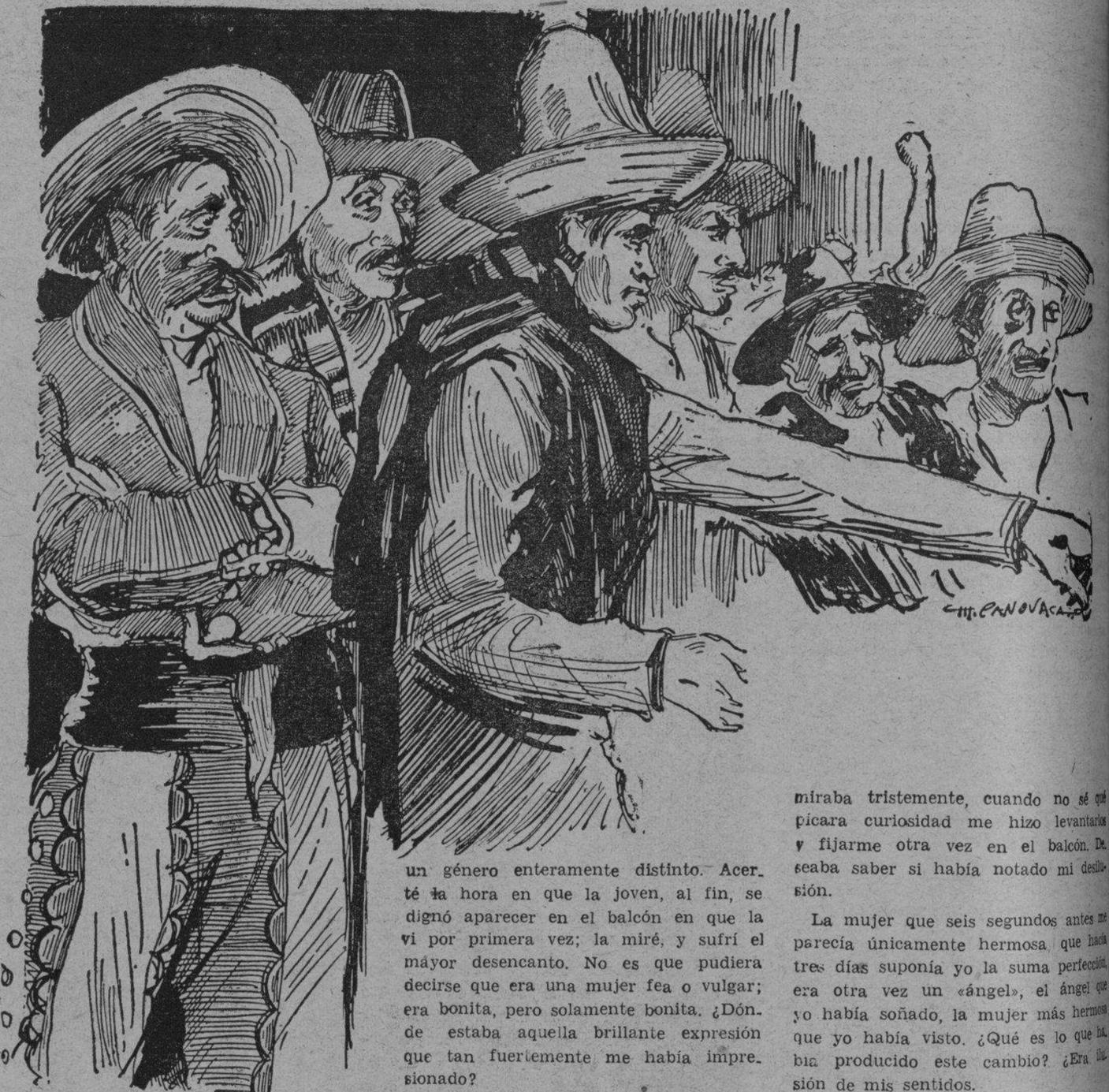
CAPITULO III

La señorita del balcón.

A pesar de todo consideraba yo La Puebla como un paraíso, puesto que sabía que había allí, si no un ángel del cielo, una mujer más hermosa que todas las mujeres. Sólo una vez la había visto. Fué el día de nuestra entrada en la ciudad. En el momento en que nuestra columna entraba en la Plaza Grande, se mandó hacer alto.

El sitio en que me tocó descansar tenía enfrente una hermosa casa, de aspecto imponente. En los balcones más bajos no había nadie; pero al mirar más arriba vi algo, que fijó mi vista y mi corazón. Había un balcón enfrente, con cortinas de Venecia, y entre ellas, cerrando las persianas, había una mujer... ¡un ángel, mejor dicho! No tenía esos cabellos rubios, tan de moda últimamente, sino oscuros, con ojos de una expresión divina, o, por mejor decir, tan humana como sólo allí se encuentra.

Al principio creí hasta ver en sus ojos cierta bondad; después me pareció, por el contrario, observar cierta seriedad, como si le disgustase mi descaro. Hubiera yo dado cuanto poseía por contentarla. En aquel momento hubiera yo pagado cualquier dinero por una flor que poder tirar a su balcón, porque sabía muy bien cuánto aprecian las mexicanas estas galanterías; pero desgraciadamente no podía disponer de flor ninguna, ni era, en verdad, el momento más apropiado para conseguir las. A falta de este sublime detalle, se me ocurrió sustituirle con la borla de mi espada; el cordón de oro quedó en un instante separado del arma que le estaba confiada, y fué derecho al balcón, cayendo a sus pies, como yo hubiera deseado poder hacer en su lugar. No la vi recogerlo. La trompeta nos mandó marchar en aquel momento, y tuve que ponerme a la cabeza de mis tropas. Cuando volví la cabeza al dejar la calle, vi que todavía estaba asomada y creí ver entre sus dedos no sé qué objeto dorado. Miré el nombre de la calle; se llamaba del Obispo. En el fondo de mi corazón hice el más ferviente voto de no abandonar en adelante la calle del Obispo... No tardé mucho en cumplir mi promesa. Al día siguiente, después de la revista, volví al sitio en el cual había visto la preciosa aparición algunas horas antes. Reconocí la casa sin la menor dificultad. Todo



ahora parecía diferente; estaba el marco, pero faltaba la pintura. Miré a los otros balcones de la casa. Todos estaban vacíos.

Me paseé inútilmente. Y con el sentimiento humillante de haber cometido una tontería, marché hacia el cuartel dispuesto a no repetirla.

CAPITULO IV

Fin duplicado.

Débil resolución que dejé de cumplir al siguiente día. Volví a pasar por la calle del Obispo, y a mirar con más afán todavía los balcones de la casa de la hermosa.

Como la víspera, las maderas permanecían cerradas, y mis paseos tuvieron el mismo resultado.

¿Iré otra vez? Me pregunté el tercer día; casi contesté negativamente, porque empezaba a cansarme del papel tonto que había representado en los paseos de los días anteriores. Era además peligroso. Nada más fácil que verme envuelto en una emboscada, de la que no sería muy fácil escapar.

Estas eran mis reflexiones en la mañana del tercer día después de mi llegada a la ciudad angélica. Pero esto fué por la mañana. Antes del anochecer ya había cambiado de opinión. La luz del crepúsculo influyó sin duda en mis sentimientos. Las dos veces que había estado había equivocado la hora en que las bellezas de La Puebla se dejan ver en sus balcones. De aquí, sin duda, mi desgracia de no haber conseguido mi deseo. Determiné ensayar otra vez

¡Tercer desengaño! Pero esta vez de

un género enteramente distinto. Acerté la hora en que la joven, al fin, se dignó aparecer en el balcón en que la vi por primera vez; la miré, y sufrí el mayor desencanto. No es que pudiera decirse que era una mujer fea o vulgar; era bonita, pero solamente bonita. ¿Dónde estaba aquella brillante expresión que tan fuertemente me había impresionado?

Podía mirarla perfectamente, seguro de no correr el peligro que tanto había temido para el porvenir. Después de todo, la explicación de mis sentimientos era muy fácil. Por espacio de seis semanas habíamos vivido entre las montañas. Nos habíamos acostumbrado a ver únicamente a las campesinas, que pasaban de cuando en cuando por el camino de Aztacán. Comparada con aquéllas, la de la calle del Obispo era verdaderamente un ángel. El contraste era sin duda lo que me había tan fuertemente impresionado. Era una lección para ser en adelante más prevenido antes de enamorarme.

Sentí, sin embargo, una dolorosa impresión al ver que el ángel de mi imaginación no era más que una mujer hermosa, cuyo pesar se aumentaba al recordar, sin decir nada de las infinitas ilusiones que me había forjado, todas completamente inútiles. Escasamente me consolaba con la idea de que mi tranquilidad no corría el menor peligro, puesto que ahora ya me era completamente indiferente la opinión que pudiera formar de mí la hermosa joven del balcón de la casa estucada. Me arrepentí de haberle tirado la borla de mi espada. Me importaba muy poco que mi pasión fuese o no correspondida, puesto que casi había desaparecido. Mientras pensaba todas estas cosas, había dejado de mirar al balcón; ella, por el contrario, estaba sorprendida, y hasta casi creí ver cierta expresión de disgusto en sus negros ojos. El descaro me merecía, en verdad que se enfada, y así fué. Pensaba yo arreglarlo marchándome y dejando libre el campo, y tenía mis ojos fijos en el suelo, que

miraba tristemente, cuando no sé qué picara curiosidad me hizo levantarme y fijarme otra vez en el balcón. De seaba saber si había notado mi desilusión.

La mujer que seis segundos antes me parecía únicamente hermosa, que hacía tres días suponía yo la suma perfección, era otra vez un «ángel», el ángel que yo había soñado, la mujer más hermosa que yo había visto. ¿Qué es lo que había producido este cambio? ¿Era ilusión de mis sentidos.

Me quedé paralizado, mirándola con mis ojos, con mi alma con todos los sentidos fijos en aquella mirada. Sin embargo, parecía menos disgustada que antes, lo cual yo no podía explicarme, y mucho menos la misteriosa transformación. Lo cierto es que dejé de mortificarme el arrepentimiento de haberle tirado la borla de mi espada. Por espacio de algún tiempo permanecí en aquel estado de estúpida admiración, que dió lugar a una segunda sorpresa.

Un nuevo cuadro se presentaba a mi vista. En el balcón había dos mujeres. Una era la hermosa ofendida que me hubiera tan fácilmente alejado para siempre de su calle; la otra el ser divino que me fijaba quizás para siempre en ella. Eran indudablemente dos hermanas. Se parecían prodigiosamente en figura y en facciones; hasta la expresión de su fisonomía era exacta, y tenía ese aire de familia que no se explica, y que, sin embargo, da un parecido tan perfecto a los individuos de ella. Las dos eran de un moreno claro, las dos eran altas bien formadas, a pesar de no haber ninguna de las dos llegado seguramente a cumplir los veinte años. A pesar de este gran parecido ¡qué diferentes eran a mis ojos! La que se ofendió con mi insolente descaro era una mujer hermosa, y nada más, un ser terrestre; mientras que su hermana tenía todo el aspecto de un ángel, cuya mirada debía ser el cielo.

CAPITULO V

Una salida nocturna

Desde aquel día no falté una sola tarde a la calle del Obispo. Con la misma

... que el sol se escondía detrás de las nevadas cimas de las montañas, y yo me quedé delante de la casa de Mercedes Villaseñor. Me fué muy fácil enterarme de su nombre y su posición, pues yo que todo el mundo sabía quién vivía en la gran casa: «Don Eusebio Villaseñor, un rico» con dos hijas muy lindas. Esto me respondía todo al que preguntaba.

Me dijeron también que don Eusebio descendía de españoles, aunque había nacido en México. Que en las venas de sus hijas corría la más pura sangre azteca, y que era una de las principales familias de La Puebla. No había nada en estas noticias que enfriase mi entusiasmo por la hija de don Eusebio; al contrario, como yo había previsto, me encontré pronto dominado por una pasión fortísima, a pesar de no haber nunca hablado con quien la inspiraba. No había medio de proporcionarme esta dicha. Imposible para nosotros llegar hasta las «familias principales» de la ciudad. Las señoritas estaban cuidadosamente encerradas en sus casas, y procuraban apartarlas de nosotros con el mismo afán que si cada casa hubiese sido un harén.

Mi entusiasmo era demasiado vivo para que tales precauciones me hiciesen desistir, y conseguí un medio que, aunque distante de ella, debía producir los mejores efectos. Las miradas que yo la dirigía estaban de tal modo impregnadas de los sentimientos de mi alma, que yo podía menos de comprender todo lo que yo quería decirle. Tuvo la vanidad de creer que no la disgustaba, y que correspondía con las suyas, en la que yo veía algo más que una simple bondad. Estaba lleno de alegría y de esperanza. Todo me hacía creer que marchaba rápidamente a un desenlace feliz, cuando ocurrió el cambio de que he hablado entre los habitantes de La Puebla y nuestras tropas. Excuso decir que este nuevo estado de cosas me disgustó muchísimo, puesto que me privaba necesariamente de mis deliciosos paseos, y en las raras ocasiones que pude hacer alguna escapatoria, no volví a ver a Mercedes Villaseñor. Ella también había sido cruelmente encerrada, como todas las señoritas de la ciudad. Cuando llegó esta época, desesperada para mí, y para todos nosotros, mi pasión había llegado ya a un punto imposible de dominar, por ninguna clase de peligros. Mis esperanzas habían ido en aumento, y animado con ellas, no perdí ocasión de escaparme del cuartel y acercarme a la calle del Obispo. No temía los peligros que podría encontrar en mi camino, como no temía el castigo de mis jefes.

Por una sola mirada de la hermosa mujer, a quien tiré con tanto entusiasmo la borla de mi espada, hubiese yo perdido mi carrera; y en cuanto a mi vida la exponía con gusto siempre que salía con la esperanza de verla. Pero todo fué inútil. ¡Mercedes no volvió a asomarse al balcón! La incertidumbre que empezó a sentir se hizo insostenible; no pude sufrirla por más tiempo, y decidí buscar algún medio de comunicación. ¡Qué dicha es para los amantes poder trasladar sus pensamientos al papel! Recurrí a este medio, y escribí una carta, dirigida a la señorita Mercedes Villaseñor. Cómo hacerla llegar a sus manos era ya asunto más difícil. Había yo visto algunos criados entrar y salir por la gran puerta de su casa; pero, ¿cuál sería el más a propósito para cumplir debidamente tan delicada misión? No se por qué me fijé en el cochero, un muchacho alto, con traje de pana, que yo

había visto algunas veces llevar a paseo los caballos del coche. Tenía cierta expresión picaresca que me hacía suponer que se dejaría sobornar fácilmente. Decidí ensayar, y darle un doblón al mismo tiempo que mi carta.

El mejor plan era esperarle en una de aquellas salidas nocturnas, y esto fué lo que decidí. El mismo día que yo escribí mi epístola, me hice amigo del oficial de guardia, y no tuvo el menor inconveniente en dar la contraseña; y envuelto en un gran abrigo de paño que me puse, más bien para ocultar mi uniforme que para librarme del frío, empecé mi amoroso paseo.

Felizmente, la noche era oscura y el cielo estaba completamente cubierto de tempestuosas nubes. No era bastante tarde para que los ciudadanos se hubiesen retirado. Los había por cientos en las calles, todos vecinos de La Puebla, y los más pertenecían a la clase baja del pueblo, y entre ellos dominaban por el

lo peligros diez veces mayores. Seguí, pues, mi camino, cuidando de cerrar perfectamente mi abrigo. En veinte minutos me encontré en la calle del Obispo. Comparada con las otras calles por donde había pasado, ésta parecía desierta.

Enfrente de la casa había una gran puerta, y en el hueco de ella me coloqué para esperar pacientemente la salida del cochero.

CAPITULO VI

El adiós en la noche.

A pesar de conocer perfectamente la hora en que solía salir, no la calculé sin duda con la mayor precisión, puesto que hacía ya más de veinte minutos que esperaba con mi carta en la mano y el doblón en el bolsillo, prontos ambos a ser entregados al chispeante cochero que yo había escogido por confidente.



número los «leperos». No se veía ni siquiera un solo uniforme, excepto los centinelas de los cuarteles. Las tropas todas estaban encerradas, según las órdenes de sus jefes. Si un extranjero hubiese pasado por aquella ciudad, no hubiese creído que estaba ocupada por americanos.

Los poblanos parecían únicos dueños de la plaza. Estaban alegres y alborotaban, medio borrachos con su «pulque», y se sentían inclinados a pelear, más bien que a dar pruebas de amistad, sobre todo a nosotros.

Los «leperos», que ya no temían a sus autoridades, fueron poco a poco permitiendo toda clase de libertades. En mi camino fui varias veces insultado, no por mi uniforme, que no podía verse con el gran abrigo que llevaba, sino por este mismo paletó, que ellos suponían no podían usar más que los aristócratas del país.

Comprendí muy pronto que había empecado un paseo por demás peligroso. Era sin embargo, tal mi afán de llegar al término que me había propuesto, que nada podía detenerme, hubiese arrostrado sin dudar un momen-

Algo debía detenerle en casa; alguna obligación existía que no le permitía salir aquella noche. Esta idea me impacientaba y me hacía insostenible el rincón de la puerta del vecino de don Eusebio. ¡Las diez! La sonora campanada de la Catedral dejaba oír esta hora fatal para mí aquella noche. Lo menos veinte relojes de otras tantas iglesias, cuyas torres adornan la ciudad de los Angeles, repitieron las diez campanadas y llenaron el aire con el melancólico sonido de sus lenguas de metal.

Consulté mi reloj, y al levantar la cabeza quedé sorprendido. La puerta estaba cerrada y, sin embargo, con gran sorpresa mía vi un hombre delante de ella. ¿Era él o era otro? Yo no había sentido el más ligero ruido; ninguna puerta había sonado al abrirse o cerrarse; no podía ser el cochero. Pronto observé que no era él. Aquel hombre iba, como yo, envuelto en un abrigo, y tenía aun sombrero negro; pero a pesar de este disfraz y de la escasa luz que daba el triste farol que tenía enfrente no podía tomarse por un criado, ni mucho menos por un «lepero». Todo su aspecto indicaba el más perfecto caballero, oculto entre los pliegues de su largo paletó.

Parecía un hombre de mi edad, unos veinticinco años. Por lo demás, era en todo bien superior a mí porque su cara según pude ver desde mi sitio, me pareció de una perfecta belleza.

Seguramente no se había parado delante de la casa de don Eusebio sin algún propósito; era evidente que esperaba algo, mientras pasaba delante del balcón que con tanto afán miraba, que era, ¡ay!, el mismo que yo tan apasionadamente había contemplado. Sus miradas y su aire todo demostraban una completa seguridad, que dejaban adivinar que no era la primera vez que venía a aquel sitio, al cual acudía, no como yo, por una remota esperanza sino con la deliciosa certeza que proporciona una «cita».

Oculto en la puerta, yo no había sido visto por él, aunque me importaba esto muy poco. Permanecí escondido, por costumbre sin duda, y sin darme cuenta de lo que hacía, por instinto, si prefiere el lector esa frase. Desde el primer momento adiviné que mi juego había terminado, y que nada tendría que hacer con el criado de don Eusebio Villaseñor. Su hija tenía ya otro compromiso y no podía ocuparse de mí.

La Catedral debía dar la señal, y a la primera campanada el amante feliz apareció en la calle del Obispo y se dirigió hacia la casa de Mercedes. Todavía resonaba el aire con el eco de la última nota, cuando vi apartar con silencio las persianas, y una cara que mil y mil veces había yo visto en mis sueños, ahora en espantosa realidad, apareció entre ellas. Un instante después aquella figura, vestida de oscuro, salió fuera del balcón; su blanco brazo se apoyó en la barandilla; algo más blanco todavía pareció en sus finos y delicados dedos, y cayó sin ruido a la calle, acompañado de una frase dulce y sencilla, que, aunque pronunciada en voz muy baja, llegó hasta el fondo de mi corazón: «Adiós, querido Francisco». Antes que el pequeño billete fuese recogido por el feliz amante, desapareció del balcón la joven; las maderas volvieron a cerrarse y la casa y la calle quedaron de nuevo sumidas en el más profundo silencio.

Nadie que hubiese pasado por casa de don Eusebio en aquel momento, hubiera podido suponer que su hija acababa de cometer una indiscreción. El secreto quedaba guardado por dos individuos, ¡y cuán distinta era la impresión que en ellos producía! El uno quedaba completamente trastornado de felicidad, mientras que el otro se consideraba el ser más desgraciado de la tierra.

CAPITULO VII

Siguiendo a mi rival

No podía dudar que mi rival se me había anticipado. Imposible equivocarse la frase tan bien pronunciada: «adiós, querido Francisco». El corazón más frío no podía menos de comprender su cariñoso sentido, mucho más habiendo sido acompañado de aquella carta.

Mi corazón quería saltar del pecho; no era solamente celos lo que yo tenía; era rabia, despecho, desesperación y creo que tenía motivo sobrado, porque si alguna mujer me había dado esperanzas con sus expresivas miradas y dulces sonrisas, esta mujer era, indudablemente, Mercedes Villaseñor. ¡Y todo para burlarse de mí, tal vez para lisonjear su vanidad de mujer!

En medio de mi desesperación me sentía indignado me parecía haber sido el juguete de una cruel coquetería. Imposible

sible quejarme a nadie, y, sin embargo, sentí la necesidad de desfogar mi ira.

¡Si hubiese podido verla en aquel momento!... pero se había retirado del balcón. Lo más probable es que no la viese más ni allí ni en otra parte.

¿Con quién desahogarme? ¿Con el hombre que me había robado su cariño? Nada más fácil que cruzar la calle, ponerme delante de él, insultarle y hundir mi espada en su pecho.

¡Qué locura! ¡Un hombre a quien no conocía y a quien seguramente no volvería a ver en mi vida!

Por más absurdo que parezca y más injusto que fuese mi deseo, éste era el impulso que sentía.

Pude al fin dominarlo.

Su hermosa cara debió servirle de mucho en aquella ocasión. Le vi mejor a la luz del farol, mientras leía su preciosa carta; comprendí que no tenía motivo para hacerle el menor daño.

No solamente era inocente del pesar que me había causado, sino que hasta ignoraba mi presencia. Por mucho tiempo debía seguir ignorándola. Esta fue mi reflexión, mientras me volvía para marcharme de aquel sitio fatal.

El cochero podía ya entrar y salir sin miedo de que yo le molestase. Su tardanza le había hecho perder aquella noche una buena propina. La carta, que hasta entonces había yo conservado en la mano, volvió a esconderse humildemente en mi bolsillo.

Las amorosas palabras, los dulces sentimientos que yo había escrito con tanto entusiasmo, nunca serían leídos por aquella a quien iban dirigidos. Por mi parte había concluido para siempre con la hija de don Eusebio Villaseñor, por más que su imagen quedase grabada para siempre en mi corazón; al menos pasaría mucho tiempo, mucho, antes que consiguiera olvidarla.

Quería irme hacia el cuartel, para tratar de resignarme en secreto con mi humillación; pero no sé por qué no sabía apartarme de aquella calle. Algo me decía que debía esperar; tal vez hubiese una repetición de la escena que acababa de presenciar.

Apenas podía yo creer semejante tontería; era evidente que ella no volvería aquella noche. Su visita al balcón había tenido todo el aire de una escapatoria. Yo había notado que una vez o dos había vuelto la cabeza, como si temiese que la espíasen, y era indudable que había escogido aquel preciso momento. Toda aquella maniobra había sido ejecutada con muchísima cautela. Se veía que sus amores eran contra la voluntad del padre.

¡Ah! ¡Demasiado bien comprendí yo aquella deliciosa situación clandestina! Siempre escondido en el hueco de la puerta, podía observar a Francisco mientras descifraba, o más bien devoraba la carta. ¡Cómo le envidiaba aquellos dichosos momentos!

Las palabras trazadas sobre el fino papel debían ser tan dulces para él, como su vista era amarga para mí. Su cara estaba enteramente delante del farol. No había más que verle para comprender que una mujer le adoraba y un hombre tenía celos de él. ¡Se explicaba perfectamente el entusiasmo de la hija de don Eusebio!

No tardó mucho en enterarse del contenido de la epístola. Su lectura le produjo gran alegría. Pudo verse por la agradable expresión que se manifestó en todas sus facciones. ¡Si yo hubiera podido ver las mías, de fijo hubiera encontrado un triste contraste! Acabó de leer, dobló la carta, y con el mayor cuidado,



como aquel que piensa conservarla toda la vida, la hizo desaparecer debajo de su paletó; se abrochó perfectamente después; dirigió una expresiva mirada al sitio por donde había recibido la dulce misiva, y dando media vuelta, empezó a andar.

Yo le seguí, sin que me sea posible decir por qué. Mis primeros pasos fueron enteramente mecánicos, sin idea ninguna. Podría ser un instinto de... fascinación... como el que conduce a la víctima precisamente al sitio peligroso que

Si hubiera consultado a la prudencia, a la experiencia o a cualquier otra de estas buenas señoras, me hubiese dicho: «¡Vete por el camino opuesto; véte y olvida! Olvídala a ella y a él, y todo lo que ha sucedido. No es tarde todavía. Estás a la orilla del mar de la pasión; puedes apartarte de él. ¡Retíra-

te pronto y sálvate de sus profundos abismos!».

Pero ¿qué hubieran conseguido estos buenos consejos al lado de la belleza de Mercedes? ¿Qué eran para mí, comparados con los encantos de una hija de México? Solamente su vista hubiese bastado para inclinar la balanza al lado de mi amor. Quería, por el contrario, saber más todavía, y sin duda por esto seguía los pasos de Francisco.

Si al empezar a andar no tenía objeto ninguno, pronto apareció éste, por más que no fuese muy esencial.

Deseaba saber qué clase de hombre era el que me había suplantado con tan feliz éxito.

Tenía el aspecto de un caballero, y el aire militar, tipo que había yo encontrado más de una vez en aquel país. No había en su traje, sin embargo, signo alguno de milicia.

Conforme iba pasando por delante de los faroles, pude observar su porte y su traje, pantalones oscuros sin trabillas; un paletó, un lustroso sombrero, como era de moda entonces entre los comerciantes del país. Pero todo ello me pareció bastante malo, y más bien estropeado por el uso que por no ser la clase de lo mejor. El paletó era de un paño muy bonito, de las fábricas de España. El sombrero tenía un galón, que antes de ensuciarse debía ser magnífico.

Todas estas observaciones las hacía yo con su cuenta y razón. Sacaba de ellas infinitas deducciones. La más segura era que mi rival, en vez de ser rico, se encontraba precisamente en la condición opuesta de la vida, es decir, sin un cuarto. Me convencí de esta su posición cuando le vi pararse delante de la puerta de una humilde casa, en una calle de pocas pretensiones. Abrió con la mayor facilidad, y sin hablar con nadie, entró como aquel que toma posesión de su casa.

Aquel sencillo episodio me había hecho conocer una historia llena de romanticismo. Mercedes Villaseñor, la hija de uno de los más ricos hacendados de la ciudad, dueño de unas de las mejores casas, sostenía una correspondencia secreta con un hombre mal vestido, que habitaba una humilde casa en una de las peores calles de la ciudad de los Angeles. No me chocó mucho el descubrimiento; sabía muy bien que ésta era una de las «cosas de México»; solamente que ya no me causaban estas cosas un pesar profundo.

CAPITULO VIII

¡Muera el americano!

Semejante a un ladrón que sigue con sigilo su víctima espionando la ocasión de sorprenderla, así seguí yo a Francisco. Preocupado con mis observaciones, no vi tres verdaderos ladrones que me seguían a pocos pasos. No soy exacto al nombrarlos; no eran precisamente ladrones, sino «picarones de a pies», es decir, bandidos de ciudad. Había llegado el momento en que yo hice mi primer enemistad con aquellos señores. Como ya he dicho, ignoraba completamente que nadie me imitase en el desagradable papel que yo mismo estaba haciendo. Después que mi rival desapareció detrás de su puerta, permanecí algunos segundos en la calle, pensando qué camino tomar. Nada tenía ya que hacer con el «querido Francisco», y decidí volver al cuartel. Pero ¿por dónde? Entusiasmado con mi papel de espía, no había reparado en el camino

que seguimos, y me encontraba completamente perdido en las calles de Puebla.

¿Qué hacer? En medio de este error, me sentí de repente cogido por atrás; mis dos brazos fueron sujetos al mismo tiempo, mientras me presionaban al cuello un fuerte garrote.

Los hombres que se habían apoderado de mí eran fuertes, pero no tan fuertes que pudieran impedir que me librara de ellos.

Con un fuerte empuje aparté los brazos que me cogían los brazos; pero al volverme vi que el garrote continuaba de jercer sus funciones, y di un golpe al que lo tenía, que fué a caer en medio de la calle. Antes que ninguno de los tres pudiese renovar su ataque, ya mi revólver en la mano, pronto a dejar en el sitio al primero que se acercase. Los ladrones se quedaron a la tancia.

No habían supuesto semejante resistencia, y si hubiesen sido ellos los que me cogieron, de fijo que no me hubieran vuelto a molestar aquella noche. De los tres, yo hubiese sabido librarme; en aquel momento, aprovechando su estupefacción, hubiera podido dejarlos muertos. Tenía en la mano un revólver de seis tiros, y otro igual en el cinto; doce tiros tan seguros como el más fuerte golpe de su garrote. Con la cuarta patada me bastaba, puesto que estaba seguro de no desperdiciar ninguno.

Aparte de la ira natural producida por tan desagradable sorpresa, no me sentí en mi más tranquilo.

Las fuertes sacudidas que habían experimentado mis nervios una hora antes, habían servido para fortificarlos. Verdaderamente, hasta necesitaba encontrar algo con que desahogar mi rabia, y, en fin, había una ocasión precisa. Dios o el diablo parecía haberme enviado los tres ladrones como pasto para alimentar mi despecho, especie de blanco donde dirigir mis tiros.

Firmemente creía yo en aquel momento la cosa más fácil del mundo hacer desaparecer aquellos tres hombres, y el único que me detuvo fué la elección de mi primera víctima.

Permanecí algunos segundos mirando mis enemigos, sin acabar de decidir dónde le dirigiría mi primer tiro. Ya tenía el dedo puesto en el gatillo; pero antes de apretarle, se me ocurrió una idea que me hizo desistir de mi propósito.

Era todavía muy temprano, pero más de las diez, y las calles estaban llenas de gente. Habían encontrado varios hombres al entrar en aquella tarde, y aun desde el sitio en que estaba podía distinguir lo menos medio docena de personas en los alrededores de las casas. Erán todas lo «peor» de la peor clase. El tiro de mi revólver los hubiera detenido, y aún cuando me librara de los tres ladrones, estaba en mayor peligro entre los patriotas.

Ahora es cuando comprendí lo peligroso de la situación en que mi imprudente paseo me había colocado.

Viendo que los ladrones parecían desistir de su propósito, y procuraban apartarse de mi pistola lo mejor que podían, pensé que lo más sabio y prudente era dejarlos ir. Esta idea, que entonces me pareció excelente, me hizo contentarme con recoger mi abrigo que en la pelea se había escapado de los hombros, y una vez recobrado, emprendí otra vez el camino. No había aún da-

CONTINUA EN LA
PAGINA 11

Elvira Ríos la mejicana que canta

por Antón Caballero

LA ÚLTIMA artista mejicana que se ha puesto de moda en los Estados Unidos, es Elvira Ríos, la linda trigueña que presentamos a los lectores. Cantando por las estaciones de la National Broadcasting Company, una de las compañías de radio más importantes del mundo, la linda voz de la mejicana está haciendo las delicias de los yanquis, que lo único que sienten es que todavía no se haya generalizado la televisión que permitiera verla también a través de las ondas etéreas.

Muchía gente cree que Elvira Ríos es pariente de la conocida actriz de la pantalla Dolores del Río, pero no es así. La nueva estrella pertenece a una familia muy humilde de la Ciudad de Méjico, y si actualmente se la conoce fuera de su patria y aún dentro de ella, es precisamente por motivo de su pobreza. Hace solamente año y medio que Elvira, obligada por la necesidad, comenzó a cantar en un café de Méjico. Cantaba tres canciones cada noche y obtenía la cantidad de cinco pesos mejicanos—unos dos dólares— que a ella le parecía poco menos que fabulosa. Su padre trabajaba—y trabajaba en una fábrica, y su sueldo no era suficiente para mantener con decoro a la familia. De manera que la chica oyó los consejos de un amigo que sabía lo que decía, y comenzó a cantar para el público.

Porque ella venía cantando desde pequeña, casi desde que tuvo uso de razón. Ni su padre ni su madre tenían facilidad para el canto, pero la niña era una especie de alondra. Cantaba a todas horas y lo hacía tan bien que causaba la admiración de las gentes.

La fama de la linda muchacha se fué extendiendo por la vieja ciudad de los palacios, y llegó a oídos de don Emilio Azcárraga, un caballero español que es dueño de la estación XCW de la capital de Méjico. El señor Azcárraga le ofreció un contrato para cantar desde su estación y la asombrada muchacha, tras un grave consejo de familia, decidió aceptar la oferta. Y a partir de entonces la fama de Elvira se extendió por toda la república.

Su éxito en la radio fué tan definitivo como el que obtuvo en el café capitalino. Las damas de sociedad comenzaron a invitarla a sus fiestas y así pudo conocerla y oírle cantar uno de los directores de la NBC, que visitaba Méjico. La voz y el palmito de Elvira Ríos, convencieron al mencionado personaje de que podía hacer carrera en los Estados Unidos, de manera que se apresuró a



hacerle una oferta para que se trasladara a Hollywood donde podía trabajar en la radio y el cine.

De ese modo la modesta mejicana tuvo la oportunidad de actuar en la peli-

cula "Tropic Holiday" y de darse a conocer por radio cantando desde los estudios de la NBC en Hollywood.

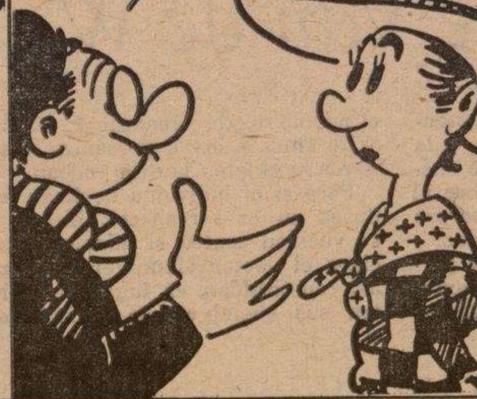
Elvira Ríos no se limita a cantar por radio las dulces canciones de su tierra,

sino que interpreta también números norteamericanos. Se dice que tiene una gran inteligencia que le ha permitido irse posesionando de la lengua desconocida con una facilidad que causa asombro.

EN ESTA PELÍCULA UD. HARÁ EL PAPEL DE JUAN MATASIETE EL AUDAZ BANDOLERO...



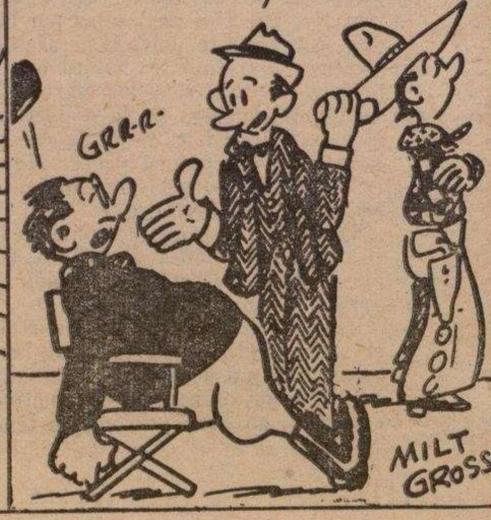
... SIEMPRE SEDIENTO DE ORO... MERCENARIO COMO POCOS... NADA LE SATISFACE... SIEMPRE QUIERE MÁS... PERO ES PRECISO QUE SE COMPENETRE BIEN DE PAPEL...



BUENO ¿QUE HUBO? ¿DÓNDE ESTÁN LOS ACTORES? ¿QUIÉN VA A HACER EL PAPEL DE JUAN MATASIETE? ¡VAMOS! YA ES TIEMPO DE EMPEZAR...



SE COMPENETRÓ DEMASIADO DEL PAPEL... AHORA QUIERE QUE LE AUMENTEN EL SUELDO.



MILT GROSS

En los Estados Unidos, cada 24 horas se suicida una persona. Además de honda pena, los suicidios provocan una gran peregrinidad, pues a pesar de ser tan comunes, sus causas son prácticamente desconocidas y, por ende, muy poco comprendidas. Todos deseáramos contribuir de un modo u otro a salvar estas vidas malogradas, tan trágicamente cortadas, pero casi nada o muy poco sabemos en lo que respecta a prevenir o siquiera aliviar la profunda depresión moral que conduce a los seres humanos a su propia destrucción.

El doctor Karl A. Menninger, fundador de una clínica para enfermedades mentales, ha descubierto, estudiando la mente de muchos suicidas potenciales, un gran número de cosas sorprendentes que en el porvenir podrán facilitar a médicos y familiares, los medios de impedir que muchas personas lleguen a suicidarse.

En su libro, "El Hombre contra sí mismo" recientemente publicado, el doctor Menninger dice que el suicidio es una enfermedad que aqueja a un sinnúmero de personas que, con todo, nunca llegan a ser víctimas de ella, y a tales enfermos los califica de "suicidas crónicos".

Según su opinión, el bebedor que esclavo del licor abandona su posición, sus amigos, su reputación, su salud y hasta su familia porque una necesidad imperiosa le impele a embriagarse, en realidad no hace otra cosa que someterse a un suicidio lento y penoso.

El neurótico que pierde la sensibilidad y uso de alguno de sus miembros sin causa orgánica para este efecto, está también matándose paulatinamente.

El criminal en extremo audaz y sin embargo inexplicablemente estúpido en la comisión de sus delitos, en realidad, acaso, no hace sino facilitar su captura y su castigo volviendo a la prisión una y otra vez, porque el delito mismo y la falta de precauciones en cometerlo, son resultado de un impulso similar de hacerse daño a sí mismo, y hacérselo también a los demás.

A veces el hombre solo se suicida mentalmente, y los que padecen de la enfermedad en esta etapa son bastante conocidos de los médicos, pues por lo general son dementes. En sus divagaciones se creen muertos o sienten que algunos de sus órganos son inútiles, y hasta que no los tienen.

El hombre es igualmente dado a torturarse, y todos hemos visto amigos y conocidos que en paroxismos de cólera destrozan los objetos que les rodean, o se arrancan la ropa. Los anormales van todavía más lejos: se golpean, se arrancan el cabello o se hieren a sí mismos.

El hombre que con frecuencia es víctima de accidentes, es de acción todavía más sutil: se cae de una escalera, tropieza contra un poste, se deja coger la mano en una máquina o pasa descuidadamente frente a un automóvil que se aproxima.

Los parientes y amigos, tal vez sin decirlo, se inclinan a creer que existe algo anormal en estos "descuidos", o también los achacan a "mala suerte". Esta última, en la opinión del doctor Menninger, es la enfermedad del suicidio, pues sin darse cuenta de ello muchas personas desean verdaderamente verse en accidentes, no solo por castigarse a sí mismas, sino para convertirse en centro de atención general.

MENOS peligrosas, pero igualmente reveladoras de la tensión interior, son las diversas costumbres de torturarse y mutilarse de un modo trivial: tirarse del cabello, comerse las uñas, morderse los labios, rascarse fuertemente la piel y la cabeza y escarbarse, agrandándola, cualquier erupción cutánea o cualquier herida.

A veces ciertas costumbres de autodestrucción, han sido aceptadas por la sociedad, y de ellas tenemos la de afeitarse los hombres diariamente, hábito que siguen prácticamente todos los varones de la actualidad a pesar de la molestia, el dolor y el sacrificio de la barba varonil. Este hábito, según el doctor Menninger, es una de las formas generalmente aceptadas de auto martirio.

Las torturas a que se someten las mujeres en los salones de belleza, son otra muestra de la autodestrucción parcial aprobada por la sociedad.

Dicho médico asegura que el odio es el sentimiento que impele al hombre a castigarse y a destruirse. Por otra parte, el amor, nunca es destructivo. Sin embargo, en cada persona de tendencias

Por Marjorie Van de Water

suicidas tiene lugar un conflicto constante entre las negras fuerzas del odio y la destrucción y las otras fuerzas, no menos poderosas, que impelen al hombre al amor y a creer en algo; y estas fuerzas contrarrestan las tendencias suicidas. Dichas fuerzas, al desarrollarse la personalidad en la niñez, se dirigen al exterior, y el individuo dedica, según explica

el mismo doctor Menninger, dosis de odio y de amor a otras personas, o a los lugares y objetos que le rodean.

Pero si el individuo no llega a la madurez en este respecto, dichas fuerzas se vuelven contra sí mismo, y como declara el doctor Menninger: "las personas así constituidas, en lugar de luchar contra sus enemigos, se lanzan contra sí



COMO COMBATIR
la enfermedad del
SUICIDIO

VIRGINIA
KRAUSMANN

Muchas personas, al decir de un reputado psiquiatra de los Estados Unidos, viven atormentadas por la idea del suicidio que germina en sus cerebros como planta maldita. En este artículo se bosquejan algunos de esos tormentos así como la manera de combatirlos.

tanto su propia vida como la de los que lo rodean, y siendo el desenlace posible de esta lucha la propia destrucción.

Este odio interno puede comenzar muy temprano en la vida, ya que, como indica el citado doctor, acaso proviene de maltratos y abusos recibidos en la niñez. Según su teoría, el amor y los mimos excesivos jamás hacen mal a un niño, ya alega que al mirar los padres a un hijo, lo hacen no por que la indulgencia sea muestra de ardiente amor paternal, sino como velo para cubrir una actitud antagónica que puede variar desde sencilla irritación hasta odio acendrado. El hijo venido contra los deseos de los padres, puede, por intuición, mirar a través de este velo y sentir que, a pesar de todo, se le rechaza. Por lo general los padres en estas condiciones vacilan entre la indulgencia excesiva para acallar sus conciencias, o el castigo cruel y la negligencia.

A veces el tratamiento duro recibido de un ser amado, surge más tarde en la vida, ya fuera del hogar, y entonces el ser humano, ya adulto, se retira, como una sensitiva, de todo contacto afectuoso, temiendo amar nuevamente. En lugar de amor siente odio, y si es una persona "buena" o "tímida", no siente odio por nadie, sino por sí misma.

GRADUALMENTE el horizonte de la vida de las personas en estas condiciones va empequeñeciéndose. Comienzan a ofender tanto a todo el mundo que pierden los amigos. Tanto los hombres como las mujeres les evitan. Pierden todo interés hacia las cosas de la vida, hacia las aficiones y distracciones que pudieran ser objeto de afición o empeño y, al cabo, la vida pierde para ellas todo valor.

El doctor Menninger indica que el primer paso en la reconstrucción interior de una persona así afectada, es inducirle a dedicar parte de sus emociones a los objetos exteriores, pues las corrientes del odio son más fáciles de encauzar.

Después se le sugieren objetos y acciones más adecuadas al odio: cortar leña o arrancar las hierbas malas del jardín son ocupaciones excelentes para diluir impulsos destructivos, siendo igualmente eficaces el fútbol y cualquier ejercicio que requiera competencia, el ajedrez, la política, y el asistir a luchas y encuentros de boxeo. Los objetos inanimados pueden también servir para descargar en ellos la renca interior.

"Es ciertamente mucho más provechoso para un hombre, —dice el doctor Menninger,— el dar golpes a un saco de arena o caminar varios kilómetros tras una pelota de golf, que dedicar esta misma energía a destrozar la reputación de sus vecinos, dar al traste con la paz y tranquilidad de su esposa, o pensar si su corazón está sano o no".

Ahora, el encauzar estas corrientes al exterior, no es suficiente, pues otra faz de la enfermedad del suicidio es el martirio propio, martirio para expiar culpas que al sentir del paciente son imposibles de borrar, siendo la expiación el mejor medio de escapar de esta idea de culpabilidad.

Cuando uno de estos infortunados se golpea la cabeza contra el muro, quizá sienta algún alivio, pero este alivio no es nada beneficioso a los demás; pero si en lugar de dar cabezadas a la pared, esta persona diese dinero a los pobres, se dedicara a una ciencia u otra actividad constructiva, entonces sus esfuerzos serían más eficaces. En este sentido la religión es de gran efecto terapéutico, pues para mucha gente la confesión, puede servir de desahogo a una conciencia inquieta.

Por último, pero de importancia primordial, el paciente de tendencias suicidas debe aumentar por todos los medios posibles su capacidad de amar, por lo cual el arte de hacer amigos es uno que deben cultivar en toda posible ocasión.

Si la persona es de carácter demasiado débil para cultivar amistades, puede interesarse en la música, en cualquier otro arte, en un oficio, o en alguna distracción que absorba sus sentidos. Los intereses de esta clase son por sí muy beneficiosos y pueden conducir a placenteros contactos con personas que más tarde pueden convertirse en verdaderos amigos.

El trabajo es un medio altamente eficaz de desprenderse de odios y rencillas y es también un modo de desarrollar impulsos creadores. Las actividades sociales, la enseñanza, el sacerdocio, la medicina y otras profesiones u oficios, conducen a los pacientes a absorberse en esfuerzos verdaderamente creativos, que proporcionan grandes beneficios a la humanidad al mismo tiempo que restituyen su salud mental.

mismas y se destruyen; en lugar de sentir amor hacia sus amigos, el arte del hogar, solo se aman a sí mismas". Y cuando una persona se concentra a tal punto dentro de sí, todo su amor se dirige hacia sí mismo y todo su odio, igualmente, hierve en su interior. De estas fuerzas encontradas resulta el conflicto. Si triunfa el amor a sí mismo, tenemos el superegoísta. Si el victorioso es el odio, tenemos a la persona que sin quererlo se tortura sin ningún objeto; que se convierte en mártir de sí misma trabajando con exceso o haciendo sacrificios inútiles que hacen miserable

Hollywood

HA CAMBIADO

POR IRENE RICH

DESPUES del largo viaje me siento contenta de haber regresado. Este viaje mío duró cinco años, en los cuales he visitado muchos lugares, he visto panoramas soberbios y muchas cosas nuevas, y he vivido emocionantes aventuras inolvidables.

Ahora me hallo de nuevo en Hollywood, la ciudad que abandoné hace cinco años. Fué como si abandonara una bien pavimentada carretera para tomar un camino vecinal y explorar senderos desconocidos, llenos de verdura, de claros soleados y de extrañas vistas. Me siento dichosa de estar de nuevo en mis lares y percibir el aire familiar de los estudios con sus consabidos tramoyistas dedicados a sus tareas tan diversas. Mientras andaba lejos no me daba cuenta, pero ahora comprendo cuanto eché de menos la alegre camaradería de la gente del cine.

Sin embargo, he regresado a un Hollywood tan desconocido para mí, que aun no acierto a comprenderlo.

Después de cinco años, me pasa como si tras una larga ausencia del hogar, al-

guien hubiera pintado y adornado de nuevo la casa, modernizándola y haciéndola hasta más agradable, pero, a pesar de todo, llenándola de sorpresas.

En comparación con cinco años atrás, cuando la dejé para dedicarme al radio, Hollywood es algo tan nuevo como el último coche aerodinámico. Dedicada enteramente al gran negocio de hacer películas con toda la eficacia comercial que el caso requiere, la transformación ha sido tan grande que solo aquellos que hemos estado ausentes podemos darnos cuenta de ella.

Aquí todo se hace ahora por horario y después de profunda consideración: el vestuario nos espera en el camerino o lo encontramos en el hotel cuando nos hallamos "on location". El peluquero y el maquillador son esclavos de su deber y lo desempeñan a perfección, habiendo pasado para siempre los días en que el actor o la actriz luchaba desesperadamente con un cabello rebelde y con los potes de cosméticos. Hoy entramos al departamento de maquillaje, nos sentamos en cómodas sillas y el maquillador

ejerce sus funciones. En el departamento contiguo el peluquero realiza con gran destreza las suyas, saliendo una en tiempo increíblemente corto con un peinado exquisito.

UNA amenaza constante y terrible ha desaparecido también de los estudios: hasta hace pocos años todo el mundo pensaba con terror en la palabra "acústica", preguntándose si su voz registraba bien, si era "microfónica".

Los grandes micrófonos cuelgan hoy sobre toda escena. Antes los temíamos, alzábamos la voz hacia ellos, los halagábamos... y los odiábamos. Parecían mortíferas bombas y realmente lo fueron para muchas carreras altamente prometedoras.

Hoy día el micrófono no es mayor que un huevo y cuelga casi invisible sobre nuestras cabezas. Nadie lo halaga, nadie se inquieta por él y el proceso de registrar la voz no tiene más complicaciones que el arte de la fotografía: hablamos con voz perfectamente natural, sin esforzarnos, dirigiéndonos al micrófono más bien como a un amigo que como a un enemigo.

Irene Rich, la popular actriz de tantas películas notables, ha vuelto a la escena de sus antiguos triunfos: Hollywood. En este artículo nos cuenta los grandes cambios que ha encontrado.

TODO esto constituye una gran ayuda, una gran comodidad. En otros tiempos era casi un delito echar a perder una línea, pues la corrección representaba una árdua labor por parte de los fotografiadores. La cámara estaba encerrada en una gran caja acojinada, cubierta de picaportes de refrigerador y envuelta en gruesas mantas. Para llegar al mecanismo se requerían cinco minutos de trabajo, y la operación de envolver de nuevo la desdichada caja era causa de mayores retardos. Al presente el fotógrafo mueve una palanca y la compacta caja de metal se abre instantáneamente.

¡Y los dobles! En aquellos días solo las grandes estrellas tenían dobles. Todos los demás habían de posar por sí mismos. Es de imaginarse mi sorpresa cuando me presentaron a mi doble para la película "That Certain Age".

—Esta es la señorita Pawley, su doble, —me dijo Joe McDonough el subdirector. Después supe que todos tenían dobles: Deanna Durbin, naturalmente; Jackie Cooper, Melvyn Douglas, John Halliday y Peggy Stewart.

Los NERVIOS la volvian casi loca



Lean esto detenidamente las que padezcan de los nervios o de histerismo

¿Le ocurre a usted lo que a esta pobre mujer? Sus nervios irritados la encolerizan a cada momento o la hacen llorar es injusta con los suyos, ha perdido el gusto para la vida.

No querrá usted que semejante estado de cosas continúe, sobre todo si puede evitarlo. Muchas mujeres han conseguido alivio en tales casos ayudando a la naturaleza con el famoso Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham.

El Compuesto de Pinkham está hecho especialmente para la mujer. No contiene drogas dañinas, ni narcóticos, sino benéficas hierbas y raíces. Contribuye con la naturaleza a tonificar el organismo, proporcionando ansiado alivio a los nervios agitados, a los periodos de abatimiento y al malestar asociado a los desarreglos femeninos.

Por tres generaciones unas mujeres dicen a otras que "para sentirse bien" no hay nada como el Compuesto de Pinkham, y más de un millón de mujeres agradecidas han escrito de los buenos resultados obtenidos. Pruébelo también usted.

Compuesto Vegetal de
Lydia E. Pinkham

a 98 de cada cien les hace BIEN

Una muerte cierta y cruel apareció terrible ante mis ojos. No veía medio de evitarla. No se me ocurría la más remota idea de semejante posibilidad.

Lo único que me consolaba era la esperanza de vender mi vida tan cara como se fuese posible. Antes de entregarme había sacrificado a algunos de mis cobardes asesinos.

Ninguno tenía pistolas ni armas de fuego que yo viese; nada más que sus cuchillos y sus «machetes». Sólo podían herirme de frente, y antes que llegasen tenía yo tiempo de descargar todos los tiros del revólver, por lo menos seis de los enemigos caerían muertos delante de mí.

Yo estaba colocado en una posición magnífica para defenderme. La casa que tenía detrás, y en la cual me había yo hecho fuerte, estaba construida con ladrillos, y sus tapias tenían lo menos tres pies de ancho. La puerta tenía también la menos dos pies de profundidad. Mi espalda, apoyada contra ella estaba colocada como el tejón en el barril atacado por los perros.

Cuánto tiempo podía conservarla, era la gran cuestión.

¿Quién podía saberlo?

Indudablemente dependía del valor de los enemigos, y del mayor o menor entusiasmo que sintiesen al oír los gritos repetidos sin cesar de «¡muera el americano!». Ninguno de los que así gritaban tenía el suficiente arrojo para exponerse a la muerte segura que debía encontrar el primero que se acercase.

Obstruyeron por completo la puerta de frente, y formando una formidable falange semejante a una jauría de furiosos sabuesos al apoderarse del pobre ciervo perseguido, los valientes no se atrevían a dar un paso hacia adelante.

Con tal cuidado procuraban todos apartarse del alcance de mis tiros.

Todavía más burlesco hubiera parecido al espectador verme caer de espaldas. Me levanté en el acto.

No estaba herido; no había recibido bala ninguna que me hiciese caer; pero simplemente se había abierto la puerta en que yo me apoyaba.

Alguno había levantado el picaporte sin que yo lo sintiera, y al separar la madera, me había naturalmente faltado el punto de apoyo y caí en tierra.

CAPITULO IX

La calle de los pájaros.

En el momento de caer tropecé con las piernas de un hombre. No perdí tiempo en levantarme; antes de conseguirlo, todos aquellos hombres aprovecharon la ocasión para acercarse y el que tenía detrás saltaba por cima de mi cuerpo, y aparecía entre mis enemigos.

Mi primera idea fué que había saltado dentro de la tapia para impedir que me escapase por allí, porque le suponía también un enemigo.

¿Cómo podía yo esperar un protector un amigo en aquel sitio?

Estas reflexiones fueron tan rápidas como el pensamiento. El hombre permanecía delante de mí, volviéndome la espalda y de frente a mis enemigos.

Los gritos no cesaban un momento, y algunos se hubiesen acercado a mí si hubiesen seguido sus propias inclinaciones. Pero hubo algo que se lo impidió.

El hombre que abrió la puerta, con la intención, tal vez, de admitir dentro de ella el huésped más inoportuno que jamás había entrado en aquella casa. Al colocarse delante de mí, tuve ocasión de ver la brillante hoja de su espada al

mandar retirarse a los grupos que me rodeaban.

La orden, dada con voz firme y resuelta, fué acompañada de una magnífica hoja de Toledo, cuyos movimientos producían una brillante luz, que al palido resplandor de los tristes faroles, parecía aún más fantástica y amenazadora.

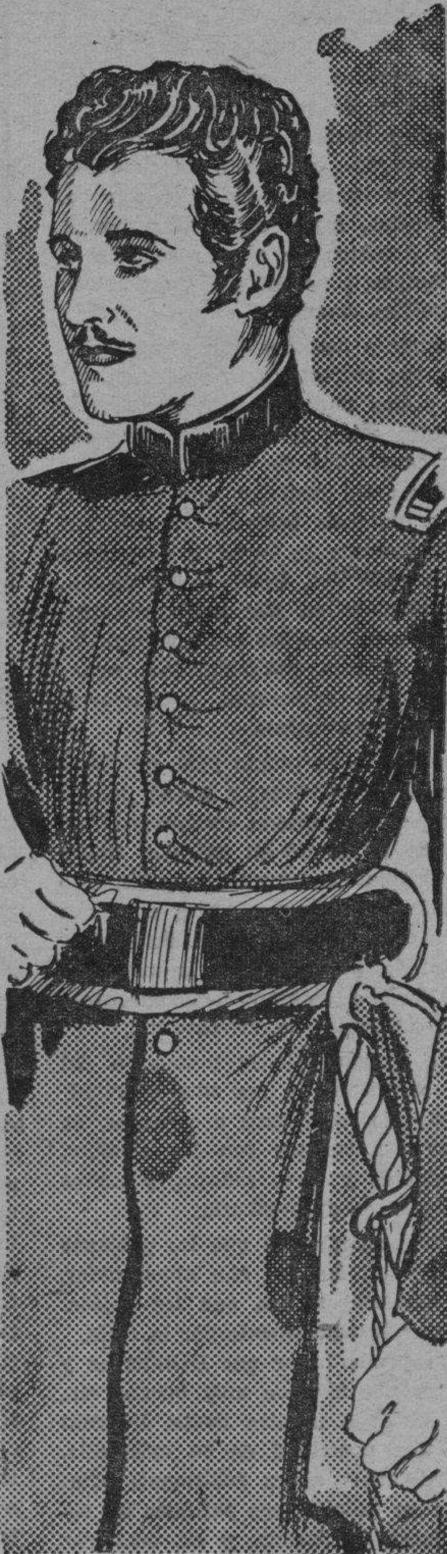
Hubo un momento, durante el cual no vi absolutamente nada. El mismo rompió el silencio, que siguió a su primer saludo.

—¡Leperos! —gritó con un tono de superioridad—. ¿Qué significa este alboroto? ¿Qué es lo que queréis?

—¡Es un enemigo! ¡un «yankee»!

—Creo, en efecto, que tenéis razón. Pero ¿qué tenemos con eso? ¿Qué ventaja puede obtener el país por la muerte de este pobre diablo?

Estas palabras me indignaron. Reconocí en el que las pronunciaba al her-



moso y feliz rival de la calle del Obispo. ¡Qué fatalidad tener que deberle protección!

—¡Dejadles venir! —grité desesperado con aquella humillación—. No necesito que me defendáis, caballero, os lo agradezco mucho; pero tengo en mi mano la vida de doce de esos señores. Después de esto, que me maten, si quieren. Apartaos y veréis cómo voy diezmando la cobarde canalla. Apartaos, he dicho.

Si no estaba loco, mi protector debió suponerlo así.

—¡Caramba, señor! —respondió sin parecer disgustarse por mi poco agradecimiento—. Creo que no comprendéis todo el peligro que os amenaza; si digo una sola palabra, sois hombre muerto.

—Decidla, capitán —gritó uno de ellos—. ¿Por qué no? El «yankee» nos ha insultado; castigémosle, aunque sólo sea por esto. ¡Muera, muera el americano!

Mis enemigos, más animados que nunca con estos gritos, se acercaron más a la puerta.

—¡«Atrás, leperos!» —gritó mi protector—. El primero que pise el umbral de mi puerta, humilde como es, le atraveso como mi espada. Sois muy valientes aquí, en la calle de los Pájaros; pero dudo que ninguno de vosotros se pudiese frente al enemigo en Veracruz o en Cerro Gordo.

—Os equivocáis, capitán Moreno —respondió un hombre alto y moreno que estaba al frente de ellos, y en el que reconocí al jefe de los tres primeros que me atacaron—. Aquí tenéis uno que ha estado en las dos batallas que acabáis de citar, y que no ha salido de ellas, como vos, «prisionero bajo palabra».

—¡El capitán Carrasco, si no me engaño! —respondió mi protector—. Creo firmemente que nunca seréis prisioneros de ninguna clase; estoy seguro que tendréis buen cuidado de no esperar el momento de entregarse.

—¿Lo creía así? ¿Lo habéis oído, «camaradas»? El capitán Moreno piensa, no solamente constituirse en juez nuestro, sino en defensor de nuestros intereses. ¿Y hemos de someternos a sus bellas y patrióticas inclinaciones? No, mil veces no. ¡Muera el americano!

—Tomadle vosotros, si podéis —respondió Moreno—, pero en la punta de mi espada.

—Y en el cañón de mi revólver —añadí yo, poniéndome al lado de mi generoso defensor decidido a guardar con él la entrada de su casa.

Esta resistencia inesperada produjo un cambio en la actitud de Carrasco y de sus cobardes socios.

Comprendí que debía procurar salvar al que tan generosamente se exponía por mí. Iba a suplicarle que se apartase y me dejase entregado a la suerte. ¿A qué morir los dos?

No pude realizar mi propósito, aunque no fué seguramente por falta de valor. Una causa muy diferente me hizo callar, mientras que todos permanecieron silenciosos: se oyó ciertos sonidos que prolongó el silencio algunos segundos más. No cabía duda acerca de la clase de ruido, que no podía confundirse con ningún otro. Cualquiera que haya presenciado una vez siquiera el espectáculo de una compañía de soldados a caballo pasando por una calle empedrada, reconocerá fácilmente el ruido que produce, y que se distingue de cualquier otro. El continuo choque de las fuertes herraduras, los collares de los bocados mezclados con los relinchos, y las vainas de las espadas chocando con las espuelas y los estribos. Todos estos ruidos fueron reconocidos por mí y por todos los que estaban en la calle de los Pájaros.

—¡La guardia! ¡La patrulla americana! —exclamaron por todas partes.

El corazón saltó de alegría, y pensé correr, creyendo que entre los enemigos me abriría paso. Nada de eso: permanecieron firmes y unidos como una fuerte muralla, manteniendo su semicírculo alrededor de la puerta.

Evidentemente resueltos a conservar su puesto, no hicieron el menor ruido; solamente mostraban sus cuchillos y machetes en silencio. Comprendí su designio. La patrulla iba pasando por una

de las calles principales. Sabían que al menor ruido acudirían a la callecita donde nosotros estábamos. Callando por espacio de algunos segundos, podrían después continuar su ataque, y entonces no habría remedio; me sacrificaban si podían. ¿Qué se podía hacer? ¿Hacer fuego, empezar la batalla y llamar de este modo la patrulla? Tal vez llegasen demasiado tarde; quizá sólo pudiesen servir para recoger mi cuerpo y llevarle al cuartel. Tenía miedo de empezar el ataque. ¿No habría otro recurso para advertir a mis compañeros? ¡Oh, Dios! El ruido de las pisadas de los caballos iba gradualmente desapareciendo. Ya no se oían los bocados, ni las espuelas, ni los estribos, ni las vainas de las espadas. Habían pasado la esquina de nuestra calle. Dos segundos más, y ya no podrían oírlos.

¡Oh, pensamiento feliz! Aquella noche la patrulla se componía de soldados de mi regimiento. Mi primer sargento debía estar a su cabeza. Entre él y yo había establecidas varias señales, aparte de las de la corneta. Por suerte tenía en el bolsillo el pito, con el cual podía avisarle, y que más de una vez, durante la guerra, me había hecho grandes servicios. Un instante después su agudo eco sonaba por la calle, y podía oírse caso por toda la ciudad de los Angeles. Si el diablo mismo hubiese hecho esta señal, no hubiera paralizado más a nuestros enemigos. Se quedaron mudos y extáticos. Pero sólo un momento permanecieron así. Después, como si un terror salvaje se hubiese apoderado de todos, bandidos y patriotas echaron a correr.

En el lugar que ellos habían ocupado tuve el placer de ver cuarenta caballos montados por otros tantos jinetes cuyo uniforme verde reconocí con alegría.

Con un grito de alegría salí a recibirlos. Después de un intermedio de confusas congratulaciones, me volví a dar gracias a Francisco Moreno. Mi gratitud sufrió un amargo desengaño. Aquél que tan bien la merecía, había desaparecido. La puerta, en la que tan afortunadamente había yo caído, se había cerrado detrás de tan generoso protector.

CAPITULO X

Los sombreros encarnados

Poco más de un mes después de los acontecimientos que acabo de referir, el ejército invasor tenía que sufrir una reclusión completa dentro de sus cuarteles, que no eran, en verdad, ni muy limpios ni muy cómodos.

¿Qué me importaba la hostilidad de los habitantes de Puebla? ¿Qué era esto comparado con la humillación que había sufrido? Solamente por el afán de distraerme deseaba salir de aquel encierro. La calle del Obispo había perdido ya todo su encanto. En cuanto a la de volver a la de los Pájaros, sienta decirlo, pero el amor propio herido pudo más que mi sentimiento de gratitud. Me sentía más inclinado a huir de mi protector que a buscarle.

Pasó un mes y todo cambió. Las calles de La Puebla quedaron libres otra vez para nosotros, de noche lo mismo que de día. Esto fué debido al refuerzo de cierta brigada del ejército americano, que se nos había unido para avanzar a la capital. Se trocaron los papeles, y ahora los poblados estaban reducidos a una situación, si no enteramente amistosa, al menos pacífica. Tenían motivos para temernos; entre las tro-

pas que habían llegado, se contaba el regimiento de Texas Rangers (Guardabosques), temido por todos los mexicanos, seguidos por cientos de hombres igualmente temibles para nuestros enemigos. Y lo que era peor para los ciudadanos de La Puebla, era una partida formal de bandidos que nuestro general escocés, con algún propósito superior a nuestras escasas luces, había incorporado al ejército americano con el título de «Compañía de observación» cuyo nombre fué debido, sin duda, a la clase de servicio a que los dedicaba.

Estaban a las órdenes de un capitán, a quien generalmente se llamaba coronel Domínguez, que había sido oficial del ejército de Santa Ana, y que por espacio de muchos años había permanecido en las montañas de Peroté y en el «mal país» de El Piñol, siendo el terror de los viajeros que no eran bastante ricos para pagar una escolta del Gobierno. Eran verdaderos ladrones de camino, montados en caballos propios y armados con carabinas, pistolas, lanzas y largas espadas.

Se vestían de varios modos, pero generalmente usaban el pintoresco traje de «rancheros», compuesto de chaqueta, pantalón y sombrero redondo, con botas, espuelas, fajas, cordones y borlas. En los hombros de alguno se veía el rico «serape», y no pocos se cubrían con la magnífica «manga».

Al unirse a nosotros eran ciento veinte con sus respectivos oficiales, un capitán y dos tenientes, con sus correspondientes cabos y sargentos. Se parecían y confundían de tal modo con los guerrilleros del enemigo, que para evitar que nuestros soldados les hiriesen equivocadamente, se les había obligado a usar un distintivo. Consistía en un ralon encarnado en sus sombreros, cuyas puntas caían sobre sus hombros. De resultas de esta particularidad, nuestros soldados empezaron a llamarlos «sombreros encarnados».

Sin leyes en su propio país, quedaron sujetos a las nuestras, y no es preciso añadir que los sombreros encarnados eran objeto de terror en su enérgica frente donde dejaban ver sus no muy risueñas fisonomías. En ninguna parte eran tan temidos como en La Puebla, donde habían venido, por lo menos, la mitad de ellos, y tarde o temprano todos encontraron refugio dentro de sus cárceles.

Ahora venían bajo la protección del águila americana, y era una oportunidad, para los sombreros encarnados, de arreglar sus cuentas con los alcaldes, los regidores y otros señores, y no se descuidaron en aprovecharla.

La consecuencia fué que los poblados dejaron a un lado su aire amenazador, y se contentaban con que los dejásemos pasar tranquilamente por la calle.

No se puede negar que Domínguez y los suyos nos hicieron muy buenos servicios. Fieles a nuestra causa, llegaron a ser una necesidad de su existencia. Sin leyes antes, ahora doblemente odiosos por su traición, sus paisanos les tenían guerra declarada, y en cualquier ocasión que podían cogerlos fuera de nuestras filas, tenían la seguridad de encontrar su muerte. En las varias escaramuzas en que se encontraron frente a sus guerrilleros, se batieron como tigres, sabiendo bien que si eran cogidos prisioneros no tenían que esperar piedad de sus compatriotas.

Por su parte, procuraban también hacerles todo el daño que podían, y llegaron a tomarse tantas y tales libertades en este terreno, que fué preciso darles órdenes severas para que no se



metieran en castigar a nadie por su propia cuenta y riesgo, debían cumplirlos a la vista de uno de nuestros oficiales, con soldados americanos intercalados en sus filas.

Esto solo duró algún corto tiempo; pero cuando las cosas empezaron a ir demasiado lejos, y a imperar la buena y antigua moralidad inculcada en nuestros soldados, los sombreros encarnados tuvieron que cambiar de conducta para con sus paisanos.

CAPITULO XI

Un clavo saca otro clavo.

Ahora que sus calles no estaban obstruidas por el temor de ser robados o asesinados, teníamos una oportunidad de explorar la ciudad de los Angeles. Nos pareció una ciudad antigua bastante bonita, con su gran Catedral, la cual, según una leyenda religiosa del país está construida por verdaderos ángeles.

La Puebla era la tercera ciudad del Anahuac en aquella época. Me distraía paseando por aquellas calles; pero había una por la cual no pasaba nunca, la calle del Obispo. La evitaba con el mismo temor que si estuviese invadida por una epidemia, por más que supiese que había en ella «algo muy bueno», lo mejor que yo había visto en la ciudad de La Puebla. Esto precisamente me hacía evitar pasar por ella. Desde el momento en que había perdido toda esperanza de poseer el corazón de Mercedes Villaseñor, seguí el consejo de un amigo más prudente que yo, al cual había comunicado la historia de mi desengaño. El único remedio que me daba era olvidarla... si podía.

—No vayáis, cerca de ella, no la veáis bajo ningún pretexto, eran las palabras de mi sabio consejero. Es el mejor plan que se puede seguir cuando se tiene una pasión como la vuestra, concebida tan repentinamente, y quizás fundada sólo en una pasión equivocada. Tal vez no sea tan perfecta como suponéis. No habéis tenido casi tiempo de mirarla bien. Las bellezas más sublimes en el balcón suelen ser a veces hasta teas cuando las veis en la calle. De fijo esa señorita, siempre tan encerrada en su casa, será

enteramente otra vista de cerca. Es cuestión de imaginación.

—No hay imaginación capaz de crear semejante figura, semejante cara, semejante.

—¡Tales tonterías! Vaya, vaya, no os entusiasmeis, con toda esa novela. Estoy seguro de que si pudiérais verla a varas de distancia, y a la clara luz del sol, os quedaríais completamente desalentado.

—Seguid mi consejo, continuó mi mentor, gran entusiasta de las rubias. No volváis a ver. Si resultase ser una vulgaridad, os causaría un verdadero pesar este descubrimiento. Y si es un verdadero ángel, como creéis, es mucho mejor que no la veáis más que en el cielo. Por lo que me habéis contado, debe estar muy complacida con ese joven capitán, o, por lo menos, trata de volverle loco, cosa muy común en las señoritas de esta ciudad. Cualquiera de los dos casos, no tenéis esperanza ninguna. No penséis, más que ella. Esto es muy fácil. No creo, sin embargo, que haya el menor peligro en que la veáis, puesto que con la sociedad de esos de sombreros encarnados, antes de un mes habremos emprendido la marcha hacia las puertas de Moctezuma, y allí o recibiréis, una bala en vuestro, o una nueva herida en vuestro corazón, producida por un par de ojos quizás tan bellantes como los de la hija de don Eusebio Villaseñor.

La palabra «jamás» iba a salir de mis labios; la idea, al menos, estaba fija en mi pensamiento, pero no llegué a pronunciarla, porque comprendí que mi amigo se hubiera burlado de mí.

—Un clavo saca otro clavo —continuó—. Es un proverbio español que conviene perfectamente a nuestro sexo. ¡Ah! Ellos entienden muy bien las mil complicaciones del amor. Estos mismos españoles entendían este difícil problema hace un siglo, mientras que nosotros, impacientes sajones, lo conocíamos únicamente por instinto. Sin duda que la señorita Mercedes conoce el proverbio, y hasta lo habrá practicado varias veces. Seguid, pues, mi consejo, y hacer lo mismo: madad al pie de la letra las susodichas palabras de un «Un clavo saca otro clavo».

—Todo eso os parece muy sencilla porque no tenéis ningún amor que olvidar; pero no es tan fácil para mi como creéis.

—¡Bah! ¡Y tan fácil! Mirad a vuestro alrededor; de fijo encontraréis infinitas mujeres hermosas, y, según vuestra fantasía, morenas con pelo y ojos negros. Id por las calles, al paseo a la iglesia, a cualquier parte, menos a la calle del Obispo.

Según el consejo de mi amigo, yo me puse a buscar «un clavo» que empujara el «otro clavo». No pude encontrarlo. El primero se había introducido de tal modo en mi corazón, que no había modo de sacarlo. Pero al menos estaba resuelto a no volver a ver a Mercedes, y seguía cumpliendo tal propósito, aunque confieso tenía que hacerme una gran violencia. No había miedo que tuviese necesidad de cerrar mis ojos en la calle para no verla. No era fácil que la encontrara. Las señoras estaban entonces muy ocultas que nunca, y no era extraño atendido el miedo que les inspiraba los sombreros encarnados. Las poquíssimas que salían en carruaje a dar un paseo por la Alameda, eran forasteras, casadas con comerciantes o pertenecían a una de las poquíssimas familias que por cuestiones de intereses se habían puesto de nuestra parte por un corto plazo.

La sociedad de las mujeres me era insostenible. Me distraía más entre mis

...feros y siento confesar que em-
...tomar afición al «monte». El jue-
...un triste recurso, aunque es uno
...más generales para distraer el
...producido por una pasión sin
...anza. ¡Cuántos hombres, que nun-
...bieran puesto un duro a una carta
...jugadores desesperados por la
...tería de una mujer! ¡Hamburgo ha
...cientos de hombres apoyarse en
...mesas de juego con el corazón des-
...enviados allí por sus entes dia-
...cuyo aspecto triste y melancó-
...han conseguido disipar la fortu-
...sus más graciosas sonrisas! No
...la menor dificultad de encontrar
...donde practicar esta loca pa-
...Con nosotros viajaban siempre ju-
...de profesión, como si forma-
...parte de nuestro estado mayor. Ca-
...visión tenía su partida de monte.
...caballeros mexicanos no nos ne-
...su compañía en las mesas de
...y alrededor de ellas se veían mez-
...los representantes de las razas la-
...y teutónica en iguales proporciones y
...diferentes. Aunque los naturales del
...iban generalmente vestidos de pa-
...sabíamos nosotros que muchos de
...habían usado uniforme, y eran
...nuestros prisioneros bajo palabra, a quie-
...habíamos vencido en el sitio de Ve-
...o en la sangrienta batalla de Ce-
...Gordo. La pobreza de aquellos infe-
...era demasiada para que pudiese pa-
...advertida. Su paga, ya de por sí
...y mal pagada, estaba ahora sus-
...tendida por completo, y como conseguían
...«bajo palabra». Dios y ellos sola-
...podían saberlo. Daba pena ver los
...que hacían para conservar una
...aparición. Sus apuestas eran
...generalmente muy modestas; empezaban
...una peseta, y poco a poco iban au-
...tando en proporción a las ganan-
...Cuando la suerte era muy buena lle-
...aban a jugar doblones. De otro modo,
...peseta terminaba el juego de la noche.
...en vez de retirarse desespe-
...seguían en la mesa, y se diver-
...en ver las ganancias de los otros
...jugadores y las pérdidas del banquero.

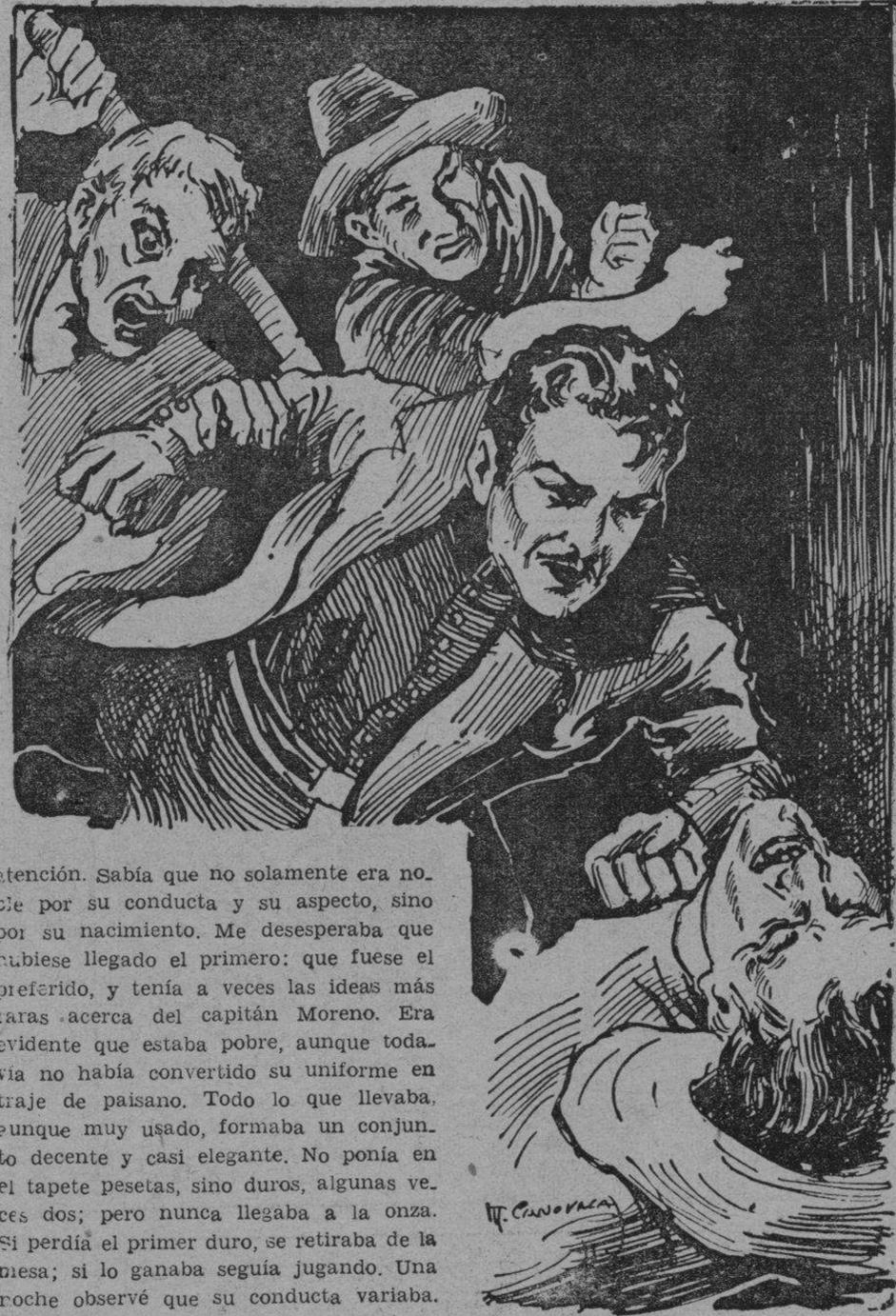
CAPITULO XII

Una equivocación agradable

Entre los muchos jugadores que fre-
...aban el salón había uno que me
...trataba un interés especial. Nuestro
...ocimiento no había empezado en la
...de juego; le había visto antes en
...calle del Obispo, y aquella misma
...me había vuelto a encontrar en la
...de los Pájaros. Se llamaba Fran-
...Moreno; era el hombre que se ha-
...cruzado en mi camino para robar.
...mi dicha y salvarme la vida. Te-
...yo mis razones para guardar mi in-
...quido. Ahora nos habíamos conocido
...muy distintas circunstancias, y ha-
...entre nosotros el pacto de amistad
...puede haber entre dos desconocidos
...se encuentran en una mesa de jue-
...Lo único que pude averiguar fué que
...o había sido, un oficial del ejército
...mexicano.

Era uno de los oficiales mexicanos bajo
...y teníamos razones para supo-
...que había otros muchos entre nos-
...durante nuestro largo período de
...acción, que no debían estar allí. No éra-
...muy cuidadosos en espiarlos, y la
...idad es que iban y venían con toda
...libertad.

Nadie sospechaba de Francisco More-
...Nadie le observaba más que para ad-
...su hermosa figura y finos moda-
...Yo sólo le estudiaba con particular



atención. Sabía que no solamente era no-
...ble por su conducta y su aspecto, sino
...por su nacimiento. Me desesperaba que
...hubiese llegado el primero: que fuese el
...preferido, y tenía a veces las ideas más
...taras acerca del capitán Moreno. Era
...evidente que estaba pobre, aunque toda-
...via no había convertido su uniforme en
...traje de paisano. Todo lo que llevaba,
...aunque muy usado, formaba un conjun-
...to decente y casi elegante. No ponía en
...el tapete pesetas, sino duros, algunas ve-
...ces dos; pero nunca llegaba a la onza.
...Si perdía el primer duro, se retiraba de la
...mesa; si lo ganaba seguía jugando. Una
...roche observé que su conducta variaba.
...Las apuestas iban siempre en aumento, y
...sin embargo, de repente dejó la mesa y
...se dirigió a la puerta. Todos se admira-
...ron de semejante conducta. Era ente-
...ramente arrojar a la fortuna a sus favo-
...res. Yo sólo comprendí la causa de su
...repentina desaparición. Adiviné que iba
...a buscar a la diosa a otra parte y bajo
...otro título.

Había oído dar las diez en el reloj
...de la Catedral. Era la hora en que yo
...le había visto otra vez en la calle del
...Obispo, y se me ocurrió que tendría al-
...guna cita con Mercedes. Si mis ganan-
...cias hubieran sido veinte veces mayo-
...res (y eran muy regulares), no hubiera
...permanecido allí un minuto más. Cogí
...mi puesta, y separándome de la mesa,
...seguí a Francisco Moreno fuera del sa-
...lón. Sin duda mi brusca salida causó
...tanta admiración como la del mexica-
...no. Lo ignoro: en aquel momento todo
...me era indiferente; sólo tenía una idea
...fija: presenciar una segunda entrevi-
...sta como aquella que tan cruelmente me
...había destrozado el corazón.

Por primera vez después de un mes
...entré en la calle del Obispo. Francisco
...iba delante. Había adivinado perfecta-
...mente. Había despreciado las sonrisas
...de la fortuna para ir a buscar las de
...querida Mercedes. Tomamos diferen-
...te dirección en la calle. El fué derecho
...delante de la fachada de la casa de
...don Eusebio Villaseñor. Yo me escon-
...dí como un ladrón en el portal de la
...casa de enfrente. No aguardamos ni un
...instante. Apenas habíamos ocupado nues-
...tros respectivos sitios, cuando se abrió la
...persiana y una mujer apareció en el bal-
...cón. Por supuesto, era Mercedes.

—¡Vienes tarde, Francisco! —dijo muy
...bajo y con un ligero tono de reconven-

ción—. Hace diez minutos que han dado
...las diez en la Catedral; eso es cruel; ya
...sabes con qué impaciencia te espero, y
...qué preciosos son para mí estos mo-
...mentos.

Francisco le dió no sé qué excusa, que
...ella aceptó fácilmente, y perdonó con la
...mayor bondad su tardanza. Todo esto au-
...mentaba mi tormento.

—¿Sabes, querido Francisco, que pa-
...pá tienes más sospechas que nunca? Aho-
...ra mismo estoy temblando que venga
...por aquí; todavía no se ha ido a su
...cuarto y nunca se va hasta que mi her-
...mana y yo nos hemos acostado.

—¿Por qué no le das algún narcóti-
...co mezclado con su chocolate? Es el úni-
...co medio de que podamos hablar un ra-
...to con tranquilidad; no puedo verte nun-
...ca; es imposible, esta situación; ¿no te
...parece a ti lo mismo?

—¿Cómo puedes dudarle? ¿No lo sabes?
...Pero, ¿qué puedo yo hacer? Ya sabes de
...qué modo se opone, yo creo que le deben
...haber hablado muy mal de ti. Cuando va-
...mos a la iglesia por la mañana siempre
...nos hace acompañar por mi tía Josefa y
...estoy segura que le da instrucciones para
...que nos vigile. Sé muy bien que es por
...mí únicamente. Con mi hermana no es
...tan riguroso; la deja salir a paseo en
...coche y se va sola a la Alameda o donde
...quiere pero si voy yo me hace acompañar
...por tía Josefa.

—¡El diablo se lleve a tía Josefa!

—Todavía hay otra cosa peor; hoy la
...he sabido, me lo ha dicho mi tía. Yo creo
...que papá le ha dado el encargo de co-
...municarme esta agradable noticia. Dicer-
...que si no consiento en casarme con el
...otro, ya sabes con quién... ¡me encerra-

rá en un convento! —Sólo de pensarlo
...me estremezco! ¡La idea de verme allí
...para toda mi vida o lo que es peor ca-
...sarme con un hombre a quien no puedo
...querer y que puede ser mi padre! ¡Ay
...Dios! ¿Qué voy a hacer?

—Ni lo uno ni lo otro; yo te lo ase-
...guro. ¡No te asustes, amor mío! ¡Yo en-
...contraré medio de librarte de esos des-
...precios que serían aún mayores para mí!
...Tu padre no tiene motivo ninguno para
...odiarme así, como no sea mi falta de
...dinero, y ¿quién sabe si me haré rico du-
...rante la guerra? Tengo esperanzas de que
...me asciendan, y... escucha, prenda mía!

Aquí la voz de Francisco se hizo im-
...perceptible desde mi sitio; sin duda te-
...mía que fuese oída su importante comu-
...nicación. Tampoco pude oír la contesta-
...ción de Mercedes y sólo escuché la ca-
...riñosa frase que le dirigió al despedirse

—¡Adiós, querido, hasta mañana!

Pero mucho más dulce fueron para mí
...las palabras de Francisco:

—¡Espera un momento, «querida Dolo-
...res», un momento!...

No oí la terminación de la frase, ni
...la respuesta de ella, si es que la dió.

Dolores podía ya estar en el balcón y
...charlar con su querido Francisco tanto
...tiempo como quisiera, sin causarme el
...más mínimo pesar. Era yo muy dichoso
...para oír ni una palabra más de la con-
...versación. Mercedes, mi Mercedes, no
...era la que había dejado caer el papel,
...diciendo al que lo recibía:

—¡Adiós, querido Francisco!

Había esperanza de que su corazón
...fuese libre, que nadie hubiese aún toma-
...do posesión de él. ¡Si Dios quisiera! fué
...mi sola sencilla oración que dirigí al cie-
...lo desde el fondo de mi alma al salir
...de la calle. ¡Si Mercedes pudiera aún ser
...mía!

CAPITULO XIII

¿Qué queréis?

Entusiasmado con estos dulces pensa-
...mientos, permanecí algunos segundos en
...el hueco del portal. Entre tanto, el me-
...xicano había salido de la calle. Supuse
...que volvería al salón que habíamos aban-
...donado una hora antes, y le seguí. Ahora
...sí que deseaba una larga conversación
...con él, puesto que comprendía que sería
...más íntima y amistosa de las que has-
...ta aquí habíamos tenido. En aquel mo-
...mento hubiera querido abrazarle; toda
...mi gratitud, contenida hasta entonces,
...o más bien dominada por los celos, apa-
...recía ahora en toda su fuerza.

Mi corazón estaba, en fin, lleno de
...los mejores sentimientos para Francisco
...Moreno. Así como hasta entonces había
...sido la causa de todas mis penas hoy
...le consideraba como el instrumento de
...mi gran alegría. ¡Oh! ¡Yo le daré toda
...clase de explicaciones! ¿Pero de qué mo-
...do?

En el momento que me hacía esta pre-
...gunta, un ruido extraño llegó a mis oídos.
...Parecía que alguno había sido brusca-
...mente detenido en la calle y creí sentir
...un grito de sorpresa y de rabia. En se-
...guida oí muy claro una voz que decía:

—¿Qué queréis?

—Nada más que vuestra bolsa, señor.

—¡Caramba, que petición tan modes-
...ta! Pues yo no me siento inclinado a com-
...placeros. Tendréis mi bolsa, pero antes
...tendréis que quitarme la vida! ¡Dejadme
...pasar!

—¡A él, camaradas! ¡Está forrado de
...doblonos! ¡A tierra con él!

—CONTINUARA—

SAHONA

Reina de la Selva

por W. MORGAN THOMAS

DESPUÉS QUE EL JOVEN EXPLORADOR BOB REYNOLDS ESCAPA MILAGROSAMENTE DE SU LANZA, SAHONA HUYE POR LA SELVA HASTA LLEGAR A SU CUEVA

OBEDECIENDO SUS ÓRDENES EL PRISIONERO ES TRAÍDO ANTE LA SOBERANA



EL SERVIDOR ARROJA AL SUELO AL ATERRORIZADO PRISIONERO Y EXCLAMA: "¡OH, REINA BLANCA, TU ORDEN HA SIDO CUMPLIDA!"



"LEVÁNTATE, OGU, LEVÁNTATE. HE DE DECIRTE LO QUE HAS HECHO."



"POR ORO HAS DEJADO VER AL BLANCO LOS SECRETOS DEL REINO DE SAHONA.. EL BLANCO SE HA ESCAPADO, HA HUIDO PARA INFORMAR A OTROS BLANCOS Y PRONTO VOLVERÁN EN GRAN NÚMERO...."



"GUIADOS POR LA CODICIA NOS COMBATIRÁN CON SUS ARMAS TRONANTES PARA APODERARSE DE NUESTRAS RIQUEZAS.. OGU, HAS COMETIDO UN DELITO Y TIENES QUE SER CASTIGADO."



"TIENES QUE TRAERME LA PIEL DE LA PANTERA NEGRA QUE MATA A LOS POBLADORES DE LA SELVA MIENTRAS DUEMEN... CON ESO SE LAVARÁ TU CULPA.." ASI DICHIENDO SAHONA ABANDONÓ SU TRONO Y SIGUIÓ AL HOMBRE QUE SE DIRIGÍA A LA SELVA.



EN UN CLARO, AL BORDE DE LA ALDEA, A LA NOCHE SIGUIENTE, LA LUZ DE LA LUNA, UN GRUPO DE GUERREROS INDÍGENAS MIRA HACIA LA OSCURA SELVA.. EN ESPERA

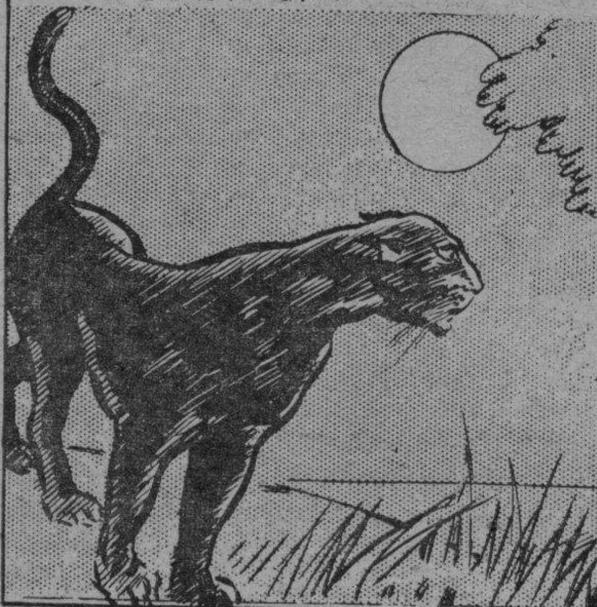


EL QUE PARECÍA SER EL JEFE SE ACERCA AL PRISIONERO Y LE DA UNA LANZA Y UN CUCHILLO. SAHONA LE DICE:

¡TOMA, TRAIOR, REDIME TU CULPA! ¡ENFRENTATE CON LA PANTERA NEGRA!



EN VERDAD, HABÍA LLEGADO EN EL MOMENTO, PUES AL BORDE DE LA SILENCIOSA SELVA SE VEÍA LA SILUETA DE LA GRAN FIERA...



CON UN LLAMAMIENTO A TODO SU VALOR, EL DESGRACIADO AVANZÓ HACIA EL FERROZ ANIMAL.



STUVO poco tiempo abierto al público; y son, por eso, contadas las personas que lo recuerdan. Puede decirse que fracasó desde la noche de su inauguración. En vista del gran negocio que

hacen los circos ecuestres, entre ellos el «Metropolitano», de los Hermanos Horner y después de Yarini, que levantaba hermosa carpa en la esquina de Mon. Cárdenas, donde andando los años fabricó la casa de Máximo Gómez, M. Jané, un catalán emprendedor, con la idea de fabricar un amplio y cómodo edificio de cantería, en Dragones y Puerta, para instalar en él un circo a la moda del de Medrano y otros en París, New York, Londres Barcelona etc. Pero el público entendió que era más fresca y simpática la carpa de lona que se había usado hasta entonces con sus púrpuras y humosas candilejas de petróleo dentro; las amplias y ventiladas gradas de madera, debajo de las cuales se colaban de ocultos los pilletes; y las lunetas móviles a gusto del pagano, sobre la blanda arena del piso. Le resultó más al público las gracias de los payasos, y la habilidad de los acróbatas, en medio de la rústica pista; por otra parte más próximos a sus ojos y casi al alcance de sus manos. En Madrid pudo haberse el «Circo Price», porque las carpas y tinglados de lona, no se permitían en el centro de la ciudad, sino en sus alrededores o arrabales; pero aquí en la Habana, donde se levantaban alturas y señoras en los puntos más céntricos de la capital—Cañada del Monte; calle de Carlos III, calle de Egido, etc.—el famoso «Circo Teatro Jané» no resolvía ningún problema, a pesar de sus numerosos locales; sus amplios palcos; sus cómodas aunque escasas lunetas; sus seguras galerías de piedras... —Muy bien; decía la gente.—Además de la pista, no muy ancha en verdad—tenía su escenario para los números de variedades y pantomimas; lo que resultaba otro tanto tal vez el mayor; porque a la chiquillería le gustaba, cuando «corría la pista», interpretada por el payaso vestido de mujer, con un rabo de estopa pendiente sujeto por detrás del túnico, que en la cara el calor y el humo de las lamas...

El Circo Teatro Jané se inauguró por los años 1884, 85... y fué levantado, como dijimos, por Don Miguel Jané con el consentimiento de Don Miguel Gener de las muchas veces de Vuelta Abajo «La Maja» y «Monterrey». Antes habían sido los compradores de la casa almacén de tabacos de Don Juan Conill. Como circense trabajó nada más que unos meses dedicándosele después, por la Secretaría de Declaración del Centro Catalán, al próximo, que lo tomó en arrendamiento para las representaciones de dramas y comedias catalanas, de las que se recorda la chispeante parodia de «La Gran Comedia» de Offembash, escrita por el barcelonés Serafi Pitarrá, con el título de «La Gran Sarta de Miravente», que desempeñaba la protagonista la célebre artista aficionada de aquellos tiempos Teresa Geli de Robreño; y también de los papeles secundarios el popular cómico don José Aixelá, en la flor de la juventud; y ya entonces encendiéndose al arte en todas sus manifestaciones. Miguel Jané, después de múltiples fracasos, murió en la mayor miseria, al cargo de la Beneficencia Catalana; trisunt casi siempre, de cuantos se sacrifican en «beneficio» del público.

Santiago Pubillones—el Coronel—mantuvo el criterio, al parecer acertado, de que los circos ecuestres para prosperar, debían levantarse forzosamente en las veredas de los paseos y los parques; y que este criterio ganó los valiosos brillantes que ostentaba en sus sortijones y en los puños y pecheras de sus nítidas vestimentas. Su solo nombre era una garantía en las plazas de New York, París, Barcelona etc. por las que verificaba un rendimiento todos los años, luego de dar fin a las fructuosas temporadas en Cuba, para proveerse de los mejores artistas. La fama y crédito le siguió después la llegada de los inseparables «Santos y Artigas», con su agente Ramiro de la Puente, el popular y activo representante de la «mosquita», hermano del malogrado cómico, el mejor discípulo de Fréglori. De aquellos artistas de circo que vinieron a la Habana por aquella fecha, recordo al público descolorido de entonces sobre todos al padre abuelo de los payasos, Don Manuel, que era asturiano,



VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

no, y a sus hijos y sobrinos, entre éstos a Carmita muerta trágicamente no hace mucho al caerse de un trapecio, una noche que trabajaba en una carpa de las afueras, «filial» de la empresa «Santos y Artigas». Popularmente era conocida la pobrecita en los barrios donde trabajaba y se le quería tanto por «Carmelina la Maromera». Murió entre aplausos, como había vivido; perpetuando la gloria de la familia.

Recordamos una noche en que el gran orador don Manuel Sanguily, en compañía de Hernández Miyares y otros amigos contemplaba, desde un palco del circo de Pubillones en la calle de Zulueta, trabajar en la «cuerda floja» al hijo del viejo Robiedillo—que acaso superó la gloria del padre—del modo sin igual que lo hacía, entre bravos y ruidosos aplausos; en vísperas de partir el asombroso sonámbulo para Alemania con un magnífico contrato.

—Bien vaya usted—le dijo Sanguily, en una visita que al terminarse la función le hizo al artista en su modesto camerino de lona.—Lo mismo se honra a la patria pronunciando bellos discursos, como bailando en el alambre de la manera prodigiosa que usted lo hace.

De la época de Jané, los Hermanos Horner; Yarini; Santiago Pubillones; el famoso Coronel que la chiquillería aclamaba con su gritería y sus aplausos al verlo aparecer en la pista con su fusta y su brillantería cegadora; su sobrino Antonio, víctima del tifus, en Méjico; y de Santos y Artigas, se recuerda una serie de artistas que hicieron nuestra «felicidad», desde muchachos hasta que las canas peinaron nuestras sienas. En cuanto en un concierto de los más serios, o en una retreta popular de las más alegres, oímos la «Cabalgata de Guillermo Tell», o «La Cacería de Marta», que eran las piezas obligadas de la «música de circo», nos vienen en seguida a la memoria aquella emocionante noche de «caballitos», y poco falta para que la más franca risa brote de nuestros labios, «casi oyendo» las gracias y las salidas chuscas de los payasos «Banasco», «Totico», «Pito», «Teddy», «Guerrero», «Polidor» etc. Y más se ríe uno, cuanto más se pregunta: ¿Y yo me he reído de eso?

Por lo general los números «nuevos» producen un efecto contradictorio en los viejos espectadores del circo. Pocos de esos números han superado al de los famosos ecuestres, familia Hannefors; al sin igual malabarista austriaco Kara, que asombraba al público con sus difíciles ejercicios, imposibles al parecer de llevarse a cabo—¿qué juegos de equilibrio no hubiera hecho hoy con la complicada cuestión checoeslovaca?—a los hermanos Cadorna, los reyes del espacio en su vuelo de pájaro, espanto del mundo; a tantos y tantos magníficos barristas americanos, entre ellos O-Leary, los hermanos

Bell; Wilson etc. y a Mr. Clark, el de la bicicleta del diablo que una noche no paró en un circo de New York, hasta dar en el mismo Infierno con sus huesos... Ante esas novedades del día, que lo son, como otras sólo en su apariencia externa, tiene uno que decir al cabo, lo que dice ante la avalancha de ciertos modernos: «Será otra cosa, sí; pero no es la poesía. Otra cosa; pero no la música. Otra cosa; pero no la pintura. Otra cosa; pero no el amor puro, sencillo, ingenuo, que daba calor y vida al corazón. Otra cosa; pero no el circo de «Chocolate»; de los «Carreteritos»; del caballote blanco encima de cuyo ancho lomo se podía bailar el vals «Sobre las olas»; de Mr. Thompson, aquel que se salía del baúl; de las grotescas pantomimas finales que acababan a sartenazos y escobazos entre ensordecedora gritería; a los vertiginosos sonos de la humilde charanga con honores de orquesta...

Convencido el equivocado fundador del Circo Teatro Jané, de su impotencia para luchar con sus colegas los dueños de las carpas que existían entonces dió comienzo a una serie de espectáculos que precipitaron el definitivo desenlace de su empresa. De ellos se recuerda uno llamado «Panorama Parisiense»—que obtuvo buen éxito—y que consistía en un amplio y vistoso cuadro, representativo de la batalla de Champigny, que tuvo efecto del 30 de noviembre al 2 de Diciembre del año 1870, durante la guerra franco prusiana y en el sitio de París, el cual cuadro contemplaba el visitante en una plataforma, desde lo alto de una torre a la que se llegaba después de subir una no muy cómoda escalera de caracol y de atravesar un largo y no bien alumbrado pasillo que arrancaba desde la puerta de la calle, para dar acceso al espectáculo. Como se comprenderá, fué preciso señalar días especiales para «señoras» y «caballeros» y recomendar desde luego en grandes letreros, fijos a las paredes, que se tuviese «cuidado con la cartera» dadas las naturales apreturas e inevitables empujones que tenían lugar en aquel estrecho pasillo.

El panorama, pintado y dispuestos por excelentes escenógrafos y atrecistas, entre los que figuraban el hábil pintor catalán Clauzolle, que fué quien trazó el dibujo general del cuadro, Juanito Ruiz Miguel Arias, que había acabado de pintar en Payret «Los Sobrinos del Capitán Grant», Don Joaquín Robreño, y los pintores hermanos Arturo y Santiago Quiñones muy jóvenes entonces y otros, resultaba interesante y atractivo en grado sumo. Había sido copiado de otro similar que se exhibía en Bélgica, para contemplar la Batalla de Waterloo; y en Londres, New York y Barcelona, para otros combates y sucesos de importancia. El año 23 vimos otro panorama semejante en la calle de la Universidad, en París, referente a la batalla del Marne, en la guerra mundial.

Después de la guerra de Independencia, en 1899. Lluch, un catalán emprendedor de aquellos tiempos, entusiasta de los espectáculos novedosos, intentó hacer lo mismo aquí en la Habana con la «Batalla de la Loma de San Juan» librada en Santiago de Cuba, entre españoles y americanos; pero no encontró quien le financiara el negocio; el que de seguro hubiera fracasado, porque la gestición estaba cansada; y ya no quería ver la guerra «ni en pintura».

Para que el lector pueda darse exacta cuenta del efecto que causaba en los visitantes del «Circo Teatro Jané» aquel espectáculo, creemos oportuno copiar lo que el notable escritor, nuestro compañero en estas columnas del DIARIO DE LA MARINA, José Caminero, escribe con respecto al «Panorama de Waterloo», en su ameno libro «Lo que yo vi en Europa», «La impresión—dice Caminero—que se tiene inmediatamente, es de un gran realismo. Parece encontrarse uno dentro del fragor de la lucha. Los soldados y caballos de tamaño natural, hechos de «papier maché», parece venimos encima desde los pocos metros que los separan del lugar donde nos encontramos situados. Continuando la vuelta alrededor de la plataforma circular, da uno el frente hacia el Sur, hacia Francia, dejando a la espalda Bruselas—al Norte—A la derecha, al Oeste se divisa la villa de Braine L'Alleud y su campanario; a la izquierda o hacia el Este se distinguen en el horizonte los bosques de Ohain y de Paris. A la derecha de la granja de Hougmont, se ve la carretera de Nivelles, bordeada de árboles; en el horizonte la granja de Mon-Resir. El castillo de Hougmont se une con el camino por una avenida de álamos. La carretera se extiende hacia el Norte, donde se cruza con la de Charleroi y Mont Saint-Jean. Este camino también bordea de árboles, a trecho, viene de Charleroi, y pasa por Gosselies, Fresnes y Quatre Bras. Tan pronto como se divisa éste, se ven en el Panorama un punto blanco, que es la granja de Rossom; y más cerca, una casa de techo rojizo, que es la Belle Alliance; la granja de Trimotion y, finalmente, más cerca aún la granja de la Haie-Saint, con su huerto al frente. Al otro lado del camino aparece un arenal, cuya parte Norte está cubierta de arbustos. Vemos entonces un árbol solitario, el árbol de Wellington, donde durante la primera parte de la batalla estuvo el Mariscal».

El señor Caminero se extiende en más detalles acerca de la batalla de Waterloo; pero basta con lo anteriormente copiado para que el lector pueda darse una idea de cómo en el «Panorama Parisiense» se había reproducido la famosa batalla de Champigny, perdido por los franceses en 1870. El cuadro de Champigny se desarrollaba en pleno invierno; y producían un gran efecto pictóricos aquellas tonalidades blancas y rojas—nieve y fuego—que dominaban en el paisaje. Recordamos el detalle de un horno de cal en ebullición que alumbraba allá a lo lejos con sus llamas, las paredes de algunos edificios de la ciudad en sitio. Varios reflectores de gas, convenientemente colocados, esparcían sobre el conjunto, a través de micas de colores, una difusa luz de madrugada que le comunicaba a todo un fuerte ambiente de realidad: hoy, con el aire acondicionado, la ilusión hubiera sido completa.

Por aquella fecha, y algunos años después, los alrededores del «Circo Teatro Jané» tenían cierto aspecto de feria de pueblo, con la primera Montaña Rusa que se instaló en la Habana, en una esquina del Parque de la India; varias «vistas fijadas» que se exhibían en los portales vecinos, y un enorme elefante que le daba vuelta, tarde y noche, al Campo Marte, montando los paseantes a veinte centavos, billete cada una; y guiado por un gigantesco indio que se decía de la India Inglesa con sus negras barbas hasta la cintura; su blanco turbante; y sus ojos que se destacaban en su rostro cetrino como las miradas de fuego de un tigre; seguramente un indio pintado, oriundo de las barracas de Coney Island.

Todavía intentó el Centro Catalán hacer un último esfuerzo para reanimar e infundirle vida al moribundo circo teatro, inaugurando en él una serie de bailes; pero el lugar no resultaba lo suficiente amplio y cómodo para el caso; y el público se resistió una vez más a favorecerlo con su apoyo, no obstante amenizar el programa ballable una buena or-

Continúa en la Pág. 16

Cecile Sorel

dejó la Comedia Francesa por el Music Hall

En un ambiente frívolo y licencioso, la mundialmente conocida artista mancha los prestigios ganados en treinta años de magnífica actuación escénica

EL guiño del cartel luminoso —pícaro guiño parisiense— me invitó a entrar. En la noche de París, anunciaba con gritos de luz, un nombre famoso, entre cuyas letras caben treinta años de gloria y teatro: Cecile Sorel. ¿Era posible que esos seis lustros de gloria teatral se mancillaran en un ambiente de music-hall?, porque el Casino lujoso y esplendente, es, después de todo, un music-hall.

Cecile Sorel —honra y prez de la Comedia Francesa— convertida en vedette. Una humorada más de la actriz portentosa, la comedianta sutil, la coqueta ilustre, la dama admirable que surgió en un ambiente de preguerra, al asombro del público francés; que cubrió con su personalidad soberbia, los mejores escenarios de Europa; que llevó tras de sí, en sus jiras de triunfo, una estela de fama y esplendor; que ganó un renombre mundial, apuntalado en desplantes y rarezas. Sin duda, era una humorada más, pero trágica.

Más vanidosa que Charles Le Bargy, que hasta hace unos años postulaba falsas pasiones de galán en la Comedia Francesa, no quiso sumergirse en penumbras de olvido.

A un retiro tranquilo y necesario prefiere la penosa exhibición de sus galas marchitas. Quiere aferrarse a lo que fué, pero no quiere mirar la decadencia en el espejo de su presente. Y, después de estirar penosamente durante un tiempo su dilatada historia teatral en la Comedia, resuelve un día dedicarse al music-hall.

Bajo las candilejas que iluminaron sus mejores triunfos, su temperamento de actriz ocultaba las arrugas buriladas por el tiempo en el rostro, que una vez fué bello.

La Sorel, ajada y desteñida, sobrevivía con gallardía, bajo los oropelos de su arte. Pero, ¿qué podía llevar al music-hall

cas triviales y sin talento, sin duda, pero jóvenes y bonitas. ¿Con qué armas había venido La Sorel a competir con ellas? Tal vez con el talento, pero esto no es cosa que pueda exhibirse en un tablado de music-hall. Por lo menos, a la Mistinguette, sexagenaria ilustre, le queda el recurso de exhibir la fama de sus piernas.

Y he aquí que, de pronto se van las bailarinas. Cambia el juego de luces, y una claridad tenue ilumina la escena. En esa semipenumbra, aparece la figura desgastada de Cecile Sorel. A pesar de la media luz, puedo advertir desde mi asiento, los estragos del tiempo. La única cualidad que la identifica a primera vista con el pasado, es el señorío. Un señorío que no condice muy bien con los rústicos zuecos y el vestido bretón. Avanza unos pasos, y luego comienza a cantar un cuplé más bretón que el vestido.

No sé por qué, pero me parece que tiene la voz quebrada, rota, vencida, como el personaje espectral de Ibsen. Sonríe, y mis ojos encuentran en su sonrisa pálida, el reflejo de su «yo». A éste no lo transformará nunca a pesar de todos sus esfuerzos.

La que tengo ante mí, no es la imagen de la Cecile Sorel que yo guardaba en el recuerdo. No es la que asombró a Roma, lo que trastornó a Viena y erigió su personalidad deslumbrante sobre el orgullo londinés. Precisamente en Londres, la ví por primera vez. Era en el «Picadilly». El genio francés, el arte latino se imponía a la severidad británica. Y la voz plena, capaz de todos los matices, de la ternura al odio, llenaba la sala de resonancias extrañas. Era una voz cálida y plateada, bien distinta a la que llegaba ahora a mis oídos.

Todo el teatro estaba prendido al encanto de su arte. Hasta el entonces Príncipe de Gales —hoy duque de Windsor— seguía desde uno de los palcos, con una inquietud un poco rara en él, la acción magistral de la artista.

Cuando el telón clausuró su último ges-



La Cecile Sorel de sus mejores triunfos. De su rostro seductor sólo queda la nostalgia y el recuerdo.

sus maneras desenvueltas, su expresión y su belleza, conquistaban al momento. Tanto conquistaban, que en el ambiente de Londres, poco propicio a las murmuraciones, se entretejan comentarios relativos al interés apasionado que despertó la gran actriz con ciertos magnates y personajes de la alta política británica.

Eras los últimos resplandores de su crepúsculo. Tiempo después, cuando París no repetía su nombre con tanta frecuencia, se fué a los Estados Unidos con séquito de emperatriz. Tras ella iban 45 baúles, repletos de pieles, sombreros, vestidos y joyas. Con su exterior lujoso, quería defender un interior en ruinas.

Más tarde, recorrió Italia, y volvió a su París. Volvió con un cansancio de años y viajes. Entonces quiso renovarse y vendió sus reliquias y sus obras de arte, en pública subasta. Vendió el famoso lecho en donde descansó de sus fatigas Madame Dubarry; el torso de Fidias regalado por Reinarch, a pesar de las protestas de los griegos; los bibelots y las colecciones artísticas. Vendió, en suma, el ambiente señorial de su mansión

para trocarlo por otro moderno, más simple, más estilizado. Creyó que así la rejuvenecería, pero se engañó. No podía vender el recuerdo, ni cambiar su piel envejecida.

Y cuando parecía por fin, aceptar la quietud de su decadencia, despertó de nuevo con aldabonazo de escándalo la atención de París. Quiso resurgir de su derrumbamiento con un golpe de afecto y es por eso que no ha vacilado en manchar sus treinta años de gloria en un ambiente de picardía y licencia.

La anciana vedette Cecile Sorel, termina su cuplé bretón y los concurrentes la aplauden. Para no desmentir su coquetería, el público francés no quiere desengañar a sus ídolos, aunque sus ídolos lo desengañen a él.

La ex «embajadora espiritual de Francia», iniciará otro número de variada. Pero yo me voy. Ya he visto lo que puede llevar al music-hall la ilustre comedianta; andrajos de triunfo, galas marchitas, harapos de gloria.

En las sombras, Molière, Corneille y Racine, deben sonreír amargamente.

VIEJAS POSTALES....

(Continuación de la Pág. 15)

questa; y presentarse en salón artísticamente decorado por Pablo Font, persona de buen gusto, que acostumbraba lucir sus habilidades de decorador en los bailes y veladas de «La Colla de Sant Mus», y demás fiestas de las asociaciones catalanas de aquel tiempo.

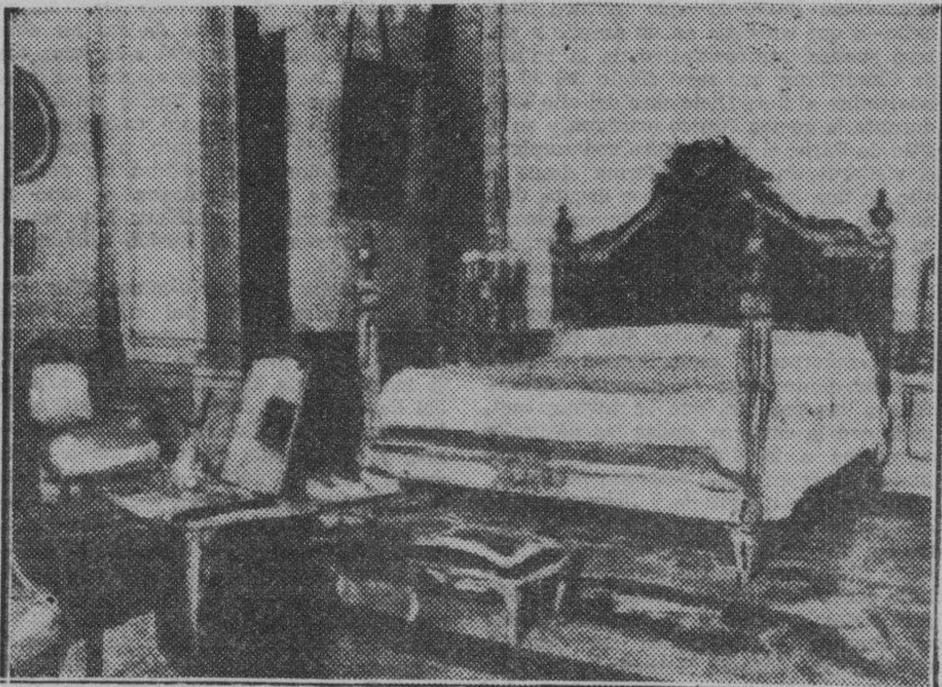
Quebrado al fin el «Circo Teatro Jané» y muerto en la mayor miseria como dijimos, su fundador, cerró sus puertas al cabo; hasta que un día las abrió provisionalmente, después de mucho tiempo, para que un predicador protestante pronunciara ante sus fieles una serie de conferencias; y en vista del éxito por éstas obtenido, acabó el abandonado circo por convertirse definitivamente en una iglesia «Bautista», viviendo largos años una existencia sencilla y modesta, hasta transformarse al presente, en el magnífico edificio y colegio que se levanta arrogante frente al teatro Martí, en la calle de Dragones; y que se ha inaugurado hace poco.

Jané; Lluch;; Pujol; Clauzolles; Pablo Font... siempre que en aquellos tiempos se abría al público algún espectáculo ori-

ginal y nuevo, ya se sabía: era alentado por un catalán. Unanse a estos nombres los de Don Francisco Martí y Don Joaquín Payret, aquellos dos animosos catalanes amantes del arte de Talía a quienes debe a la Habana sus dos principales teatros. A no ser por ellos, la capital de la República no hubiera contado más que con el teatro Irijoa, hoy Martí, también de iniciativa particular; porque la del Gobierno no se vio; ni se ve; ni se verá jamás por ninguna parte, en ese sentido; no obstante haber manejado éste—y seguir manejando—«carretadas de millones» para levantar el mejor teatro de América.

Hasta hace poco quedaban aún en el interior del edificio de Dragones y Zulueta, señales de los palcos y otros detalles del antiguo e infortunado «Circo Teatro Jané»: hoy, después de la completa reedificación del local, ya no queda de él más que un vago recuerdo, que acabará por desaparecer del todo; cuando también desaparezcan los contados «descoloridos» que llegaron a conocerlo...

Federico VILLOCH.



Este es el lecho que hace tiempo vendió Cecile Sorel en pública subasta. En él descansaba de sus fatigas la universalmente célebre Madame Dubarry.

quien ya había perdido belleza, gracia y juventud, la trilogía que fué pedestal de su triunfo?

En eso pensaba cuando entré en el ambiente espeso del Casino. Me senté cerca de la plataforma donde un cuerpo de baile airoso y picaresco marcaba el ritmo de una canción del «faubourg». Chi-

to, el frenado entusiasmo del público, estalló sin vallas. Y, lo que es más, el soplo de su arte hizo el milagro de arrancar una ovación a ese público de costumbre tan sobrio y mensurado.

Sin embargo, hablaba francés, y estoy seguro de que muy pocos entendieron sus palabras. Pero su presencia elegante

MILLONARIO ENGAÑADO

POR WALTER RECKMESSER

LOS casamientos entre herederos y nobles empobrecidos, pero orgullosos, no son raros en la actualidad ni lo fueron nunca.

La Comedia, haya sido creada para el teatro o tenida por escenario la vida real, concibe en general estos términos:

«Un caballero de noble cuna desea casarse con una mujer de noble cuna, pero el valor real por una gruesa libreta de cheques americanos... ¡Todo está perdido en amor!—se dice. Y lueven felicitaciones sobre la pareja.

Pero el joven Clendemin J. Ryan (Jr.) y la condesa María Ana von Wurmbbrand-Stuppach representaron papeles completamente opuestos.

La mujer era aquí la dueña del título, el hombre el feliz poseedor de una fortuna de 8.000.000 de dólares. Sin embargo, él declaró no tener más interés en los blasones nobiliarios que el que su novia aparentaba sentir por el dinero.

Pero ahora ha cambiado su opinión con respecto a las intenciones de su esposa, y como considera que es un atentado contra el buen gusto que una mujer mire el matrimonio desde el punto de vista mercenario—cosa de que acusa a la condesa—, ha recurrido a la corte de divorcios para pedir el anulamiento de su unión legal.

El asunto, no por la seriedad que encierra para el joven heredero, deja de ser digno de un escritor de sainetes.

Los hechos son los siguientes:

Ryan, heredero, de 28 años de edad, buen mozo, de apariencia juvenil y de amable personalidad, educado en St. George's School, institución ultraelegante de Newport, cuenta con una ascendencia de la más antigua y acreditada. Financieramente sus cimientos son tan firmes como los sociales.

Es nieto del millonario Thomas Fortune Ryan, cuya fortuna, avaluada en 135.164.110 dólares netos, es la segunda en todo el estado de Nueva York.

Al cumplir los 30 años, Ryan (Jr.) recibirá su parte, que suma 8.000.000 de dólares.

Entretanto se dedica a la política, en forma no muy brillante. Ejerce una secretaría en la municipalidad de New York City, con un sueldo de 65 dólares a la semana.

El joven secretario fué, hasta el pasado invierno, tan feliz como puede serlo una persona de tan elevada cuna y de tan gran fortuna. Esto ocurría antes de que la heredera, que luego le robó el corazón, abandonase su país natal.

La condesa María Ana von Wurmbbrand-Stuppach posee una cabellera negra y sedosa, una silueta esbelta y un hechizo lleno de alegría y esplendor.

Se contaban por centenares los jóvenes pertenecientes a la nobleza europea que juraban ser capaces de escalar montañas, batirse en duelo y sufrir cualquier otra prueba del mismo género, con tal de ganar la mano de esta encantadora princesa de 20 años.

Una verdadera procesión de caballeros de sangre real golpeaba regularmente a su puerta para pedirla en matrimonio.

Se cuentan entre sus pretendientes el barón Buscheveden Junker, prusiano; el señor Ferrera, argentino millonario y muchos otros, siendo el de mayores méritos el conde Vladimiro Mitrovsky, polaco nobilísima cuna.

No es, pues, de extrañar que la condesa austriaca, bajo el encanto de la luna y los vales vieneses, se hubiera comprometido en muchas ocasiones. El romance fué su principal ocupación desde los 17 a los 20 años, con grandes ventajas para el conde Mitrovsky.

Sin embargo, la veleidad de la condesa la llevó a romper también este compromiso el invierno pasado, cuando deci-

dió visitar América.

Así, se embarcó para el Nuevo Mundo, haciendo de Manhattan el centro de sus operaciones.

La joven condesa, cuya posición social es inexpugnable, es hija de la condesa May von Wurmbbrand-Stuppach y del malogrado conde Ferdinando von Wurmbbrand-Stuppach, chambelán imperial en la época del emperador Francisco José. El origen de su familia, una de las más distinguidas de la Europa Central, se remonta al año 1130.

Esta mujercita de sangre azul se hospedó en Nueva York en casa de un primo suyo, el príncipe Chlodwig Henlohe-Schillingfurst.

Era pues, inevitable que en círculo tan exclusivo conociera al heredero Ryan. Este, que se había encontrado en su vida con muchas mujeres encantadoras, consideró que la condesa reunía el máximo de las perfecciones.

Y como ella pensara otro tanto del heredero, no tardaron en casarse—el 20 de febrero de 1934— en la capilla de Nuestra Señora en la catedral de San Patricio.

Vivieron en armonía por espacio de dos meses... hasta que un día el carento trajo a la condesa una esqueja de su marido—ausente entonces— en la cual le comunicaba que todo había concluido entre ellos, y en la que declaraba su propósito de no volver al hogar.

Y el drama se produjo.

Ryan pidió el anulamiento del matrimonio alegando que le sobraban motivos para tomar tal determinación. Dijo haber sido engañado por su esposa en cosas fundamentales. Estaba seguro—en primer lugar—de que en su vida anterior no había sido tan inocente como pretendía.

También le había asegurado—falsamente—poseer fortuna. Por otra parte le obligó casi a apresurar el matrimonio, advirtiéndole que su corte de admiradores nobles le exigía que volviese a Europa en breve plazo. Con otra razón urgía asimismo la pronta realización de la unión legal, afirmando que su madre contraría a la idea de su matrimonio con un americano, llegaría en esos días



A toda hora, los cinco aficionados detectives acechaban todos sus pasos.

a Nueva York con objeto de imposibilitar la realización del romance.

La condesa desmintió esta versión esparcida por su marido, así como la acusación de que ella había logrado casarse con él gracias a un complot tramado con el solo objeto de apoderarse de su fortuna.

Ryan mantuvo firme su actitud condenatoria, diciendo que sólo la falsedad de su mujer le había determinado a abandonarla.

Ambos pusieron su defensa en manos de expertos abogados.

Nathan Burkan, el representante de la condesa, pidió la subvención para la esposa abandonada, la cual—aseguró—se encontraba en la mayor miseria a causa de la imperdonable negligencia de Ryan en lo referente a su deber de proveer a las necesidades de la esposa.

Pero George W. Whiteside, defensor del heredero, tenía las respuestas listas.

La condesa había sido vista en los restaurantes más caros de la ciudad—dijo—en compañía de numerosos invitados, a más de alojarse en el Pierre's Hotel, la institución de su género más elegante de la Quinta Avenida, situado sobre los jardines de Central Park. Por supuesto, era Ryan quien pagaba todas las cuentas, portándose, según el concepto de su abogado, de un modo excesivamente generoso.

Entre tanto, el defensor de la condesa pedía a la Suprema Corte que se concediera a la joven demandada un tutor, pues su juventud e inexperiencia así lo exigían. El pedido fué cumplido, y, en ausencia de la condesa madre, miss Rose Rothberg, ayudante un tiempo de la fiscalía de Nueva York, quedó constituida en asesora legal de María Ana.

Whiteside trató por todos los medios de obtener la revocación de la orden, sin conseguirlo.

Miss Rothberg tomó el partido de su protegida inculcando a Ryan de haber olvidado proveer de dinero a su mujer desde el momento en que la abandonó voluntariamente.

El proceso continuó sin grandes variaciones por un tiempo. Ryan no levantó ninguno de sus cargos, repitiendo que tanto la condesa como su madre eran simples buscadoras de fortuna y que había sido engañado acerca de la posición económica de su mujer, así como también

en lo atinente a la vida que ésta llevaba, antes de su casamiento.

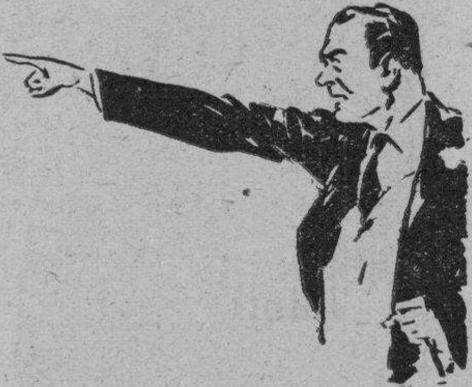
Burkan alegó que las tergiversaciones existían en efecto, aunque sólo en el terreno económico, siendo injustas las demás acusaciones de Ryan.

Los procedimientos legales sufrieron, por entonces, alguna dilación. El jurado no pudo ser reunido para intervenir en la causa por impedirlo la minoría de edad de la condesa. Era indispensable que la madre de ésta fueran notificada con anterioridad.

Como Austria está a cierta distancia de los Estados Unidos, el proceso requirió algún tiempo más; pero el 29 de mayo de 1934 la condesa May von Wurmbbrand-Stuppach recibió los documentos y se dió por enterada.

La situación hizo crisis.

Ryan presentó un nuevo resumen de



las quejas que tenía contra su bella esposa, las cuales alcanzaban a veintitrés.

La condesa apeló a la Corte de Justicia a fin de que se le otorgase el derecho de decir la última palabra.

—No quería exponer más razones—dijo—, sino formular algunas preguntas.

De acuerdo con esto su abogado redactó una solicitud en la que pedía se concediese a su cliente el derecho de apelar contra las quejas de su marido, concretando esta apelación en veintitrés preguntas.

El juez Levy negó el pedido y la condesa reservó sus interrogaciones.

Pero el mismo juez, con fecha 7 de junio de 1934, ordenó al millonario ofen-

(Continúa en la Pág. 29)



Los RAYOS MISTERIOSOS

DULGADA tras pulgada, dedo tras dedo, cicatriz tras cicatriz, los audaces «pioners» de la radiología han pagado caro el manejo de los rayos maravillosos que diagnostican y curan los dolores del hombre.

El destino de esos luchadores no puede ser más irónico. Con sus rayos curan el cáncer en los demás. En cambio, el cáncer que aquéllos les producen no pueden curarlo ni esos rayos ni otros medios.

Muchos de ellos están ya muertos. Otros, a quienes falta una mano o un brazo, y cuya vida se escapa lentamente, continúan con estoicismo su obra humanitaria y meritorias, emprendida tan abnegadamente.

La osadía de esos «pioneers» fué siempre admirable. Tras de los primeros accidentes, supieron el peligro a que se exponían. Pero se rieron de él. Hoy día, sin una mano, o un brazo, lleno de cicatrices y moribundos, siguen burlándose de su destino.

Aun cuando se descubrieron medios de protegerles, muchos de los atrevidos «pioneers», impacientes, ante el temor de que todo pudiera tener su misión de salvar vidas humanas, rehuyeron protegerse. Otros se tornaron descuidados y despreciaron a los poderosos rayos con los cuales tenían tanta familiaridad.

Pero Roentgen, el precursor, el descubridor de los rayos X, era diferente. Su naturaleza perseverante difería totalmente de la de sus descuidados colegas, a quienes les marcó rumbos en la audaz y peligrosa tarea.

Solamente un hombre como él pudo haber mantenido en secreto durante dos largos meses, su maravilloso descubrimiento, mientras examinaba concienzudamente los nuevos rayos.

El descubrimiento se realizó en principio por un mero accidente, pero no debía haber accidente ni error cuando lo propalara al mundo y lo legara al acervo riquísimo de la ciencia.

De ahí que guardara su secreto, no confiándolo a nadie, ni a sus ayudantes ni a sus colegas, y ni aun tampoco a su abnegada esposa. Todas las comi-

La ciencia marcha lentamente pero, el tesón de los hombres vence sus misterios.-- Una trayectoria del descubrimiento de los Rayos X

por JANE STAFFORD



Sus ojos se posaron por casualidad sobre una pantalla que estaba a cierta distancia del tubo.

das las hacía en el laboratorio, a donde se había llevado también su cama, de modo que de noche podía permanecer allí con su secreto, sin necesidad de llegarse hasta su casa. Trabajó arduamente en los nuevos rayos durante ocho semanas.

Los sabios llaman Roentgen a los rayos X, en honor de su descubridor, pero Roentgen, modestamente, los designaba siempre con el nombre de rayos X. Les llamó así en cuanto los descubrió, usando el símbolo matemático para lo desconocido, o sea X, porque no sabía lo que eran.

Wilhelm Konrad Roentgen, nació en Lennep, pequeña ciudad situada en la parte baja del Rhin germánico, el día 27 de marzo de 1845. Su padre era alemán, y su madre holandesa. Pasó la niñez en Holanda con la familia materna. Allí se le presentó el primer obstáculo en su carrera.

Uno de sus compañeros de la escuela de Utrecht hizo al maestro objeto de una travesura pueril, pero la culpa recayó sobre el joven Roentgen, al cual se obligó a abandonar el colegio. Alguien aconsejó a su padre que lo enviara a una escuela preparatoria particular, a fin de prepararlo para ingresar en la Universidad de Wurzburg.

Para ser admitido en esa escuela privada, debía someterse a un examen previo, pero quiso la mala suerte que cayera enfermo el maestro el mismo día en que debía presentarse el joven Roentgen. Se llamó a un maestro de la vieja escuela para que sustituyera al enfermo y, como ese suplente estaba bien al tanto del programa de la Universidad de Wurzburg el prejuicio con que examinó al muchacho, hizo que éste fracasara.

Después de este primer intento fallido, se enteró de que era posible ingresar a la Escuela Politécnica de Zurich, sin los requerimientos universitarios. Y así fué que, en 1865, a la edad de veinte años, se incorporó a esta escuela, como estudiante de ingeniería mecánica.

Apenas iniciado su curso en la escuela de Zurich, Roentgen se interesó en la física y la química, pero como sus estudios en esta materia eran secundarios a

su curso de ingeniería, jamás asistió a una conferencia de física experimental. A pesar de todo esto, llegó a ser uno de los físicos experimentales más completos.

Después de haber obtenido su título como doctor en filosofía, tuvo la satisfacción de ver que su antiguo maestro, el gran Kundt, le pedía que fuese su ayudante. Dos años más tarde, trató de ir con Kundt a Wurzburg, al departamento de física de esa universidad, y dicha universidad, regida a sus métodos conservadores, se rehusó darle la bienvenida.

Pero su mala suerte no duró mucho, por cuanto tres años más tarde, Kundt fué llamado a la flamante Universidad Imperial de Estrasburgo, y se llevó entonces consigo a su estudioso ayudante. Esta nueva universidad no estaba sujeta a la tradición y así resultó que, luego de dos años de importante labor, Roentgen fué nombrado miembro de aquel hermoso y flamante instituto de física.

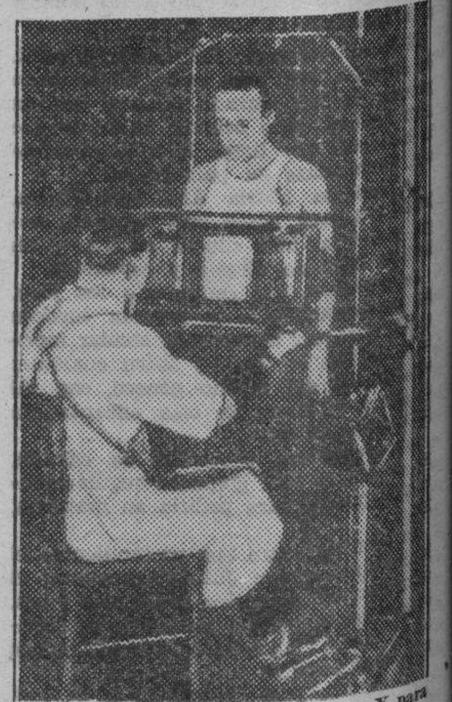
Allí permaneció varios años enseñando y trabajando, y luego pasó a la Universidad de Giessen. Tan brillantes fueron sus investigaciones, que recibió ofertas para dictar cátedras en otras universidades. Posteriormente se le invitó a ejercer el cargo de profesor de física y director del Instituto de Física de la Universidad de Wurzburg.

Esta escuela había sabido justipreciarle. Aun cuando le había rehusado la más humilde posición, le ubicó luego en el más alto cargo. Y como compensación a tal deferencia, le legó parte de su gloria, por cuanto fué allí donde descubrió Roentgen los maravillosos rayos X.

Era hacia fines del siglo XIX. Los físicos de todas partes del mundo, se interesaban por los rayos catódicos, recientemente descubiertos. Son estos los rayos que se obtienen cuando una carga eléctrica pasa a través de un tubo, del cual se ha quitado casi todo el aire. Los fi-

sicos modernos, explican que los rayos catódicos, con un flujo de electrones.

Varios físicos, Crookes, Hertz y Lenard, han ensayado diferentes tipos de estos tubos vacíos o semi-vacíos. También Roentgen se interesó por estos tubos catódicos y hacia fines de octubre del año 1895, comenzó a trabajar afanosamente sobre ellos.



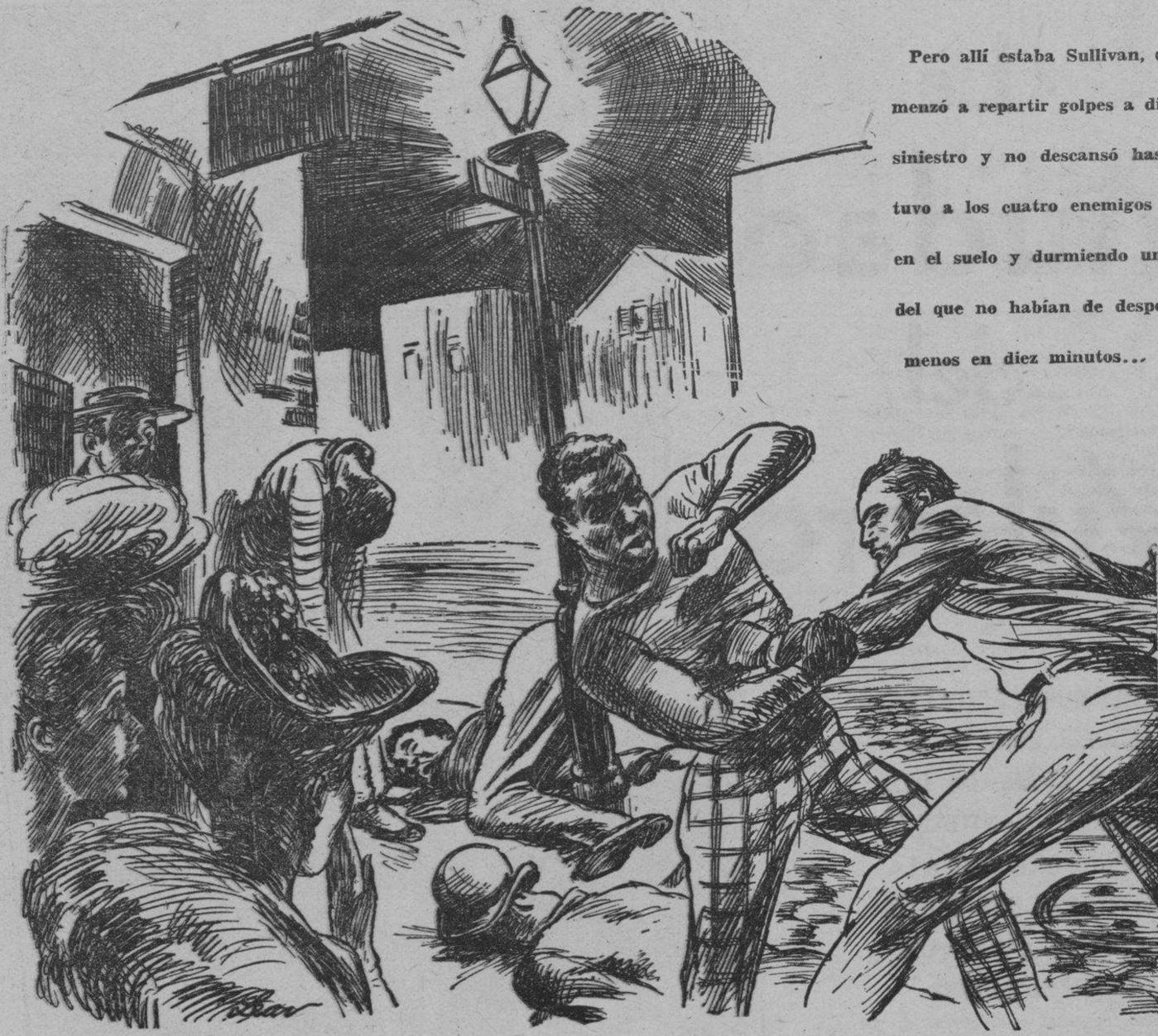
Una máquina moderna de rayos X para los experimentos fluoroscópicos, con la cual los facultativos pueden observar el proceso digestivo del paciente y, a menudo, descubrir la existencia de cáncer y úlceras, que de otra forma habrían pasado inadvertidos para los hombres de ciencia.

(Continúa en la Pág. 26)



Guillermo K. Roentgen, descubridor de los rayos X.

N los países donde se conoce y practica el boxeo—que viene a ser como decir en todo el mundo—con frecuencia se debate en la Prensa quién haya podido ser el pugilista más



Pero allí estaba Sullivan, que comenzó a repartir golpes a diestro y siniestro y no descansó hasta que tuvo a los cuatro enemigos tirados en el suelo y durmiendo un sueño del que no habían de despertar lo menos en diez minutos...

¿Fué John L. SULLILAN el campeón más grande QUE HA EXISTIDO?

TONY WEIR, UN "BARTENDER" QUE LO CONOCIO INTIMAMENTE, CUENTA ASPECTOS IGNORADOS DE SU CARRERA Y ESTABLECE UNA COMPARACION ENTRE EL Y LOS DEMAS CAMPEONES QUE LE SUCEDIERON EN EL DISFRUTE DE LA PRECIADA CORONA. COMO NACIO LA AVERSION DE SULLIVAN HACIA LOS NEGROS

POR A. ARROYO RUZ

Sullivan observadas por usted...
Tony Weir piensa un momento y luego dice:

—Le voy a contar algo de Sullivan que poca gente sabe. Todo el mundo conoce su aversión hacia los negros y que ese fué el motivo de que no quisiera pelear con Peter Jackson. De lo que pocas personas tiene conocimiento es de cómo nació esa aversión hacia los hombres de color...

—Muy interesante. Cuente...

—El mismo Sullivan me lo contó muchos años después, en una de las jiras por el interior del país a que yo lo acompañé en calidad de secretario, ayudante y que sé yo cuantas cosas más. John L. era entonces un muchacho y tenía una hermana que trabajaba en un establecimiento de tejidos de Boston. Sulli-

van se enamoró de otro de las empleadas de la tienda, con la que al cabo se casó, si bien ese matrimonio resultó una unión de las más desgraciadas.

—Una noche, al volver a su casa, su hermana le dijo al futuro campeón que cuatro negros, que todas las noches se situaban en una esquina por donde la hermana y la novia de Sullivan tenían que pasar, les decían cosas impertinentes. Inmediatamente John L. montó en cólera y pensó todo un plan para castigar a los atrevidos como se merecían.

—Vuelva a pasar mañana por la misma esquina—le dijo a su hermana.—Yo estaré también allí, pero tened buen cuidado de no mirarme siquiera. Es necesario que ellos no se den cuenta de que hay allí un hombre blanco dispuesto a castigar su osadía.

—Sullivan estuvo en la esquina a la hora convenida, y allí estaban también los cuatro negros que ofendían con sus palabrotas a las muchachas blancas. Salieron las dos chicas del almacén y los morenos, creyéndose en la impunidad de siempre, las afrentaron con su conducta impropia. Pero allí estaba Sullivan que comenzó a repartir golpes a diestro y siniestro y no descansó hasta que no tuvo a los cuatro enemigos tirados en el suelo y durmiendo un sueño del que no habían de despertar lo menos en diez minutos...

—¿Es verdad que Sullivan era un terrible bebedor?...

—¡Inexacto! Sullivan bebía lo mismo que pudiera beber cualquiera de los que lo acompañábamos. Lo que pasaba era que Sullivan iba ingiriendo sus copas muy lentamente, y todo el que entraba en un bar lo encontraba siempre con el «drink» en la mano. De ahí nació la leyenda de lo mucho que bebía el campeón...

—¿Cómo compara usted a Sullivan, entre todos los campeones que han existido después que él?

—Para mí, Sullivan fué el mejor de todos; y francamente crea que cuando estaba en la cúspide de sus maravillosas facultades, nadie de los que vinieron tras él hubiera podido vencerlo. De John L., acaso con malicia, se han hecho muchas afirmaciones que se apartaban de la verdad. Por ejemplo, se decía que no era científico. ¿Quién fué, sin embargo, el pugilista que comenzó a usar el golpe a la punta de la barba, por estimar que el impacto producía una reacción cerebral, que inutilizaba al adversario? ¡Sullivan y nadie más que él! Hasta entonces se creía que los golpes más peligrosos eran los descargados en el tronco de la oreja.

¿Pegaba duro John L. Sullivan?

—Golpeaba con una violencia como yo no he visto golpear a nadie. Y era hábil en la defensa. Lo que pasaba, en ocasiones, era que estimaba que su mejor defensa frente a determinados adversarios era su propia ofensiva...

—Y después de Sullivan, quién cree us-

(Continúa en la página 28)

La Ciudad del Milagro

LA HERMOSA CAPITAL DE PIAMONTE, CUNA DE HEROES Y AVANZADA DEL PROGRESO, MANTIENE Y DEFIENDE ORGULLOSA LA INSTITUCION DEL SANTO COTTOLENGO, QUIZA UNICA EN EL MUNDO

La «Piccola Casa della Divina Provvidenza» como demasido modestamente es definida sobre su minúscula puertecita de entrada, es más bien conocida por el nombre de su fundador: Cottolengo, que hace algunos años ascendió a la gloria de los altares.

Pero el público que conoce la gran institución y aprecia su función profundamente social y santamente humana, le da el nombre de «Ciudad del milagro». Y nunca definición alguna fué tan feliz, porque es milagroso el camino a través del cual la «Piccola Casa» se ha desarrollado y ha asumido las proporciones de un pueblo inmenso en el que hallan asilo y viven, hospedados gratuitamente, millares y millares de desdichados, enfermos condenados a sufrir por toda la vida, radiados de cualquier actividad social, descuidados y hasta despreciados del mundo. Estos despojos humanos reciben en la «Ciudad del milagro» cuidados afectuosos y asistencia de parte de sacerdotes y religiosas, y su existencia, de otro modo condenada a la tristeza, al dolor y al abandono, puede así conocer, acaso, algún tenue rayo de felicidad y, seguramente, la serena tranquilidad de quien sabe que puede contar con una mesa servida y un lecho hospitalario y con la dulzura de un consuelo moral y espiritual.

Hace 110 años que existe esta obra maravillosa: desde que su santo fundador Giuseppe Benedetto Cottolengo, un pobre sacerdote nacido en Bra, Piamonte, el 3 de mayo de 1786 y venido a establecerse en Turín en 1818, es decir, cuando fué nombrado canónigo de la colegiata de la Santísima Trinidad, la inició en forma y con medios modestísimos y la llamó «Ospedaletto della Volta Rossa». Esto fué el 17 de enero de 1827.

La finalidad del santo era fundar una obra que recogiese a todos los menesterosos que, por uno u otro motivo, no fueran admitidos en los diversos hospitales de la ciudad.

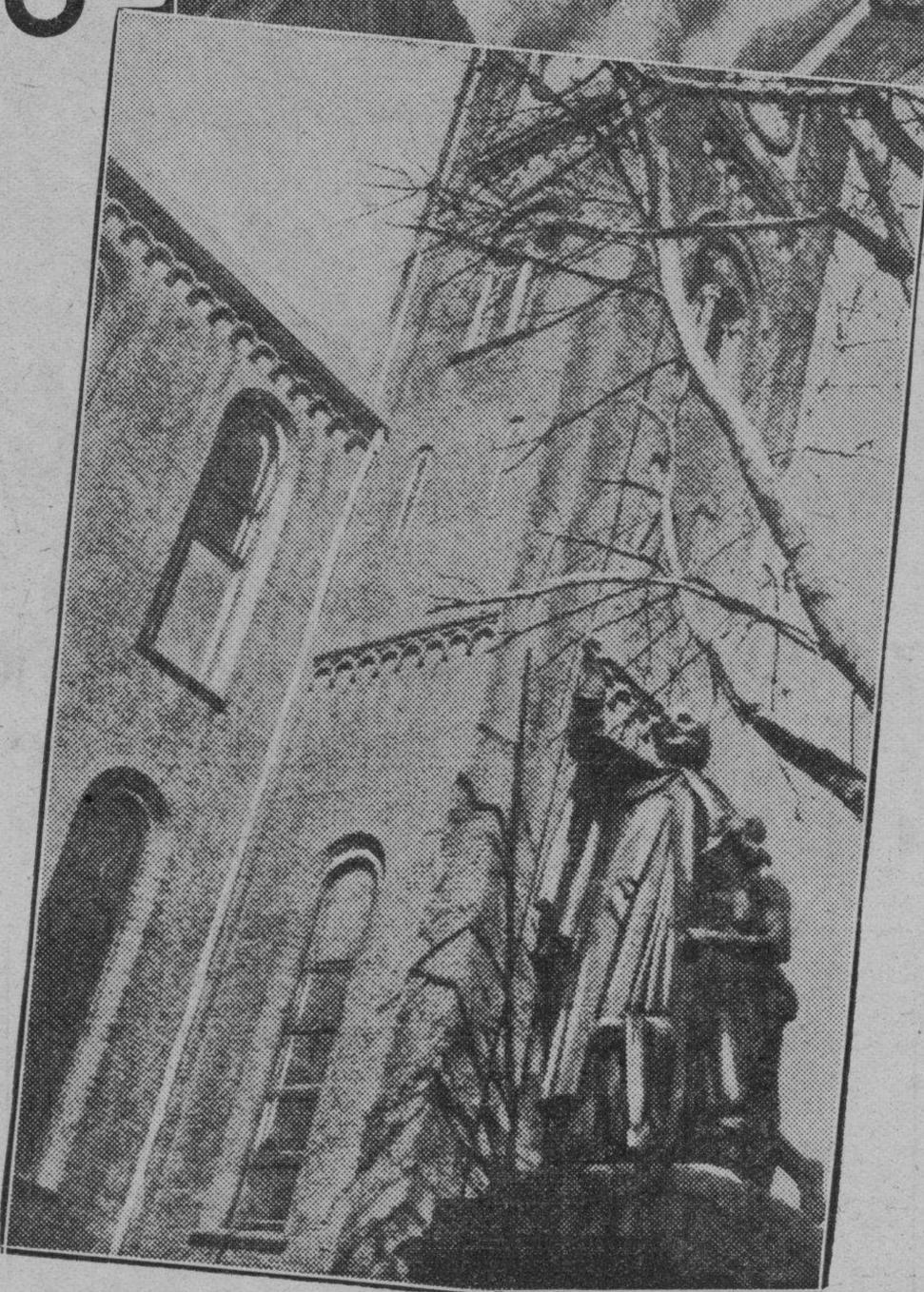
La idea de la fundación de la obra surgió en la mente del canónigo bueno

—así era llamado por todos el Santo Cottolengo—, después de haber asistido a una dolorosa escena que lo conmovió profundamente: una pobre mujer, cierta Maria Gonnet, de paso por Turín con su pequeña familia, presa de grave e imprevisto malestar, no había podido ser internada en ningún hospital y había muerto en una misera y lóbrega estancia.

Tras alternativas bien poco halagüeñas, después de haber cambiado varias veces de sede y de haber superado, con fe y tenacidad, no pocas dificultades, el canónigo Cottolengo trasladó su fundación a la Regione Valdoco, en la ciudad de Turín, donde todavía hoy sigue instalada.

Pero ¡qué impulso de entonces a nuestros días!

La humilde casita de campo, con arneses, parvas y establo, a través de sucesivas fases se agrandó al principio y, por último, se ha agigantado hasta asumir las proporciones de un verdadero pueblo con miles y miles de habitantes. Un pueblo dotado de todos los servicios, con calles y galerías, con amplias construcciones, con avenidas de notable amplitud siempre pobladas de un gentío constituido de clérigos y religiosas, de monjas y enfermeras, de asilados, de toda edad y, a menudo, de visitantes de expresión sorprendida frente a tanta caridad. Y el tráfico de la «Ciudad del milagro» se desenvuelve intenso, continuo, ordenado y silencioso, porque cada cual, aquí, tiene una misión bien definida, un deber que cumplir, un objeto que perseguir.



La estatua del Santo Cottolengo y el campanario de la iglesia junto a la entrada de la «Piccola Casa della Divina Provvidenza»

Y como se trata de misiones y deberes asumidos voluntariamente, todos trabajan con serenidad y optimismo, contentos de ser útiles simultáneamente a sí mismos y a la humanidad sufriendo.

Los mismos asilados (aquellos, se entiende, que están en condición de hacerlo y que fuera de estos muros serían condenados a la inercia humillante, dadas sus condiciones de retardados) son adscriptos a servicios internos, junto a los sacerdotes y a las religiosas.

Modernos camiones y viejimas carretillas a mano conducidas por retardados, se siguen y se alinean; mujeres jóvenes y viejas, vestidas con indumentos de las religiosas pertenecientes a las varias órdenes cretadas por Cottolengo, atraviesan silenciosas y ligeras, como si se deslizaran, saludándose con un leve ademán; hombres de toda edad desfilan ante los ojos del visitante y siguen a sus quehaceres.

Lo que impresiona en este lugar de piedad y de miserias humanas es la serena tranquilidad, la fe segura que traslucen los ojos de cada cual, hasta del más desgraciado. Ofrécense a la mirada rostros desfigurados, expresiones embrutecidas, figuras deformadas, seres esqueléticos y escalofriantes que avanzan reclinados en cochecitos o acompañados y sostenidos por compañeros de desventura: seres, en fin, que suscitan inmensa piedad y hasta hacen experimentar una sensación dolorosa de terror.

Porque debemos precisar que Cottolengo es la casa que alberga a los seres atacados de las peores enfermedades: sordos, mudos, ciegos, tullidos, descoyuntados, seres deformados horriblemente,



Los tipos característicos de asilados dementes, viejos paralíticos, despojos humanos de toda forma y de todas edades; la fin, todos aquellos sobre quienes la naturaleza se ensañó sin límite ni piedad.

(Continúa en la Pág. 25)

Fuera de Toda Ley

Este es el noveno y último de una serie de relatos de la vida real, recogidos en ignotos lugares por la famosa escritora y exploradora inglesa Rosita Forbes. Aquí se trata del conflicto de las pasiones humanas en los trópicos y del extraño culto seguido por los habitantes de una isla, del que estuvo a punto de ser víctima una mujer de gran belleza.

por ROSITA FORBES

UNA BELLEZA EMBRUJADA

En un lujoso vapor desembarqué una calurosa mañana en una isla rodeada de palmas. Dos barcos fruteros se balanceaban perezosos en la bahía, cargados de bananos, pero el puerco que propiamente dicho desaparecía bajo el manto de «bougainvillea». La enredada de flores púrpuras cubría paredes y techos perfumando el ambiente aromático, y hasta las palmas se veían amenazadas con su invasión. Las que no servían para tender ropa se veían aisladas, como desterradas, que se aferraban a las últimas rocas, única nota clara en la gama de colores que ofrecía la población.

En la primera noche en una habitación equilibrada, por decirlo así, sobre la abigarrada tienda de la localidad, que podían obtenerse provisiones de origen dudoso, pero de antigüedad evidente: sombrillas de papel, mamelucos de algodón, loción contra los mosquitos, aceite de coco y linternas a prueba de vientos. Siempre que la brisa sopla desde las montañas algo distantes, mi habitación se estremecía, pues se inclinaba en extraño ángulo, como sostenida por milagro después del último terremoto.

La mañana siguiente, un colono bondadoso me rescató de aquel peligroso nido y me condujo a su plantación, asegurándome que su esposa se sentiría encantada de tenerme por compañera. Hicimos el viaje en un destrozado coche, atravesando kilómetro tras kilómetro de campiña plantada de caña de azúcar, hasta llegar a lo que creí una aldea, pero que en realidad era la casa del amo con todas sus dependencias. El edificio tenía una galería cubierta por una enredadera y detrás de tal fresca sombra natural, arrellenada en una silla de mimbre, vi a la mujer más bella que jamás encontré en mi vida.

La belleza era tan espléndida como las soberbias enredaderas de flores esmeraldas y amarillas que la rodeaban, formando para ella como un fondo hermoso y exprofeso. Pretender encontrar allí esa belleza sin par hubiera sido lo mismo que esperar maná celestial en la Wall de Nueva York. Mientras la contemplaba asombrada, preguntándome si aquello era real, su marido, amarillento y apergaminado, le explicó mi presencia en forma muy masculina:

—Ahora tienes a alguien con quien hacer. Sé que te aburres soberanamente. Sé que te alegrarás de tener aquí una mujer. ¡Te encantará la visita!

Nunca vi persona más indiferente a la opinión de su marido, pero lo hizo lo que pudo y me condujo a una habitación que, comparada a la de la noche anterior, me pareció un paraíso. Acabé sin embargo, cuando el marido pidió licencia, y no manifesté resentimiento cuando me hizo saber que no habría otro encuentro hasta pasados quince días. Sus ojos bellos que nunca.

Los adjetivos corrientes resultaban pobres para describir esta mujer, aunque lo general la gente no es como las

Casi dejó es-

capar un grito

al ver que la

mujer que pa-

recía como hip-

notizada era

Leana. Al mis-

mo tiempo so-

nó un disparo.

flores, las joyas, las panteras, ni ninguna otra cosa con que los autores apasionados o faltos de recursos retóricos la comparan. Sin embargo, la orquídea más espléndida se habría estremecido de envidia ante esta mujer increíble, a quien llamaban Leana.

Aquel día no almorcé, contendándome con estrujar el pan y jugar con los cubiertos mientras la contemplaba. Cuando comprendí que por la tarde podría estar a mis anchas, sin tener que hacerle compañía, sentí un gran alivio. El marido me informó que su esposa no gustaba de montar a caballo y me invitó a dar un paseo por la plantación.

Acepté sin vacilación y dejamos a la increíble Leana muellemente arrellenada entre sus cojines, menos escarlata que sus labios enteramente al natural, sin el menor artificio.

En medio del verdor de la caña, que nos llegaba hasta los hombros, traté de averiguar los orígenes de aquel enlace tan desigual, pero mi huésped no era muy comunicativo.

—Ciertamente que es bella—fué todo lo que manifestó. No obstante, su sonrisa era tan atractiva que comencé a pensar que tal vez Leana tendría alguna compensación, aunque realmente una mujer como ella pudo haber sido el ídolo de París o de la antigua Viena.

Sus ojos eran tan bondadosos que llegué a imaginarme que Leana podía ser dichosa con aquel marido. El me puso al tanto de todo lo relacionado con la producción del azúcar, me hizo ver los enormes cubos del oscuro almíbar, la maquinaria trituradora, todo muy interesante, ciertamente, pero que de ningún



Un chico color de ébano sirvió «cocktails» y Mr. Nelson, cuyo nombre inglés no cesaba de sorprenderme, se sentó pesadamente en una silla a donde los ojos de Leana le siguieron llenos de interés. Yo entonces observé a mi huésped, pero éste parecía más interesado en su «cocktail» de piña que en las miradas que podían cruzarse su esposa y el capataz.

En los quince días que siguieron tuvo cabal oportunidad de estudiarlos a los tres. Era evidente que Leana estaba obcecada por el joven mulato que dirigía a los labriegos de un modo tal que indicaba gozar de una autoridad mucho mayor a la que correspondía a su posición. Al mismo tiempo, Leana demostraba temerle y hubo momentos en que parecía aferrarse a su marido como a su único salvador. Cuando esto ocurría, acercaba su silla hasta pegarla a la de él y le tocaba de modo furtivo, como para sentirse segura.

El capataz tenía su casa al extremo del grupo de edificios que yo había tomado por una aldea. Como las demás, estaba cubierta de hermosas enredaderas. Más allá había un macizo de palmas.

Una noche en que no podía dormir, salí a la galería principal de la casa. Desde allí podía verse la residencia del capataz y noté cerca de ella varias figuras que se destacaban en la luz blanquecina. A poco escuché un tambor lejano en dirección del macizo de palmas.

Al día siguiente pregunté a Dingo, con extrañeza, de qué se trataba.

—Es luna llena—me contestó. —Están haciendo sus mojigangas y esta vez ni el mismo Nelson parece capaz de contenerlos.

—¡No son mojigangas! —interrumpió Leana con sobresalto, casi dando un grito. —¡Es algo horroroso, infernal, pero que domina, absorbe... ¡Oh!

Las últimas palabras fueron casi un murmullo. Había dejado caer la cabeza entre sus manos y se las mordía nerviosamente.

Dingo se acercó a ella inquieto, y aca-

(Continúa en la Pág. 28)

¿Que se les Ocurrirá ahora a los Románticos Príncipes SUECOS?

ROMANCE!», decían suspirando una cantidad de niñas británicas cuando en el mes de marzo de 1932 el príncipe Lennart de Suecia, nieto del rey de Suecia, se casó con una señorita que no era de sangre real.

«¡Romance!», volvieron a suspirar las mismas niñas británicas cuando en marzo de 1934 el príncipe Sigvard, otro nieto del rey de Suecia, contrajo enlace con una joven que tampoco era de la realeza.

Pero muy pocas de esas niñas sentimentales sabían que el romanticismo es más común en la casa real de Suecia que en cualquier otra casa reinante europea.

Cuando los directores de Hollywood buscaban un argumento para filmar una película en la que debía actuar Greta Garbo, podían haber utilizado la historia de Suecia y producir un ciclo completo, sin necesidad de ir hasta los tiempos de la reina Cristina.

Ahora mismo esa tendencia romántica parece tener inclinaciones hacia los casamientos con gentes de sangre plebeya. Pero esto no está mal, porque, hablando históricamente e investigando bien las cosas, se llega a la conclusión de que la real casa de Suecia no es muy real—pues tiene sangre plebeya—, y no hay que re-

troceder mucho en su árbol genealógico para descubrirlo.

Antes de seguir adelante con el relato de las actividades actuales de los príncipes suecos, recorramos un poco las páginas de la historia.

La casa real de Suecia fué durante varias centurias la gran casa de Vasa, en cuya lista figuran nombres como el de Gustavo Adolfo, campeón del protestantismo contra los reyes católicos de Europa y uno de los genios militares más grandes de todos los tiempos. Gustavo Adolfo convirtió a la entonces pobre y pacífica Suecia en un de las más grandes potencias militares de Europa, siendo muerto en la batalla de Lutzen, en el año 1632, dejando el trono en manos de su hija Cristina, que ha vuelto a la actualidad para los amantes del cine, con la versión y la labor altamente «romantizada» que realizó en la película.

La dinastía de Vasa incluye también el nombre de Carlos XII, otro gran jefe militar, quien fué un día muerto misteriosamente por sus propios soldados en el año 1718, dejando sus armas triunfantes contra los daneses, rusos y polacos.

Pero en el siglo que siguió a su reinado la casa Vasa fué debilitándose más y más. Cuando llegó la era napoleónica, un rey poco eficiente estaba en el trono sueco y



El príncipe Lennart, nieto del rey de Suecia, y Miss Karin Nissvandt, casados también en Londres.

fué en aquel entonces que empezó para Suecia uno de los episodios más románticos de la historia.

Cuando Napoleón llegó a la cúspide de su gloria, dijo, pomposamente, que cada soldado de su ejército llevaba un bastón de mando en su mochila. Uno de sus sargentos, cuyo nombre era Jean Baptiste Jules Bernadotte, jactábase muy especialmente de esto. Era sargento en 1789, es decir, cuando cayó la Bastilla, y unos años más tarde fué elevado al grado de mariscal en el ejército de Napoleón.

Este señor Bernadotte tuvo su propio romance. En 1789 cortejó y se casó con una chica del sur de Francia que se llamaba Desiree Clary. Su hermana Julia casóse con José Bonaparte, hermano del gran Napoleón, que fué más tarde coronado rey de España. Desiree había sido cortejada con anterioridad por el mismo Napoleón.

Tiempo después, cuando Napoleón convirtióse en el árbitro de toda Europa, los amigos de Desiree solían bromear con ella diciendo que se había equivocado en la elección del hombre para casarse. Debió casarse con Napoleón, decíanle; entonces hubiese obtenido un trono y por ende un gran título.

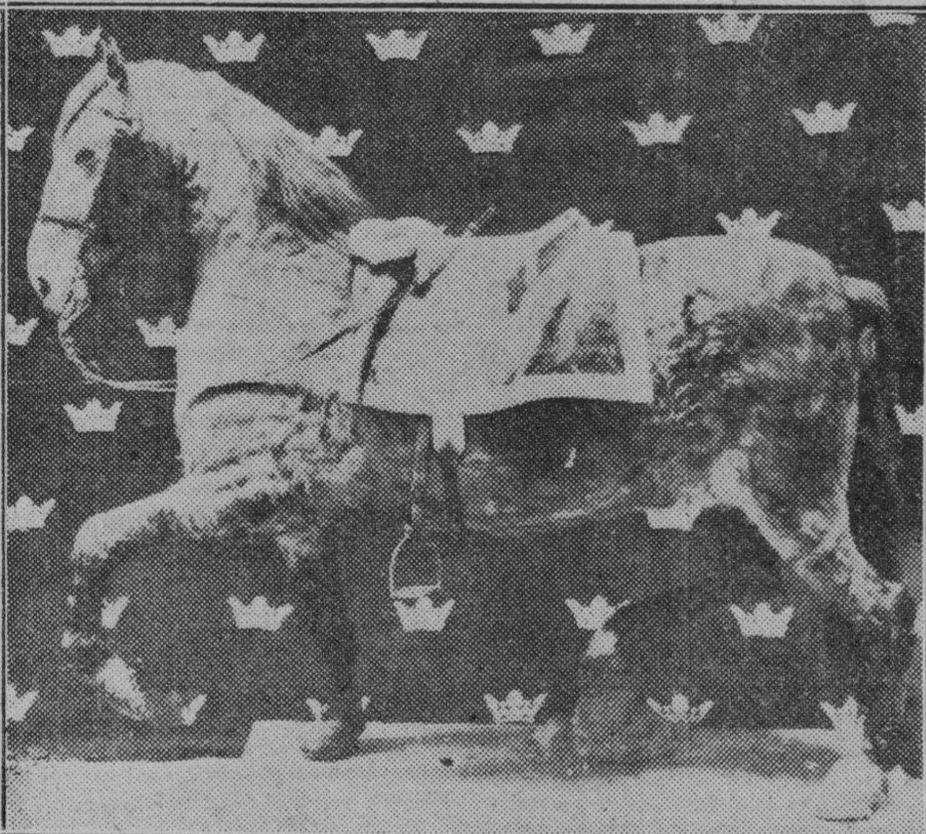
Lo que contestó Desiree no se sabe. Pero su fortuna tendría que cambiar.

Por alguna razón Bernadotte no se llevaba muy bien en sus relaciones personales con Napoleón. Dicen los historiadores que la razón eran ciertos fracasos en sus campañas y de los cuales consideraban culpable a Bernadotte; otros decían que el motivo era el que este último lo hubiese vencido en la obtención de la mano de Desiree.

Sea como fuere, la cuestión es que por la debilidad de carácter del antes mencionado rey Carlos XIII de Suecia, se presentó la gran oportunidad para Bernadotte.

No eran esos momentos para tener en el trono a un rey de la naturaleza de este estando Napoleón barriendo Europa y derribando dinastías. Así que el Riksdag sueco—o sea el Parlamento—, creyendo poder ganarse las simpatías de Napoleón, eligió y nombró a Bernadotte heredero del trono. Napoleón tenía sus dudas, pero no así Bernadotte, que aceptó el ofrecimiento en el acto; abjurando de la Iglesia católica, hizo protestante, identificándose en seguida con los intereses de su nueva patria.

Y en 1819, cuando el rey Carlos XIII falleció, Bernadotte quedó convertido en el flamante rey Carlos XIV de Suecia. Desiree rió última después de todo. Napoleón, el pretendiente que despreciara, ha-



El famoso caballo de Gustavo Adolfo, el rey de Suecia, que se conserva en el Museo de Estocolmo.

bia perdido su poderío y se encontraba agonizante en Santa Elena. Bernadotte, el hombre que había elegido tiempo atrás cuando no era más que sargento del ejército de Francia, era rey ahora.

La dinastía sueca—la dinastía de Bernadotte—fue entonces considerada «parvenu», pues no tenía una sola gota de sangre real en sus venas.

Oscar, el hijo de Bernadotte, que le siguió en el trono, trató de remediar la situación casándose con Josefina, hija del príncipe Eugenio Beauharnais y nieta de la primera esposa de Napoleón, llamada Josefina también.

Casamientos posteriores aumentaron el acercamiento con otras casas reinantes de tal manera, que cuando estalló la guerra europea, una de las sangres más soberbias corría por las venas de la casa de los Bernadotte.

Toda esta larga y engorrosa historia es necesaria para explicar el por qué resultan tan sorprendentes los actuales casamientos morganáticos de los príncipes suecos.

Después de un siglo de esfuerzos, las aristocráticas casas de Europa habían aceptado en su seno a la nueva casa real. Mezclada con su sangre real, antigua y verdadera.

Solo hubo una desviación en esta línea. Allá por el año 1888, el príncipe Oscar renunció a sus derechos al trono y se casó con mis Ebba Mock.

Pero, para volver a los días presentes, cierta mañana el joven príncipe Lennart, hijo único del príncipe Guillermo y nieto del rey de Suecia, con toda calma explicó que estaba enamorado y que se casaría con la señorita Karin Nissvandt, una hermosa rubia sueca cuyo padre trabaja-

ba en una firma de Estocolmo.

El príncipe Lennart encontróse con ella en una fiesta y enamoróse perdidamente, sin tener en cuenta que las leyes de la casa reinante sueca no permiten el casamiento de ningún príncipe sueco, si no es con el consentimiento formal del rey.

El rey Gustavo Adolfo explicó claramente al príncipe cuáles eran sus ideas al respecto, por lo tanto no consentiría un casamiento de esa naturaleza. Lennart estaba emparentado con las más grandes dinastías de Europa. Por su abuela paterna, la reina Victoria de Suecia, resultaba ser un descendiente directo del emperador Guillermo I de Alemania. Pero todo esto no hizo efecto sobre Lennart, que era bastante cabeza dura. Le dijeron que tendría que renunciar a todos sus derechos como heredero del trono; a todos sus títulos y honores—era duque de Smaland y oficial del ejército sueco—para convertirse, con su famoso antepasado, en un simple Bernadotte.

Lennart dijo que todo eso no le interesaba mayormente, así que se dirigió a Londres donde el 11 de marzo de 1932, contrajo matrimonio con su querida Karin en el Registro Civil de esa ciudad.

La pareja habitó durante un tiempo una de sus propiedades del lago de Constanza y más tarde, después de reconciliarse él con su real abuelo, volvieron a Estocolmo, donde en el mes de mayo del año pasado, nació la pequeña hija de ambos. Lennart tiene una considerable fortuna particular que obtuvo por legado de su abuela, pero, a pesar de eso, recientemente solicitó infresar como editor en la Compañía Sueca de Broadcasting.

Luego le llegó el turno al joven primo de Lennart, el príncipe Sigvard, duque



La familia real sueca, reunida. Sentados (de izquierda a derecha): La princesa Sibylla, con su hijito; el rey Gustavo con la princesa Margarita y la princesa heredera Luisa. Detrás: el príncipe Gustavo Adolfo, esposo de la princesa Sibylla, y su padre, el príncipe heredero.

de Uppland, caballero de la orden del Serafín, oficial del regimiento de guardias del cuerpo de Svea y también oficial del octavo regimiento de Uppland.

Hasta esos momentos Sigvard había demostrado poseer habilidades poco comunes en príncipes. Se interesó en el arte dramático cuando cursaba estudios en la vieja Universidad de Upsala y formó parte del elenco en dos obras inglesas sumamente renombradas. Después de su graduación siguió actuando un tiempo y corrió la noticia de que se había comprometido con la princesa Juliana de Holanda y luego con la princesa María de Italia, siendo ambas informaciones erróneas.

Cierto día fué a su padre, solicitándole permiso para ir a Munich a estudiar decoración de escenarios y dibujo de vestidos, obteniéndolo. Cuando regresó pintó todos los decorados para la representación de una obra en la que figuraba uno de los reyes de Suecia. También llegó a ser un experto en la confección de platería altamente artística.

Poco tiempo después comenzó a interesarse por el arte cinematográfico y se fué a Berlín, donde con el «nom-deplume» de «Herr Holger» le fué confiado el cargo de ayudante del director en los grandes estudios de la Ufa.

Y he aquí que también él se enamoró

sin remedio de una rubia que era un primor, Erika Patzek, que empezaba para esa fecha su carrera cinematográfica haciendo papeles de ingenua. Sigvard la cortejó ardientemente.

Una noche lluviosa en que Fraulien Patzek llegaba a su casa se encontró con el joven parado en la acera esperándola. Estaba empapado, calado hasta los huesos, pero no se arredró por ello y se declaró. Y antes de que se separaran esa noche, ella le dió el ansiado «sí».

Ante la imposibilidad de obtener el consentimiento de sus parientes, Sigvard casóse sin él. Unas semanas después el príncipe y su flamante esposa se encontraron con el rey Gustavo en Cannes, donde se produjo una amable reconciliación.

CUENTO DE LADRONES

El viento, los relámpagos...
y el horizonte fosco...
y el cuento de aquel día...
y luego ¡el monte solo...!

Corrí muerto de miedo.

¡Oh, aquel pino espantoso
con las ramas en alto
que me salió a un recodo!

En su trabuco verde
un fognazo de oro.

ALEJANDRO CASONA



El príncipe Sigvard, segundo hijo del príncipe heredero, y Fraulien Erika Patzek, hija de un comerciante alemán, casados en Londres.

CASTILLOS ENCANTADOS EN INGLATERRA

POR EMMY GUITTES

Y es sabido el tenaz amor de los ingleses por su patria. Sabemos que consideran a Inglaterra el más perfecto de los países. Pero lo que si ignoramos es que llegan hasta abandonar las regiones etéreas para volver después de su muerte, a visitar el «home» que les fué caro aquí abajo.

Y esto con gran terror por parte de los herederos de esas viejas moradas, que no siempre exigen tanta solicitud de sus queridos desaparecidos; y con gran alegría de los escritores ingleses, que han consagrado volúmenes para coleccionar los actos y palabras de los habitantes del otro mundo.

Los espíritus tienen el gusto del espacio y del lujo.

LA FAMA DE HAMPTON COURT

Así, el «Hampton Court», uno de los más grandes y más bellos castillos de Inglaterra, don forzado del cardenal Wosley al rey Enrique VIII, que comprende un millar de apartamentos, es el lugar predilecto de los aparecidos. O mejor dicho, de las aparecidas. ¿Quién no ha oído hablar de la célebre galería encantada de Hampton Court, donde el Barba Azul inglés, apellidado «el viejo profesional», o sea Enrique VIII, se encuentra todas las noches con las sombras de sus bellas favoritas que lloran la juventud apagada de sus auroras?

En esta galería lúgubre, donde los ruidos de las voces se apagan, la atmósfera es propicia a las apariciones. Miles de personas han sido allí testigos asombrados, por la presencia de seres misteriosos, que no tienen otro lugar común en la tierra que sus recuerdos. Y algunas veces, formas invisibles al ojo humano, han sido captadas por placas fotográficas.

Uno de los «habitados» de Hampton Court, es el espíritu de Miss Sibell Penn, quien en 1538, después de la muerte de la foverita Jane Seymour, se convirtió en nurse de su hijo, el Príncipe Eduardo, y supo hacer apreciar su devoción. Cuando murió en 1562, en sus apartamentos de Hampton Court, considerada como la madre del Príncipe vuelto rey, se la enterró en la vieja iglesia de Hampton-on-Thames, y se grabó en verso sobre el imponente monumento que le fué erigido, la lista de sus numerosas virtudes.

LAS APARICIONES DE SYBELL PENN
En 1829, cuando se reconstruyó la demasido vieja iglesia, la tumba de Sybell Penn fué colocada provisionalmente en el vestíbulo del nuevo edificio. Este des-



El Castillo de Hampton Court, en

De súbito, la mujer del guardia Switte lanzó un grito. Y éste vió una forma clara que llevaba en lo alto un resplandor cilíndrico, como un tubo de vidrio, yendo y viniendo fluido blanco y azul, entre el cielo raso y la mesa. La aparición pasó ante Mr. Switte y su hijo, después detrás

plazamiento sacrilego, despertó sin duda, a la nurse de sueño secular.

Desde entonces se oyó frecuentemente en sus apartamentos deshabitados, ruidos extraños, gruñidos de mujer vieja y sobre todo el ruido claro y continuo de una ruca trabajando.

Se hizo una búsqueda. Y se descubrió en un cuarto olvidado, una vieja ruca. En el lugar donde reposaba el pedal, la madera del piso estaba usada y desmenuzada...

Después, muchas personas que residieron en Hampton Court, y que no pudieron conocer la tumba de Miss Penn, han creído verla aparecer, vestida con su largo traje derecho, y su bonete ajustado, exactamente como la figura de su tumba la representa.

En el siglo pasado, una dama de la Corte, que ocupaba una serie de apartamentos en Hampton Court, presentó denuncia ante el Chambelán contra los autores desconocidos de golpes repetidos sobre las colgaduras de su cuarto.

LA PRIMERA COMISION NO TIENE JURISDICCION

Después que el Chambelán pasó la denuncia al Departamento del Trabajo, la denunciante fué informada de que la Primera Comisión no se extendía al mundo de los espíritus...

En 1917, hacia media noche, un bravo agente de policía, estaba parado frente al umbral de Hampton Court, cuando vió llegar a un grupo de dos caballeros y de siete u ocho damas, todos en traje de gala.

Tomándole por inquilinos del palacio, abrió las puertas para dejarlos pasar. De pronto, el grupo cambió de dirección. Después, lentamente, uno tras otro, con el caballero a la cabeza, cayeron sobre la grama y se desvanecieron en el aire. A pesar de buscar inmediatamente, el agente no encontró a nadie que le pudiera explicar ese misterio.

Fué en el palacio de «Saint James», construido en 1532, donde Carlos I debía esperar su ejecución, que en 1649, paseándose por el parque de la duquesa de Mazarino y Madame Beauclair vivieron sus últimos años, bajo el reinado de Carlos IV, y de su sucesor y hermano James.

Su desgracia común, su notoriedad pasada, acercaron a estas antiguas rivales, y a menudo hablaron de su vida futura. Convinieron que la que muriera primero, se comunicaría con la otra, y la informaría de sus condiciones en el otro mundo. Aunque la Duquesa de Mazarino, al morir renovó esta promesa, Madame de Beauclair, muchos años después, vuela escéptica, se indignaba cuando se le recordaba su olvidada creencia.

LA EXPERIENCIA DE MADAME BEAUCLAIR

Una tarde, una de sus amigas, informada por una sirvienta que si quería encontrarla con vida que anduviera ligera, llegó precipitadamente a Hampton Court, acompañada de un amigo, que narró en seguida la historia. Madame Beauclair, que parecía en buen estado de salud, declaró que dentro de pocas horas se encontraría en el otro mundo, del cual había dudado. El espectro de la Duquesa de Mazarino, se le había aparecido, netamente. Este parecía «antes bien nadar que andar», y le había dicho con toda claridad estas palabras: «¡Beauclair, entre media noche y una de la mañana, vendrás conmigo!»

Un viejo reloj sonó dos veces. Madame de Beauclair había apenas terminado de narar estos, cuando gritó: «¡El corazón me duele!» Media hora más tarde, estaba muerta.

LA HISTORIA DE LA TORRE DE LONDRES

La «Torres de Londres»... ¡Cuántos personajes históricos estuvieron presos sin esperanza, en esa vieja fortaleza... donde fueron decapitados sobre su grama fatal, o sobre la colina de «Tower Hill»! ¡Cuántos secretos duermen allí! Si alguna vez se despiertan entre ellos vanas sombras, ¿cómo sorprenderse?

Una tarde de 1914, el guarda de las joyas de la Corona, con su mujer, su cuñada y su hijo pequeño, conversaban en la pieza donde estuvo guardada antes de su ejecución, Ana Bolena, rechazada por Enrique VIII. Las sombras cortinas dobles estaban cerradas. Sólo dos candelabros alumbraban la pieza.

de su mujer, y un instante después se posó sobre la espalda de ésta. Ningún espejo pudo presentarle a Mrs. Switte el reflejo de la aparición tras ella. Sin embargo, gritó terrorizada: «¡Dios mío... me atapa... me agarra por la espalda!» y cayó por tierra desmayada.

Algunos días más tarde, un centinela de guardia ante la puerta de esta misma pieza, silbaba alegremente una canción, cuando la aparición de un enorme y fluido oso blanco, que parecía salir debajo de la puerta, cambió el rumbo de sus pensamientos. Atravesó al oso con su boyoneta, y al mismo tiempo la puerta, cerca de la cual una silla se cayó. Se tuvo que transportar al desdichado centinela, desvanecido, al cuarto de los guardias. Dos días más tarde, el bravo soldado que en los campos de batalla más peligrosos había probado un absoluto desprecio del peligro, murió en presencia de una sombra. Fué enterrado con los honores militares en la Iglesia de Santa Catalina Cower, destruida ya.

Es extraño constatar que cien años antes, una aparición casi similar fué observada en el castillo de York, donde un pedazo de papel se elevaba de la tierra, se transformaba en un mono, luego en un oso y se aplastaba debajo de la puerta antes de desaparecer.

El «Richmond Palace», fué también testigo de un hecho sorprendente sino sobrenatural.

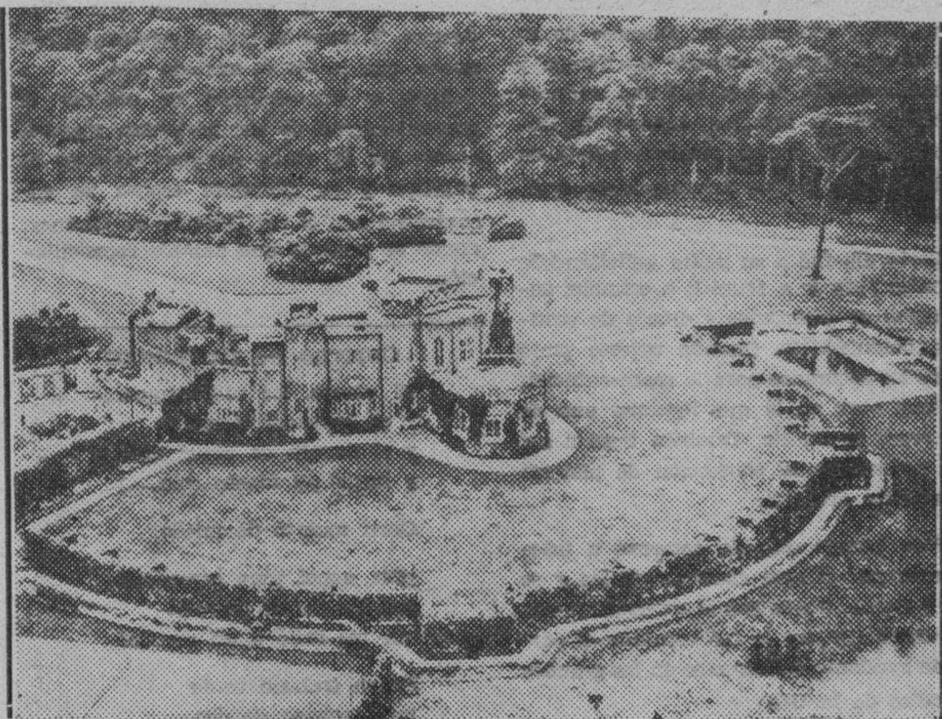
LAS APARICIONES DE LA REINA

Cuando la Elisabeth murió en ese viejo palacio, el 24 de marzo de 1603, acababa de pasar algunos días en un estado total de inconsciencia. Durante ese tiempo, una aparición inmaterial que tenía exactamente la apariencia de la reina, fué aperecida diferentes veces por varias personas. Este fenómeno no sorprende, sin duda a los espiritistas, quienes familiarizados con hechos de este género han bautizado con diferentes nombres este desprendimiento de nuestra personalidad psíquica de un cuerpo fluido calcado en la imagen de nuestro cuerpo terreste. Ellos le llaman el «doble o el cuerpo astral».

Pero, ¿quién explicará por qué esa monja que había vivido como una santa, después de su muerte penetraba en todos los dormitorios de un castillo del Norte de Inglaterra, y abría y cerraba ella misma con todo cuidado las puertas?

¿Es sin duda, porque la Universidad de Oxford, afamada por su bella arquitectura, que los espíritus se complacen en ir a visitarla? Hay elevados testimonios. Hay testimonios de profesores. Por otra parte se conoce el espíritu que habita la vija morada de Byron.

¿Llegará el día en que la ciencia de los vivos reconozca la existencia de los muertos?



CASTILLO DE BELVEDERE.

LA CIUDAD...

(Continuación de la Pág. 20)

hallan aquí acogida afectuosa y cuidados amorosos, físicos y morales.

La puerta de la «Piccola Casa» está abierta a cuantos sufren, sea cual fuere la causa de su sufrimiento. Cuando un desdichado, ya sin recursos ni esperanzas, se acerca al umbral del Cottolengo sabe que tan pronto la hermana abra la puerta, la «Piccola Casa» tendrá un huésped más.

Ustedes que gozan de la sanas alegrías que la vida ofrece a los predilectos, que conocen el placer de una rápida carrera, que saborean la embriaguez de la velocidad guiando un automóvil, que asientan a las sierras, que viven rodeados de toda comodidad y ven satisfecho cualquier deseo sin advertir limitaciones impuestas por insuficiencias físicas; ustedes que, en una palabra, se complacen mirándose al espejo, del aspecto que la naturaleza les ha conferido, seguramente sólo imaginan a estos pobres seres en la actitud desesperada de aquel quien le han sido irremediamente negados los requisitos físicos que la naturaleza otorga a la mayoría de los seres humanos.

Tal vez otrora—antes de ser asilada en esta humanitaria institución—esa pobre gente se pasara la vida imprecando. Pero quien entra en el Cottolengo aprende ante todo la fe, la resignación al destino señalado por la potencia divina.

«Dios es grande y su misericordia es infinita», ha dicho el santo fundador. Y todos los huéspedes de este lugar de piedad miran confiados a Dios y viven serenos su vida de desgraciados.

¿Cuántos son los habitantes de esta ciudad excepcional?

Muchos. Contándolos todos, sacerdotes, religiosas y asilados en la casa madre y en las filiales circundantes, supérase el número de 12.000. La población de una pequeña ciudad.

Surge, aquí, espontánea, una pregunta: ¿Cómo y con qué medios semejante institución ha podido desenvolverse hasta asumir las gigantescas proporciones actuales, y con qué medios vive, ya que proveer a las necesidades de tantos miles de personas, cuya mayoría ha menester de cuidados especiales, debe suponer un gasto enorme? Ahí está el verdadero, el auténtico milagro: fe en Dios, confianza en su providencia infinita.

Un precepto evangélico enseña: «Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura». El santo Cottolengo tuvo fe en Dios, buscó el reino de Dios y su justicia y nada le faltó nunca, no ya para las necesidades personales, que en estas cosas es pensable, si no para las de sus pupilos.



Las desdichadas hijas del Santo Cottolengo esperan la hora de la distribución de la comida, cerca de las cocinas.

La fundación se ha, pues, desarrollado merced a la piedad y al corazón generoso de los ciudadanos. Estas fueron exclusivamente las fuentes a que siempre recurrió el santo Cottolengo y a las cuales aun hoy recurren los sucesores que ocupan la dirección de la «Piccola Casa». Cuando la iniciativa del benemérito sacerdote fué conocida, empezaron a llegar generosas ofertas. Eran, especialmente en los comienzos, ofertas de artículos de consumo, vituallas, indumentos nuevos o usados. Todo lo utilizaba el buen canónigo para sus enfermos. Las donaciones eran casi siempre anónimas. Artesanos y aristócratas colocaban sus ofertas en los peldaños de la puerta de entrada, durante las horas nocturnas. A la mañana, el fundador abría la puerta y hacía retirar todo aquello que la caridad del pueblo había puesto a su disposición: sacos de trigo, harina, polenta, pan. Con el correr de los años y el aumento de las necesidades, como por milagro aumentaron las donaciones: las bolsas de trigo se transformaron en carros enteros, y hoy se ve detenerse a la entrada de la institución modernos camiones repletos de todo, que descargan su preciada carga, que es un don más que las gentes y el Señor destinan a la «Piccola Casa».

Vinieron luego los donativos en dinero y en propiedades, y el Cottolengo administra hoy un cuantioso patrimonio. Con los legados y las ulteriores ofertas en especie, se provee a la construcción de nuevos pabellones, a la dotación de modernísimas dependencias: cocinas grandiosas y racionales, molino para los menesteres internos, panadería, confitería, laboratorios diversos. La «Piccola Casa» de la Divina Providencia puede hoy producir por sí misma todo cuanto precisan sus asilados.

Así, fiando en la Providencia, ha podido transformarse de pequeña casita de campo en un gran pueblo.

Cada día los asilados, al dejar el trabajo que tienen asignado, van en procesión, precedidos por la cruz, a dar gracias a Dios en una de las iglesias internas. Y cada día el milagro de la piedad se renueva, desde hace ciento diez años.

Breves muy Breves

PERLA Y PERLAS

—¿Has visto en los diarios de esta mañana que obtuvo una perla de una ostra?

—Y qué; yo obtuve varias de un banquero.—(Hamburger Illustrierte).

FISCAL

—Escribe un lector a un diario que desearía haber tratado con mucho esfuerzo de conseguir un empleo público se ha dedicado a descansar.

—Lo obtuvo, entonces.—(Marianne).

LORITO

Con toda la seriedad funcionaria británica procedieron los altos empleados de la B. B. C. (British Broadcasting Co.) a examinar a los 300 loros y cacatúas que habían presentado al concurso para elegir al que «hablaría» por la radio oficial del Imperio.

Hecha la selección se procedió al examen de una docena de personalidades y representantes de la prensa rodeaban al lorito elegido, que parecía resuelto a no bajar su pico; tras desesperados esfuerzos de su propietario el loro soltó una sonora carcajada y exclamó con tono de profunda convicción:

«¿Qué atado de imbéciles son todos ustedes?»—(Die Koralie, Berlín).



LOS ANCIANOS, LOS NIÑOS ANEMICOS, LAS JOVENES QUE FATIGA LA FORMACION ENCUENTRAN EN EL

QUINIUM LABARRAQUE

El más poderoso regenerador, aprobado por la Academia de Medicina de Paris como el más poderoso de los tónicos y el más energético de los febrífugos. Preparado con vino añejo de Málaga, se recomienda a los febriles, a los debilitados, a los fatigados, a los convalecientes, a los ancianos, a los niños anemiados.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS

Depósito: MAISON FRERE 19 Rue Jacob, Paris (60)





Los Rayos Misteriosos. . .

(Continuación de la Pág. 18).

Con su peculiar perseverancia, procedió a repetir las investigaciones y experiencias de otros físicos, a fin de ver por sí mismo, cómo actuaban esos rayos. Un viernes por la noche, el 8 de noviembre, estaba solo en su laboratorio realizando ensayos. Era ya tarde, y no había por allí ningún sirviente o encargado de limpieza.

El cuarto donde trabajaba, estaba completamente a oscuras. Hasta había cubierto con un cartón negro el tubo con el cual se ocupaba.

Sin ninguna luz que se filtrara, absolutamente en las sombras, hizo pasar una carga eléctrica a través de un tubo. En ese momento, sus ojos se posaron sobre una pantalla puesta accidentalmente en la consiguiente sorpresa, vió que la pantalla resplandecía.

La pantalla estaba hecha de papel, cubierto con bario cianuro platinado. Fué por pura casualidad que estuviera allí sobre la mesa esa noche y que su clara luminosidad la hiciera visible entre la penumbra del laboratorio.

Es posible que otros físicos hayan observado antes que él ese fenómeno, pero era preciso contar con la mentalidad de Roentgen para darse cuenta del enorme significado de tan rara visión. Inmediatamente vió que era esto algo completamente extraño, nuevo, inexplicable, con maravillosas posibilidades.

A pesar de su sensacional descubrimiento, Roentgen siguió siendo el esmerado y perseverante hombre de ciencia, sin que lo cegara la gloria. Claro es que estaba excitado, puesto que fué entonces cuando se encerró en su laboratorio, donde hacía servir todas sus comodidades, y donde dormía, para poder dedicarse enteramente a la investigación de esa nueva y desconocida fuerza que había descubierto.

No descansó hasta dar con la solución del enigma.

En primer lugar, se sorprendió al comprobar que el efecto de la electricidad en el tubo cubierto había podido pasar a través del aire, en una distancia considerable, pues eso era algo que la misma electricidad no podía hacer. De modo, que su primer paso consistió en ver si esa

fuerza nueva podía pasar a través de otra cosa que no fuera el aire.

Entonces colocó un grueso diccionario delante de la pantalla. La brillante luminosidad de ésta, se vió a través del libro. Brilló a través de dos mazos de cartas, y cuando sostuvo solamente un naipe frente a la pantalla, la luz lo atravesó tan fuertemente que apenas pudo Roentgen distinguirlo.

Luego ensayó con otros objetos pesados, entre ellas medallas, vidrios y trozos de madera. Observó que la luz no pasaba a través de ciertas piezas metálicas. Una plancha de plomo de media pulgada de espesor la detenía, al igual que piezas de platino mucho más delgadas.

Finalmente, intrigado, pensó si su propia mano podría detener los rayos. La colocó frente a la pantalla y ella se proyectó entonces, fiel en su forma, ligeramente clara en su contorno, con las líneas sombreadas de los huesos, dentro del plano luminoso.

A continuación, descubrió Roentgen, que las placas fotográficas secas eran sensibles a los rayos X. Así pudo fotografiar las sombras proyectadas en la pantalla luminosa, por los objetos a través de los cuales no pudieron pasar los rayos X. En esta forma le fué posible determinar exactamente qué sustancias absorbían los rayos, y cuáles no.

Este descubrimiento dió origen a todas las fotografías hechas con rayos X, tales como las que hoy día se toman para diagnosticar enfermedades, determinar fracturas de huesos, para descubrir las imitaciones de los cuadros famosos, sellos de correo, y muchas otras útiles aplicaciones.

La primera fotografía de los rayos X, fué la de la mano de la señora Roentgen, aun cuando todos creen que fué la del anatomista Von Koelliker.

Ocho semanas después de aquella memorable noche, Roentgen presentó su descubrimiento al mundo, mediante la lectura que hizo el día 28 de diciembre de 1895 en la Sociedad Wurgburg de Física y Medicina.

La noticia se esparció a los cuatro vientos y en todos los laboratorios de física del mundo, los sabios repitieron los experimentos, y procedieron a realizar investigaciones por cuenta propia, sobre los nuevos y sorprendentes rayos. Y fué durante aquellos tiempos, tiempos de lucha

¿HAY LUGAR EN LA TIERRA para TODOS?

BASÁNDOSE en cálculos más o menos exactos, se puede asegurar que hay en el mundo 1,900 millones de almas. Según cálculos del geógrafo profesor Penck, de Berlín, la cantidad máxima de personas que podrá contener el mundo será de 8,000 millones, de los cuales Euracia, (Europa y Asia), tendrán un 26 por ciento, Africa un 29 por ciento, Norteamérica 14 por ciento y Sudamérica 25 por ciento. Los 1,900 millones de personas que hoy habitan en el mundo, están distribuidas de muy distinto modo, porque en Eurasia viven el 80 por ciento, en Africa el 7 por ciento, en Australia el 0,5 por ciento, en Norteamérica el 9 por ciento.

Se ve que el profesor Penck cree que con el tiempo la humanidad se irá radicando en los países tropicales. Se basa en que allí es donde tendrá las mayores oportunidades de procurarse el sustento. Es claro que la colonización de los trópicos exigirá víctimas, pues pasarán muchas generaciones antes de que se acostumbren al clima. Además, en las regiones ecuatoriales se presentan condiciones favorables hasta para el europeo, especialmente en lo que se refiere a Sudamérica, donde sólo habitan 63 millones, teniendo lugar para dos mil millones, es decir, una cuarta parte del máximo total que puede sustentar la tierra. El profesor Penck calcula que en los próximos tres siglos, la población de Eurasia aumentará de 400 millones a 500 millones, la de Norteamérica en 600 millones y la de Australia en 450 millones.

Se puede contar con que la tierra estará en condiciones de dar mucho más de lo que se supone hoy, una vez llegado el caso de tener que arreglarse. Además hay considerables extensiones de mar, desiertos y pantanos que pueden convertirse en tierra fértil, como se está haciendo ahora en el Zuiderzee, en Europa; aparte de que tal vez se haya adelantado tanto que se puedan fabricar alimentos artificiales, reduciendo así al mínimo la necesidad de cultivar la tierra.

Ante las repetidas preguntas de que si alguna vez llegaría a haber superabundancia de población, se tomó como ejemplo «la ley de las moscas», descubierta por el profesor americano Raymond Peare, director del Instituto de Investigaciones Biológicas de la Universidad de John Hopkins, de Baltimore. El profesor Peare metió una pareja de moscas dentro de un frasco muy grande, cuidando que tuvieran suficiente alimento. Pronto se multiplicaron y el frasco no tardó en estar negro de moscas. Más y más aumentaba la cantidad todos los días, hasta que repentinamente empezó a disminuir la rapidez de la multiplicación; al fin se llegó a un número que no varió. Sólo se reponían las moscas muertas, pero la cantidad de individuos permanecía siempre igual. Numerosas pruebas comprobaron que en todos los casos sucedía lo mismo, que eso era una ley natural. Una ley más o menos parecida pudo observarse en la humanidad misma. El estudio de población de diversos países durante los últimos cien años, dió por resultado la

y exploración, y durante los días de la guerra mundial, cuando los «pioneers», se expusieron desprevenidos a los poderosos rayos y recibieron las quemaduras que no sólo jamás curaron, sino que al extenderse, les llevaron dedos, manos y, finalmente, sus vidas.

Roentgen, murió en febrero de 1923, a consecuencia de un cáncer, aunque éste no fué provocado por sus trabajos con los rayos X.

Escapó al destino sufrido por muchos «pioneers» de los rayos X, tomando precauciones similares a las que hoy día adoptan en todos los laboratorios en que éstos se aplican.

¿Acaso no se dió cuenta que protegía su vida cuando, de acuerdo con su habitual prudencia recubrió sus tubos con una capa protectora de plomo?

comprobación de que en todas partes la cantidad de habitantes aumentaba y se mantenía a un mismo nivel. De acuerdo a la «ley de las moscas». Basándose en esta ley, Peare calculó que a fines de este siglo, el número de habitantes de los Estados Unidos sería de 185 millones. Según su opinión, en los cien años subsiguientes, el número llegaría a 200 millones, quedando estacionado allí, por considerarse «satisfecho»; eso, siempre que no cambien mayormente las condiciones de vida.

Muy interesantes son los números que hizo el señor Peare basándose siempre en la ley a que hicimos referencia, refiriéndonos a las grandes capitales, como Nueva York por ejemplo. Según él, el número de habitantes de esa ciudad para fines del corriente siglo, será de unos 14 millones y si se incluyen los suburbios, es posible que llegue a 29 millones. Se ve pues, que para el año 2,000, habrá en Nueva York tres veces más habitantes de los que actualmente hay en toda la República argentina. No se necesita mucha fantasía para imaginarse las dificultades que traerá aparejado ese hacinamiento de tráfico, alimento, y casi 30 millones de personas.

Al oír hablar así a los sabios, nos imaginamos que en el futuro le irá muy mal a la humanidad. Hasta hay algunos que creen que ya hoy hay demasiada población en el mundo, que el hambre y la miseria que reinan en muchas partes, se deben a la superpoblación y que de tiempo en tiempo es necesario que haya una guerra o que se restrinjan artificialmente los nacimientos. Sin embargo en el año 1933 fueron destruidos 568,000 vagones de cereales, 144,000 vagones de arroz, 267,000 bolsas de café; dos millones quinientos sesenta mil kilos de azúcar y se quemaron 423,000 vagones de trigo, por haber «superproducción» y para «mantener el nivel de los precios». Se dejaron podrir 5,680,000 kilos de conservas y 1,450,000 kilos de carne fresca. Además, hay extensiones enormes de terrenos, que a pesar de ser fertilísimas, no se cultivan. No es la gran cantidad de población lo que ocasiona el hambre y la miseria, sino la mala administración de los productos de la tierra y el afán de ganancias de los especuladores.

Mirando las cosas desde un punto de vista, podríamos llegar a la conclusión de que la humanidad ni siquiera existe para el mundo. Y no sólo eso, sino que se podría considerar a la tierra como prácticamente despoblada!

Las masas que componen toda la humanidad, es en relación al volumen del globo, de un tamaño inferior a lo que es un microbio para el cuerpo humano. De que la totalidad de la humanidad actual, de que sus 1,900 millones no son nada en relación, es cosa de lo que uno se podrá dar cuenta fácil con esto:

Imagínese un lugar de reunión de 330 kilómetros de largo por otros tantos de ancho. De la superficie total de la tierra, este viene a ser la oncemillonésima parte. Esa superficie es tan insignificante, que no se podría cubrir con la cabeza de un alfiler, aun teniendo un mapa del mundo de los más grandes. Y sobre esta pequeña superficie podrían acomodarse tranquilamente nuestros 1,900 millones de hermanos, si se los hace sentar sobre butacas de teatro. El cálculo es sencilla.

Téngase en cuenta que una butaca cómoda no necesita tener más de 50 centímetros de ancho, es decir, que en cada kilómetro cabe una fila de 2,000 asientos, que representarían 60,000 en treinta kilómetros. Supongámos que la separación de una fila a otra es de 75 centímetros. Entonces resulta que habría un total de 40,000 filas en los treinta kilómetros. Quiere decir que habrá que multiplicar 60,000 por 40,000 asientos y eso da nada menos que un total de dos millones cuatrocientos mil.

Como no pasan de 1,900 millones los habitantes de la tierra, resulta que sólo llegarían a ocuparse las tres cuartas partes del total.

PAISAJE Y CULTURA DEL BAJO RHIN

POR EL DR. HANS KNOCK

VERDADEROS pintores fueron los que descubrieron el Bajo Rin, y fueron también poetas del Bajo Rin los que dieron a conocer la riqueza del alma del bajo-renano. Hoy sabemos el valor y cultural que nos ofrece este Rin se dirige espaciosa y majestuosamente al mar, extendiéndose a sus llanos verdes, amplios y a simple infinito.

El dicho del paisaje bajo-renano era romántico. Si con esto se quiere que no sorprende con variados aspectos no esperados, puede que se tenten. Pero el que los llame aburridos y monótonos, no ha sentido nunca el encanto de su belleza limpia y rigurosa. La corriente murmurante ofrece que ocasionan los más diversos efectos. Las diferentes estaciones del año dividen en dos naturalezas distintas surge suave y la otra, más rigurosa cuando el raudal de la corriente canta en modo en el alma. En ocasiones hablará del mucho sol en los pastos tranquilas aldeas, pero nunca se comparará con el paisaje bajo-renano, apacible y despreocupado, que el paisaje frisón, hermano

del bajo-renano es una llanura que de vista parece no tener límite al horizonte. Solo una sierra baja que empieza en el «Hülser Berg» y que va a parar al sur en Cleves, separa de la dirección del Rin, la calle romana a continuación de la llanura de Kempen, Geldern y Renania. El Bajo Rin es el país de los emplazados junto al agua y de los castillos sólo la sobrepasan al-

gunas marcas de Westfalia. En el Bajo Rin encontramos en ostentosa configuración la sencilla residencia señorial y el múltiple aprovechamiento hidráulico. Están representadas todas las formas intermedias, y también ha encontrado expresión el deseo de cambiar el estilo de los distintos siglos.

Sobre las ciudades del país bajo-renano, tales como Xanten, Kalkar, Goch y Cleves, se cierne aún la atmósfera del tiempo antiguo. Nos habla un pasado agitado, pero también rico en hechos históricos. Alguno que otro monumento que nos diera idea de la cultura anterior, ha desaparecido a través de las luchas. Pero también mucho se ha conservado hasta el presente y se nos muestra en vida en forma de arte arraigado al suelo.

Este está representado, además de en las construcciones enormes de iglesias, en la escuela de imagineros de los siglos XV y XVI, que se ha conservado en los altares de las iglesias bajo-renanas. Los altares de la iglesia de San Nicolás de Kalkar, la iglesia de naves más grandes del Bajo Rin, dan testimonio de este arte. La incomparable obra de arte del saber humano, que nos da una idea de la fuerza creadora de estos trabajos, nos obliga también a una constante admiración y reconocimiento. Así también la catedral de Xanten en la ciudad de Sigfrido, basilica gótica de cinco naves, que es la construcción mayor del Bajo Rin, conteniendo valiosos altares de diversas épocas artísticas. Todo lo creado en el sencillo arte campesino y, por lo tanto, en arte popular, se encuentra también en Renania. Los museos nativos de las ciudades bajo-renanas, que contienen utensilios caseros y muebles de los diversos estilos, nos muestran todo su encanto popular.

La alfarería y fabricación de zuecos pertenecen aún hoy a una de las ramas industriales del pueblo bajo-renano.

A estas obras artísticas de tiempos pasados se agrega honrosamente el pre-

sente con sus deseos culturales en bien de la nación. Está reconocido lo que producen las ciudades bajo-renanas en el terreno teatral y musical, así como en cuanto a museos y librería.

Aun a Ciegas,
se DISTINGUE el

Dentol

Por su sabor agradable,

Por su perfume discreto,

Por su superioridad incomparable.

Fabricado según los trabajos de Pasteur, el DENTOL destruye todos los microbios nocivos de la boca y en pocos días da a los dientes, una blancura resplandeciente.



Tubo mediano \$0.20

Tubo grande \$0.40

Representantes Exclusivos:
APARTADO 2143
Habana



RALPH BELLAMY
QUIEN HACE DEL DETECTIVE, BEN BLODGETT, EN "VIENTOS ALICIOS", NUNCA SUPO SU NOMBRE EN LA PELICULA HASTA QUE SE TERMINO ESTA... EN EL DIÁLOGO SOLO SE LE LLAMA POR SHERLOCK HOLMES, CHARLIE CHAN, ETC.

ANN SHERIDAN USA UN TRAJE TAN CENIDO EN "THEY MADE ME A CRIMINAL" QUE PARA PONERSELO TENÍAN QUE COSERSELO ENCIMA Y PARA QUITARSELO HABÍA QUE METERLE TIJERA

624
Editors Press Service, Inc.
220 E. 42nd St., New York

Fuera de Toda Ley..

(Continuación de la Pág. 21)

riéndola como a una niña trató de calmarla.

—¡No es nada, nada, querida! No te inquietes.

Dejándolos así, tan juntos, me alejé viendo que Dingo, procurando que no lo notara su mujer, tenía el rostro contraído y miraba con expresión extraña la lejanía.

Mr. Nelson no se dejó ver en todo el día siguiente. Entre los gañanes de la plantación se notaba una sorda efervescencia, de la que la misma caña parecía participar. Se hablaba en voz baja, se susurraba, y al acercarse uno a ellos se retiraban mirando recelosos, como ocultando algo. La servidumbre de la casa iba y venía agitada, murmurándose cosas en voz muy baja al tropezarse.

Leana iba de un lado a otro, con un pañuelo en la mano que se llevaba constantemente a la boca como para contener algo que quería salir.

—¿Qué le ha sucedido hoy a Mr. Nelson?—pregunté a Dingo al atardecer.

—Le dí una de azotes que lo puse giro—me respondió al punto, locuaz por los «cocktails». —Pasará un mes antes de que se levante, y tardará años en olvidarlos.

—No lo olvidará nunca—me dije para mis adentros.

Yo debía partir al día siguiente, en un viaje de visita a las islas vecinas, pero con gran sorpresa mía, aquella tarde Leana entró inopinadamente en mi habitación.

—No se vaya—me ordenó con tono imperativo.

—¿Por qué he de quedarme?—pregunté con gran extrañeza.

—Yo no le amo—dijo sencillamente.

—En verdad, no le amo. Al principio pensé que sí, pero no era otra cosa que temor. Me llevó allá, allá... y ahora podría hacer de mí lo que quisiera...

Diciendo esto se apretaba furiosamente sus bellas manos.

—Y yo no podría evitarlo!—concluyó con desconsuelo.

Echó su cabeza hacia atrás y la vista de su blanco cuello me sugirió la idea de un cuchillo asesino.

—¡No, no vaya! —la dije con gran sobresalto.

—¿A dónde? ¿Qué?... preguntó como despertando de un sueño, al mismo tiempo que me ponía ambas manos sobre los hombros. —Debe usted quedarse, no se marche, ¡quédese! —decía estremeciéndose y apretándose con una fuerza de la que no la creía capaz.

Así pasó un mes. Yo recorría toda la plantación, que ya conocía al dedillo, en la que todo ser, blanco o negro, parecía vivir esperando una catástrofe indescriptible. Dos capataces blancos de una plantación vecina se presentaron un día en la casa de Dingo. Eran muy jóvenes y ambos quedaron al punto perdidamente enamorados de Leana. La si-

RAREZAS del CINE

Por CHARLES BRUNO



Entre los "MARINOS" de "PATRULLA SUBMARINA" sólo había uno que supiera manejar cañones de tres pulgadas, por lo tanto después de hacer de artillero en el cazasubmarinos, tuvo que cambiar de uniforme y hacer lo mismo en el submarino.

tuación servía de diversión y la tensión nerviosa de todos aflojó un tanto aunque Leana siempre parecía estar bajo la influencia de alguna droga.

La actitud de Dingo era la única tranquila dentro de aquella pesadilla en que vivíamos.

—Soy partidario de dejar que las cosas lleguen a punto—me dijo en una ocasión en que íbamos a caballo por entre cañaverales. Ya no era, sin embargo, el mismo hombre con cara de niño de unos días antes. Tenía el rostro surcado por profundas arrugas y parpadeaba constantemente como si pasara las noches en vela.

Los dos visitantes hablaron un día de los ritos del «voo-doo» anunciando que para la próxima luna llena se preparaba algo solemne en la plantación, creencia basada en sus experiencias con los negros.

—¿Y qué piensa usted hacer?—preguntó uno de ellos a Dingo.

—Si la cosa es seria, acabaré con los dirigentes—respondió Dingo con naturalidad, pero con una expresión de firmeza inquebrantable.

Más tarde salí a dar un paseo con uno de los jóvenes y le dije lo que sabía. Al principio se mostró incrédulo, demostrando una duda caballerosa; pero yo sostuve que Nelson tenía una influencia infernal sobre Leana y que era necesario romperla.

El muchacho se puso pálido.

—Ellos dicen que Nelson es el diablo, o el gran sacerdote. No sé cómo lo llaman en esta religión «voo-doo». Por eso le temen tanto. Es una función hereditaria y Nelson la ha recibido de antecesores que eran tan negros como los demás. Es una función vitalicia. Una vez que un negro se inicia en este culto, tie-

hecho a pulso, merced a su fuerza de voluntad y a sus estudios. Gene, al comienzo de su carrera, parecía un boxeador del montón. Pero su inteligencia poco común le fué abriendo el camino del éxito y elaborando su gran futuro. Por último llegó a ser uno de los mejores boxeadores que he visto. Su escuela acaso no fuera espectacular, pero es indudable que era terriblemente efectiva...

—¿Cree que Tunney le hubiera podido ganar al Dempsey de Toledo?...

—No. No lo creo. Pero si estoy seguro de que le hubiera dado un gran «fight». Para vencer a Tunney, Dempsey hubiera necesitado más de tres «rounds»...

—¿Y de los otros que han venido luego, que me dice?

—De los otros,—contesta el «oldtimer» sonriendo—vale más no hablar. En mi opinión el mejor de los campeones que han venido a partir de Tunney, ha sido Max Schmeling...

Hemos estado hablando cerca de tres horas. Tony Weir ha buscado entre sus recuerdos y me ha enseñado muchos retratos de los viejos campeones, algunos de ellos con cariñosas dedicatorias. Me enseñó uno de Sullivan, que es la última fotografía que se hiciera el gran campeón antes de morir?

—Era un gran campeón,—repite Tony contemplando, conmovido, la fotografía. Y luego añade:

—¡Era un gran campeón y un gran amigo!

ne que seguirlo mientras viva.

—¿Qué quiere usted decir con iniciarlo?—pregunté interrumpiéndole.

—Pues los creyentes dicen que es como un hechizo, causado por la sangre de una cabra. Creo que la beben en los horribles festivales. Los escépticos dicen que en esta sangre mezclan alguna droga desconocida para nosotros.

—¿Y Leana?—pregunté.

—Quizá haya sido lo bastante atardecida como para asistir a una de estas ceremonias, y de ser así sólo la muerte Nelson podría salvarla.

—Podría marcharse de la isla.

—Sería inútil. Si la llevan a la fuerza, se atravesaría el corazón o haría lo posible por volver. Créame, esto es para toda la vida.

Pocos días después brillaba de nuevo la luna llena y los acontecimientos se desarrollaron con rapidez tal que fue difícil seguirlos. El trabajo estaba prácticamente abandonado en las plantaciones y se rumoraba que Nelson había sido visto en diversos lugares. Leana, que parecía al borde de la locura, se quejaba de constantes dolores de cabeza en su habitación, de la que desaparecía durante el tórrido calor del mediodía, cuando todos huían del sol. Hacia el atardecer la servidumbre también desaparecía.

Llegó una noche en la que ninguno hizo siquiera ademán de comer. Los tres hombres estaban en la galería fumando y mirando al cielo, silenciosos.

Al fin dejamos el carro en las cercanías de una aldea y con precaución avanzamos entre el cañaveral. Hacia rato que, a pesar del traqueteo del carro, escuchábamos el batir de los tambores.

Llegando al borde de un claro, vimos un círculo de negros danzando alrededor de una figura cubierta sólo con una piel de cabra y que tenía en alto un gallo que acababan de degollar y cuya sangre bajaba por su brazo brillando a la luz de la luna. Inmediatamente reconocimos a Nelson, el único en la isla que parecía una estatua de bronce. Yo apretaba hasta hacerle daño el brazo de uno de los capataces. Su respiración era anhelosa, como después de una carrera. El compás de la extraña música se aceleraba por momentos, y la espera se hacía intolerable. De una de las chozas salieron tres mujeres, y avanzaron hacia el círculo al compás de los tambores. El de la piel de cabra se adelantó. Había soñado el gallo y ahora tenía en la diestra un cuchillo y en la siniestra una taza. Cuando dejó escapar un grito al darme cuenta de que la mujer del centro, que parecía moverse como hipnotizada y sin voluntad, no era otra que Leana, sostenida casi por las otras dos.

Junto a mí sonó un disparo, y en mi sorpresa vi a Dingo saltar con el revólver humeante en medio de los danzantes.

—¡Ahora no tenemos salvación!—dijo uno de los muchachos.

Pero los negros se dispersaron en todas direcciones. Todo sucedió con tal rapidez que los tambores todavía resonaban, aunque ya sin compás. Nelson yacía inmóvil en el suelo. Dingo sostenía a la mujer y en pocos instantes todos estábamos de nuevo en el carro. Los tambores seguían sonando. Leana, envuelta en la chaqueta de su marido, se sacudía con fuertes estremecimientos. Al día siguiente no recordaba nada.

—Hipnotismo—comentaba después uno de los capataces blancos. —Estaba verdaderamente embrujada. Si la hipnotización iniciada, se habría perdido para siempre.

—¿Qué es de Nelson?—pregunté.

—Muerto. La bala le atravesó el corazón.

—¿Y los otros?

—Están como avergonzados y temerosos de las autoridades. Habrá una investigación, pero Dingo saldrá absuelto, pues no le quedaba otro remedio.

A poco ya nadie habló de lo ocurrido para evitarle a Leana una situación embarazosa. Siguió tan bella como siempre, aunque parecía haber perdido todo su encanto sobre Dingo, que en poco más de un mes había envejecido diez años.

—El tiempo lo borrará—replicó uno de los capataces a mis observaciones.

Hace unos dos años tropecé con la rejilla en París, donde, según Dingo, se zaban de un «desquite». Leana era el centro de atracción. Nadie podía apartar los ojos de ella.

¿FUE JOHN L. SULLIVAN...

(Continuación de la Pág. 19)

ted que ha sido el mejor «heavyweight»? ¿Jim Corbett, acaso?...

—¡No!—me responde Tony Weir horrorizado.—Corbett era muy hábil y muy rápido, pero mi concepto del pugilista se ha apartado siempre mucho de él. Para mí, después de Sullivan, el mejor ha sido Jack Dempsey.

—¿Vió también pelear a Dempsey?

—Muchas veces. Y soy también amigo suyo. Para mí lo más que se ha parecido al Sullivan de 1882 era el Dempsey que pulverizó a Jess Willard en Toledo, el 4 de Julio de 1919.

—¿Y Fitzsimmons? ¿No cree usted que Fitzsimmons debe contarse entre los primeros?...

—¿Qué duda cabe! Pero a Fitzsimmons, cuando realizó sus más grandes hechos, le faltaba ya el verdor de la juventud, atributo indispensable cuando se quiere ser invencible. El hecho más notable de la carrera de Fitzsimmons, como «heavyweight», fué el k. o. de Corbett, al que yo, aunque parezca extraño, no concedo gran importancia. Claro que hay que tener en cuenta que Fitzsimmons no pasaba de ser un «middleweight», hecho éste que agiganta su personalidad, pero hubiera rebajado sus posibilidades a los Sullivan y a los Dempsey.

—Fué otro gigante del «ring», si bien encontró la escena propicia para sus grandes triunfos. Jeffries no tuvo en su época adversarios dignos de él, porque los mejores—Corbett y Fitzsimmons—estaban ya viejos. En cuanto a Tom Sharkey, todos sabemos lo difícil que le fué a Jeffries vencerlo. ¿Pero qué le hubiera pasado a ese mismo Jim si se hubiera enfrentado con el Sullivan que le ganó el título a Paddy Ryan, o con el Dempsey que una veintena de años después abatió a Willard en Toledo?...

—¿Qué me dice de Jack Johnson?

—¿Qué para mí fué uno de los campeones más grandes y completos que han existido, y que si hubiera vivido una vida más limpia, moralmente hablando, hubiera encontrado reconocimiento unánime en los Estados Unidos, a pesar del color de su piel. Desgraciadamente Jack Johnson era un hombre incontrolable, una desgracia para el boxeo. Pero como boxeador ha sido, en mi opinión, el más completo que ha subido al «ring». Lo tenía todo: habilidad, picardía, coraje «punch»... ¡Lástima que no hubiera sido distinto en su vida privada!

—Si le gustaba Johnson le gustaría también Gene Tunney...

—¿Qué duda cabe? Tunney fué también otro de mis favoritos. Yo lo admiraba mucho porque fué el caso del boxeador

MILLONARIO...

(Continuación de la Pág. 17)

proveyese a su mujer de una nota fallada de los cargos que tenía contra ella, comenzando por todos los pormenores de la conspiración en que se decía de los manejos de una joven titula nobiliario para adueñarse de una fortuna, y de todas las razones que le habían inducido a acusar a la condesa de falsedad acerca de sus bienes materiales y de su inocencia premarital. Mientras estos hechos tenían lugar, los pasos de la condesa, que seguía recorriendo en el lujoso hotel de la Quinta Avenida, eran cuidadosamente vigilados por cinco hombre. A la hora del desayuno como a la hora del teatro, en las tardes lluviosas como en las tardes soleadas, los cinco sabuesos acechaban incesantemente.

—Detectives!—se dijo la condesa es-



Clendmin J. Ryan (hijo) y su novia, la condesa María Ana von Wurmbrand-Suppach, en los días de su casamiento.

persecución de que la hacía objeto el quinteto. Aburrída en extremo por está molesto, comenzó tres días después de la demanda de anulación de su matrimonio, mencionó el hecho al detective particular del hotel.

Este caballero declaró a la noble dama que él no podía hacer nada por evitar que la persecución continuase, añadiendo, además, que aquellos hombres pagaban diez dólares diarios por su trabajo y que no convenía privarles de su medio de subsistencia.

La condesa manifestó su conformidad. A partir de entonces, empezó a saludar a sus perseguidores cada vez que los veía, dedicándose al mismo tiempo a burlarse de ellos, haciéndoles intervenir en accidentadas cacerías, para lo cual procedía a escabullirse en cada oportunidad, para reaparecer de nuevo en los momentos más inopinados.

Al encenderse las luces y empezar las preguntas su trabajo nocturno, el fiel quinteto nocturno, aparecía en traje de noche. La opereta cómica proseguía siempre como personaje central a la bella vienesa, quien, a causa de su juventud, necesitada de los cuidados de su protector legal, pero era perseguida por cinco cautelosos detectives, naturalmente pagados por su marido—según su opinión.

En un momento de calma en los procedimientos legales, la condesa decidió irse a Viena a visitar a su madre, partiendo para Europa.

Ya a bordo dijo, a quienes la quisieron acompañar, que no haría un viaje solitario, pues los cinco espías estaban presentes.

No se sabe si el cambio de empleados que esta declaración no pudiese ser comprobada de inmediato; pero persisten los rumores de que uno o dos de-

Una Nueva Gloria para sus Cabellos



Es increíble lo fácil que resulta ahora revelar esa belleza natural que existe escondida en los cabellos femeninos, obtener esa cabellera radiante que toda mujer anhela... Sorprende lo sencillo que es realizar ese ensueño dormido...

Simplemente, basta lavarse la cabeza con Drene.

Drene es el producto que ha provocado este milagro embellecedor de la manera más sencilla y económica.

El lavado de cabeza con el shampoo Drene no sólo logra eliminar la menor partícula de polvo o de caspa sino que destruye ese viso mate producido por el uso del jabón o de otros tipos de shampoo y que empaña el brillo natural del pelo.

Drene es un producto liquido que no tiene nada de jabón ni tampoco de aceite. Y, sin embargo, al menor contacto con el agua, con la más sencilla

frotación sobre el pelo, produce una deliciosa espuma que es la que al actuar descubre todo el encanto natural de los cabellos, ese brillo, ese lustre, que hasta ahora era opacado con el uso de cualquier clase de jabón o de cualquier otro tipo de shampoo.

Toda mujer sabe que para eliminar algo de esa capa mate, para tratar de quitar esa sensación jabonosa que quedaba sobre el pelo, era necesario emplear fuertes enjuagues, como el limón, el vinagre, la clara de huevo, etc., etc..

Con Drene no se necesita ningún enjuague especial. Ni siquiera agua tibia o caliente. Basta el agua limpia y abundante para que desaparezca la riquísima espuma de Drene y se sienta en el pelo como si una sustancia milagrosa le hubiera dado rápidamente la suavidad y el brillo de la seda.

Su potencia limpiante y su poder embellecedor es algo original que sólo

posee Drene. Es tan diferente a todo lo que se ha usado hasta ahora, que por eso se ha registrado como una nueva patente el proceso por el cual se fabrica Drene. Y por la razón de no contener ninguna sustancia perjudicial, no afecta al color del cabello, sea natural o teñido.

Pruébelo lo más pronto posible: Usted puede comprar Drene en frascos de dos tamaños. Se halla a la venta en farmacias, perfumerías y ten-cents.

drene
Shampoo



detectives partieron al mismo tiempo para Austria.

La condesa María Ana se despidió declarando que volvería para oponerse a la anulación de su matrimonio.

El joven Ryan, quien trabaja siempre en la secretaría municipal, asegura que cualquiera que sea la conducta que su esposa observe desde ahora en adelante, insistirá en obtener su libertad.

Pero la condesa volverá sin duda alguna para echarle a perder sus propósitos.

Todo esto desmiente de manera rotunda lo que se ha dicho acerca de lo aburrido que es la vida matrimonial.

¡Más acontecimientos no se pueden pedir en cinco meses!

SUSCRIBASE Y ANUNCIESE EN
EL «DIARIO DE LA MARINA»

SUPERSTICIONES DE HOLLYWOOD

AS antiguas tradiciones y tabús de la escena, algunos de una antigüedad de centenares de años, no son desterrados fácilmente y muchos son observados fielmente por las estrellas del cine, aun aquellas que declaran públicamente que no son supersticiosas.

Silbar en los camarines, por ejemplo es algo tan odiado en Hollywood por astros como Clark Gable, Fred Astaire y otros como lo era hace un siglo en el teatro Dury Lane de Londres.

Boris Karloff inició una nueva superstición en Hollywood cuando insistió en entrar al estudio por la misma puerta y seguir por los mismos corredores que atravesó en su camino para hacer la primera prueba de toma para el papel de «Frankenstein».

Una vez comenzó hace poco una nueva película sin haber seguido ese procedimiento, tartamudeó al decir su papel, se detuvo y no pudo continuar hasta que salió del estudio y entró por la ruta acostumbrada.

Otra superstición perteneciente a Hollywood es la de que trae mala suerte sentarse en una de esas sillas de lona de los estudios y en la que esté escrito el nombre de un actor fallecido. Generalmente las sacan y vuelven a pintarlas en seguida, pero aun así la gente les huye.

Buck Jones, estrella de las películas de «cow-boys» se niega a hacer una película en que no figure su famoso caballo tordillo Silver. Charlie Chaplin guarda todavía como un tesoro el par de zapatos rotos de su primera película y los lleva por lo menos una vez en cada films.



(© 1933, by Bell Syndicate) 11-5

Algunas de las nuevas danzas parecen inventadas por los fabricantes de píldoras para los riñones.



(© 1933, by Bell Syndicate) 11-1

Las muchachas de esta generación están obligadas a resistir con entereza los dictados de la moda. Por extravagantes que sean!

Del BUEN HUMOR ::: AJENO :::

PENSAMIENTOS

(Por **DIOGENES**)

El hombre que sabe menos es el que tiene mayor apuro para decirlo.
* * *

Ahora le sacan leche a las vacas con máquinas; pero el agua se la ponen siempre a mano.
* * *

El rubor les viene a algunas mujeres de candor, a otras, de ira; a las más de cosméticos.
* * *

Mientras más atrás pueda un hombre rastrear a sus ascendientes, mayor será el tiempo que ha estado decayendo.
* * *

El más grande especulador fué Noé, que monopolizó las especies de su tiempo y del futuro.
* * *

Un leve volteo de la cabeza de una mujer puede dar vueltas por completo a la de un hombre.

Muchos serían pordioseros si se les pagará en relación con lo que saben.
* * *

Una cosa no entiendo. Si el amor es ciego, ¿cómo puede haber amor a primera vista?
* * *

No hay tonto que no sea vanidoso.
* * *

Puede que el vencido tenga la razón pero nada le importa eso al vencedor.
* * *

Lo peor no está en dejar para mañana lo que se puede hacer hoy, sino en no hacer hoy lo que se dejó de hacer ayer.
* * *

No hay seguro contra los incendios que causan los ojos de una mujer.
* * *

Hasta hoy día ningún hombre ha descubierto un medio satisfactorio para dar consejos a una mujer.



(© 1933, by Bell Syndicate) 11-3

Cuando el viejo comienza a hablar de su árbol genealógico, la muchacha cree estar viendo ciruelas por todas partes.



(© 1933, by Bell Syndicate) 11-2

Todas las teorías del joven economista se le vienen por tierra cuando trata de «cuadrar» el presupuesto familiar.

BREVEES, MUY BREVES

NO TODOS

Dice un corresponsal de un diario que él es un optimista que paga su impuesto a la renta con una sonrisa. Yo también sería optimista si pudiera pagarlo con una sonrisa y no con la renta.—(Pickler, en el Daily Express).

LO UNICO

La única manera, Manuel, de evitar que tu mujer te abra las cartas es hacer que tus amigos te escriban en tarjetas postales.—(Mademoiselle).

AMBICION

Todo lo que ambiciona un soltero, escribe uno, es una mujer diligente, su fuego en la chimenea, sus pantuflas, su libro y una noche tranquila en el hogar. Bueno eso es lo mismo con que sueñan los casados.—(Judge).

SOBREVIVIENTE

Los griegos, escribe un historiador, tocaban un instrumento muy parecido al piano. Ese debe ser el que tienen nuestros vecinos.—(College Humour).

LO INCREIBLE EN LA CIENCIA

LA NIEVE Y LOS AERÓDROMOS
EN EL ESTADO DE IDAHO, E.U.A., DONDE CAEN GRANDES NEVADAS, LOS AEROPUERTOS SE MANTIENEN EN SERVICIO COMPRIMIENDO LA NIEVE CON APLANADORAS DE VAPOR

UN RIVAL DEL TABACO
LOS INDIOS DE LA AMÉRICA DEL NORTE, ADEMÁS DE TABACO FUMABAN LA CORTEZA PULVERIZADA DEL SAUCE.

VARIIDADES DE PLÁTANOS
AUNQUE EXISTEN CEN- TENARES DE VARIIDADES DE PLÁTANOS EN LOS EE.UU. SOLO SE CONSUMEN TRES DE ELLAS.

Editors Press Service, Inc. 220 E. 42nd St., New York

LO INCREIBLE EN LA CIENCIA

LA MADERA DE PRESIDENTES
CUATRO BOSQUES NACIONALES DE LOS ESTADOS UNIDOS, LLEVAN EL NOMBRE DE OTROS TANTOS DE SUS PRESIDENTES: WASHINGTON, LINCOLN, CLEVELAND Y ROOSEVELT.

«TAN CLARO COMO EL HIELO»
EL HIELO VERDADERAMENTE PURO Y CRISTALINO, ES MÁS TRANSPARENTE QUE EL AGUA.

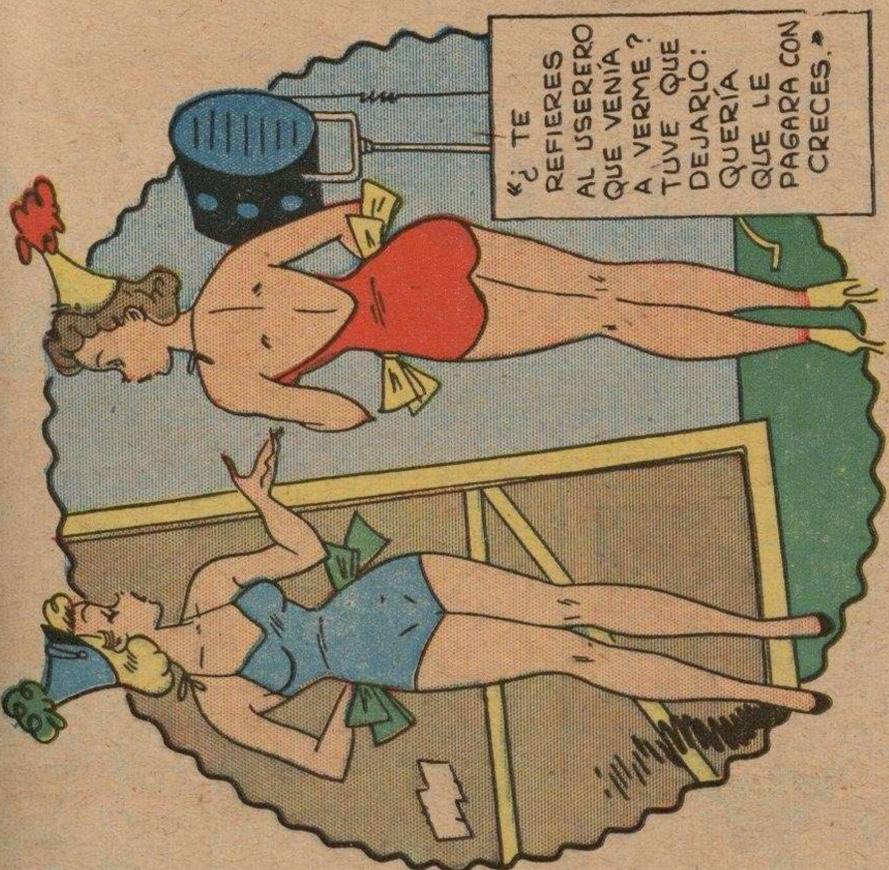
CRIADEROS DE MOSCAS
EN CIERTOS LUGARES EXISTEN CRIADEROS DE MOSCAS COMO NEGOCIO, PARA SUPLIRLAS A LOS FABRICANTES DE MATAMOSCAS, QUE PRUEBAN EN ELLAS LA EFICACIA DE SUS PRODUCTOS.

Editors Press Service, Inc. 220 E. 42nd St., New York

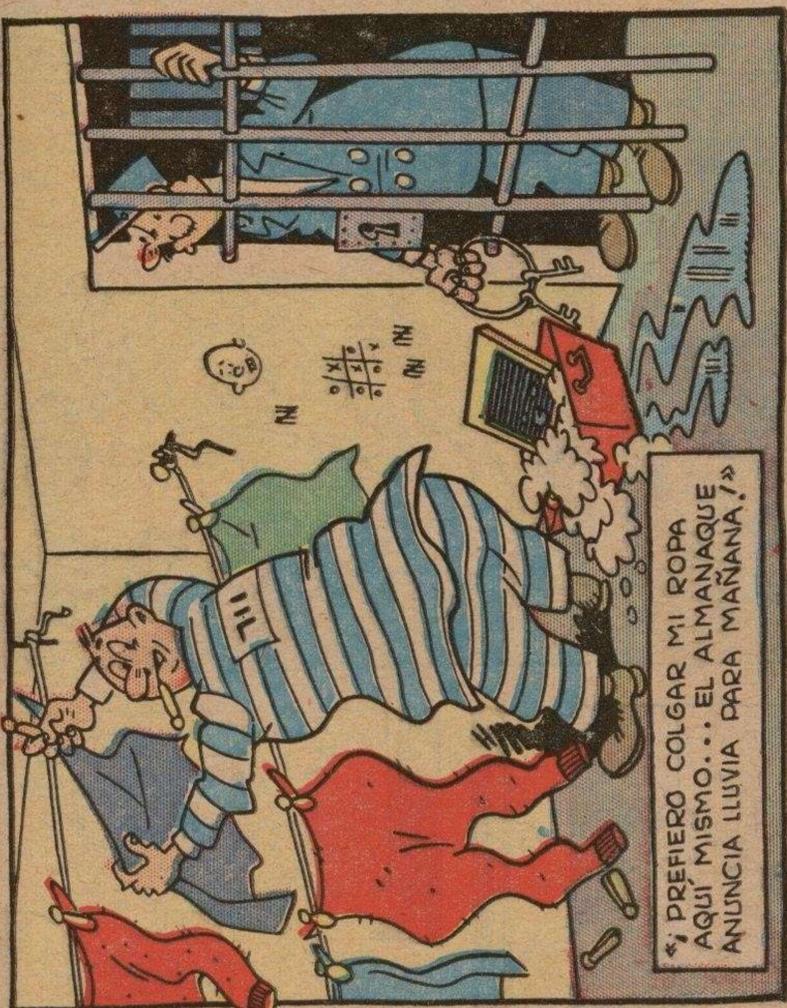


«...¿ Y DE QUIÉN ERES TÚ LA NENITA?»

SALA DE MATERNIDAD



«¿ TE REFIERES AL USERERO QUE VENIA A VERME? TUVE QUE DEJARLO: QUERIA QUE LE PAGARA CON CRECES.»



«¿ PREFIRO COLGAR MI ROPA AQUI MISMO... EL ALMANAQUE ANUNCIA LLUVIA PARA MAÑANA!»



TIENDA de ANIMALES

PERINQUILLA

«¿ TIENE VD ALGO QUE LADRE, AULIE O CANTE, PARA ADOPTARLO GRATIS?»



«¿ POR QUÉ HABIA DE TRAER EL RELOJ EN- TERO, SI ES EL PÉNDULO LO QUE NO MARCHA?»

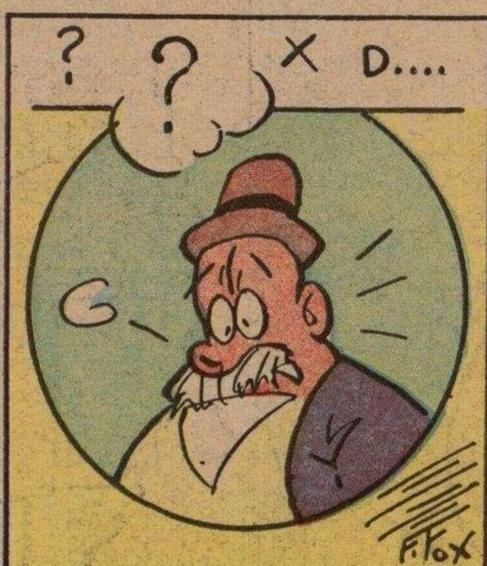


«¿ PEDRO, NO TE PONGAS EL SOM- BRERO EN POSICIÓN TAN RIDICULA!»

FRED NEHER

EL LOCOARRIL POR FONTAINE FOX

¡MI FAMILIA
REGRESA
HOY!



DIARIO DE LA MARINA

HABANA, DOMINGO 20 DE NOVIEMBRE DE 1938

SINFONÍA DE CORRAL POR WALT DISNEY



A PESAR DE QUE VIVIA EN EL MEJOR CORRAL DE LA COMARCA, MANCHITAS NO SE SENTIA A GUSTO. UN DIA, PUES, SE ESCAPO POR UN AGUJERO...

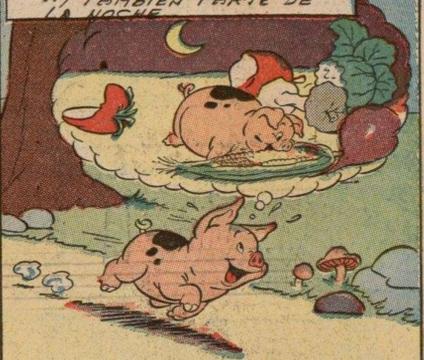
...Y ECHO A CORRER POR UN CAMINO QUE CONDUCE, PARA EL, A LO DESCONOCIDO.



ACARICIA-BA SUEÑOS DE ABUNDANCIA... CAMPOS EN DONDE UN CERDITO PUDIESE COMER DURANTE TODO EL DIA...



...Y TAMBIEN PARTE DE LA NOCHE.



SU MADRE LO ECHABA DE MENOS, SOBRE TODO A LA HORA DE COMER...



PENSABA LA RESPETABLE MATRONA QUE SU HIJO ESTARIA EN ALGUN RINCON ENTREGADO A ALGUNA TRAVESURA...



MIENTRAS TANTO, MANCHITAS, CUYO APETITO CRECIA, DIO DE PRONTO CON UN ENORME MAIZAL DE INCREIBLE EXTENSION.



EL MAÍZ TIERNO HABIA SIDO SIEMPRE SU DELICIA Y AHORA SE LE OFRECIA INEXTINGUIBLE.



COMENZÓ A COMER CAVILANDO SOBRE LO ALTAS QUE ESTABAN MUCHAS DE LAS MAZORCAS...



... PERO AL FIN SE CONTENTÓ PENSANDO QUE CON LAS DE ABAJO BIEN PODIA LLENARSE.



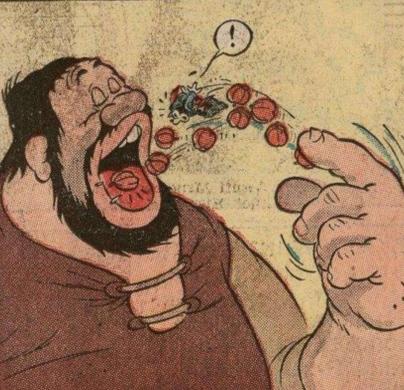
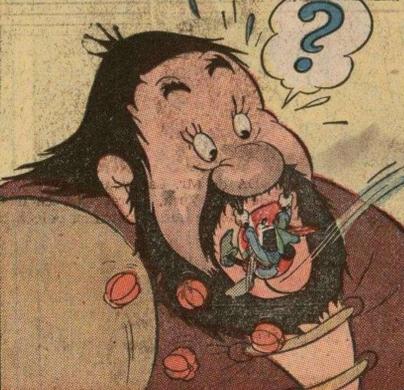
AL FIN, SE LE OCURRIÓ QUE DE TODOS MODOS, DEBIA GUARDAR ALGUNAS PARA EL DIA SIGUIENTE.

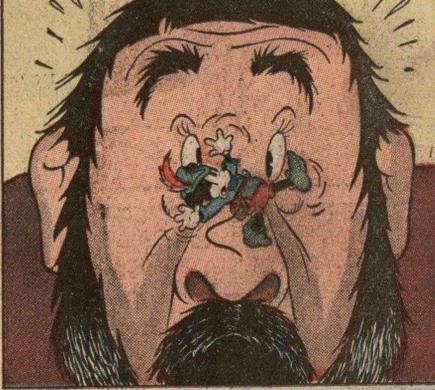


CONTINUARA

EL RATON MIGUELITO

MIGUELITO SE ESCONDE DEL GIGANTE EN UNA CARRETA LLENA DE CALABAZAS; PERO CUANDO ESTE COMIENZA A ENGULLIRSELAS COMO SI FUERAN FRESAS... ¡HUY!

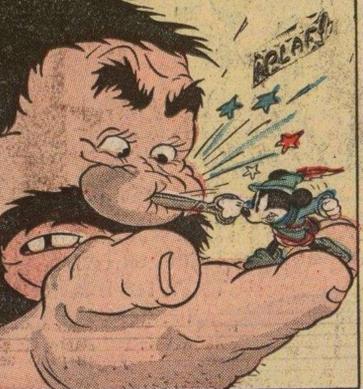






¡NO SE MUEVA!



¡OLALA!



¡JE VOY A...!



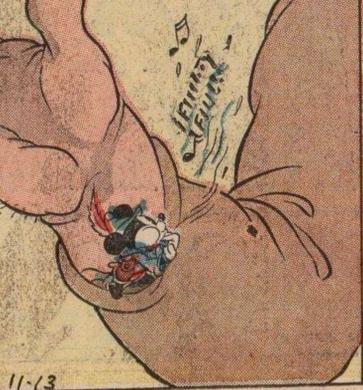
¡¡RAF!!



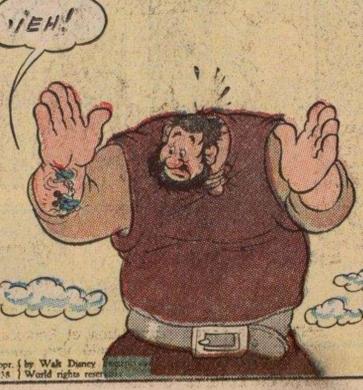

¡SE ME ESCAPÓ!



¡¡HUY!!



¡EH!



¡COMO TE AGARRERAS A...!

CONCLUIRA.



WONG LO

BRANDON WALSH

WONG LO, TOMÁS Y CARLITOS SE HALLAN A BORDO DEL ACORAZADO QUE LOS RECOGIÓ MEDIO MUERTOS DE HAMBRE Y FATIGA DESPUÉS DEL TERREMOTO QUE ASOLÓ LA ISLA, HUNDIÉNDOLE CASI TODA EN LAS PROFUNDIDADES DEL MAR. AUNQUE NO LES QUEDA MÁS QUE LA ROPA QUE LLEVAN PUESTA, ESTÁN CONTENTOS DE HABERSE SALVADO.



ME ALEGRO DE DECIRLES QUE A PESAR DE SU TERRIBLE EXPERIENCIA, MI PEQUEÑO PACIENTE ESTÁ FUERA DE PELIGRO.

¿PUEDE LE VANTARME, DR.?



¡POCO A POCO, HIJITO! UNOS DÍAS MÁS DE DESCANSO, Y VEREMOS!

¡HAY UNA HO- LA PALA PES- CAL Y OTRA PALA SECA! LELES!



¡QUIEN SABE, TOMÁS, SI SU BARCO, EL "TRITÓN", HA RESISTIDO LOS GOLPES DE MAR!

¡CA! ¡NO HABÍA BASTANTE DE MIS HOMBRES A BORDO PARA GOBERNARLO! ¡SÓLO POR UN MILAGRO...!



¡HASTA UN MENLIGO HAMBRIENTO PUELE SONÁR CON UNA COMILA LE PATO ASALO. ESTA HUMIL' LE PELSONA CONTINUALÁ ESPELANLO. SÓLO LOS LIOS PUELEN LESCOL'LEL LA COLTINA QUE OCU- TA EL POLVENIL!



¡YO ESPERABA ENCONTRAR 40 UNAS PEPITAS DE ORO EN MIS BOLSILLOS!

¡DA GRIMA PENSAR EN LAS TONELADAS DE METAL PRECIOSO QUE SE PERDIERON AL HUNDIRSE LA ISLA...!



UNA BOLSA LLENA ES UNA ALMOHALA MULLILA: SÓLO LOS NECIOS TLATAN LE SATISFACE EL HAMBLE. LIRITANI O PASTELES.



¡HURRA! ¡ERLAS! ¡WONG ES RICO!

¡SOY UN GALOPIN, SI ÉL NO SABE MÁS QUE SALOMÓN! ¡TE FELICITO, QUE TODO LO MERE- CES!



EN TABLAS LE JALE ESTÁ INSLI TO: UN BUL'LO CALGALO LE OLO SIGUE SIENDO UN BUL'LO. ¡ESTAS PEL' LAS SON NUESTLAS!

ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U.S. Patent Office

By Brandon Walsh



PALABRA "HUESITO", QUE YO DEBO ESTAR CHIFLADA, VIVO EN ESTA CASA MAGNÍFICA, TENGO UNA DONCELLA QUE ME SIRVE...



... NO ME FALTA NADA QUE PUDIERA DESEAR UN NIÑO, Y DEBO SER FELIZ; PERO NO LO SOY. ¡MIRA! AHÍ VIENE ESE ABOGADO OTRA VEZ.



¡BUENOS DÍAS, SR. DURÁN! ¡QUE PUNTUALIDAD! ¿TIENE UD. NOTICIAS?

LOS DE MI PROFESIÓN TENEMOS QUE ACUDIR SIEMPRE A TIEMPO.



ME ALEGRO DE INFORMARLE QUE AUN EXISTEN IMPEDIMENTOS LEGALES PARA QUE SU HERMANO ADOPTE A LA NIÑA ANITA. CLARO QUE CON EL TIEMPO UN HOMBRE DE SU FORTUNA TRIUNFA.



¿PERO NO HAY NADA QUE PODAMOS HACER? ¡LOS PARENTES QUE HEMOS DEPENDIDO DE ÉL, QUEDAREMOS EN LA RUINA!



¡ES CRUEL, ES INJUSTO...! ¡ES UNA INFAMIA QUE UNA HUERFANITA EGOISTA SE ENREMETA PARA DEJARNOS A TODOS DESHEREDADOS ¡AMINO A UN HOSPICIO DE POBRES!



¡VAMOS, SEÑORA! SU HERMANO TIENE MUCHOS MILLONES! ¡ES DE SUPONER QUE LES DEJARÁ!



¡CARAMBA, "HUESITO"! ¿HAS OIDO LO QUE LA SEÑORA LE DITO AL ABOGADO? ¡SI EL SR. CALVO ME ADOPTA, TODAS SUS HERMANAS Y TÍOS Y PRIMOS SERÁN POBRES E IRÁN A UN HOSPICIO!



DEBE SER POR ESO QUE NO ME QUIEREN; PERO TU SABES, "HUESITO", QUE YO NO SOY CAPAZ DE MANDAR A NADIE AL HOSPICIO. ¡ANTES QUISIERA MORIR!



MODESTO RIZOS

NO COMPRENDO COMO EMILIA HA SALIDO CON ESOS SUJETOS! ¿SABIA QUE YO VENIA POR ELLA, RIZOS?

TEMO QUE LA HAYAN SECUESTRA- DO. REGÍSTRALO. A SU PADRE SE LE CALCU- LA UNA FORTUNA DE DIEZ MILLO- NES.

¡ESA ES LA CASA! ¡PASEO DE LA LAGUNA Nº 2623!

BUENO. QUEDA DE- JARLOS AQUI!

¡LO QUE ME DIJO PE- ÑA ME ASEGURA DE QUE ESOS INDIVI- DUOS NO SON SUS DETECTIVES.

¡VOY A FORZAR ESTA VENTANA, RIZOS! ¡EMILIA ESTÁ EN PELIGRO!

AQUI HAY UNA SO- LA COMPANIA DE TA- XIS. INTERROGARE- MOS A LOS CHOFERES.

¡BUENA IDEA! ¡VA- MOS!

¡PERO A NOSOTROS NOS CONSTA QUE LA SEÑORITA EMILIA PEÑA ESTÁ AQUI.

¡YA LES HE DICHO TRES VECES QUE NO CONOZCO ESE NOMBRE.

¡MIRE! ¡UN BOL- SO DE MUJER! ¡DEBE SER DE ELLA!

¡ESCUCHE! ¡AHI VIENE ALGUIEN!

¿RECUER- DA SI ESTA SE- ÑORITA Y DOS IN- DIVIDUOS TOMARON ESTA NOCHE SU TAXI?

¡YA LO CRED! ¡QUE LINDA ES! ¡Y RE- CUERDO A DONDE FUE- RON!

¡LLEVE- NOS HASTA ALLA!

MODESTO CORRE AL TELEFONO PUBLICO MAS CER- CANO Y LLA- MA AL PA- DRE DE LA JOVEN DE- SAPARECI- DA!

¿SEÑOR PEÑA? ¡SOY MODESTO RIZOS, REPORTERO DE "EL CAJON", DE SAN ELOY! ¿A QUIEN VISITA SU HIJA EN SAN MARCOS?

¡NO ESTÁ EN SAN MAR- COS! ¡NO PUBLI- QUEN NADA DE ELLA!

¡SALGA, REGÍSTRALO! ¡PRONTO!

¡ESTOY... HERIDO!

¡PUY!

¡WHAM YOUNG!

CONTINUARÁ TO BE CONTINUED

AVENTURAS DE AGUILUCHO

By Lyman Young

¡Y MÁS ALLA DE ESTE LAGO EL VALLE NEGRO!

M'GANI, EL LAGO DEL SILENCIO! ¡SÓ- LO YO Y MIS GUAR- DIAS LO HEMOS VIS- TO! ¡ME SERA FACIL ENCONTRAR EL TESORO, QUE SE- RA TODO PA- RA MI!

SI HE VISTO EL MAPA; PERO NO PUEDO RECOR- DAR LOS DE- TALLEES.

TRATE DE TRA- ZARLO EN EL SUE- LO. ESO LE AYUDA- RÁ A RE- CORRAR.

...AQUI ESTABA EL ADUAR, DE LORONO... Y AQUI EL LAGO M'GANI.

¡SIGA...! ¡SIGA RECORDANDO, AL- ROD!

¿EL LAGO ESTÁ AL ESTE, O AL OESTE?

¡AHORA RECUER- DO LOS DETALLES IMPORTANTES! ¡ME VINIERON DE REPENTE!

¡SIGAN- ME! ¡AHORA ESTOY SE- GURO!

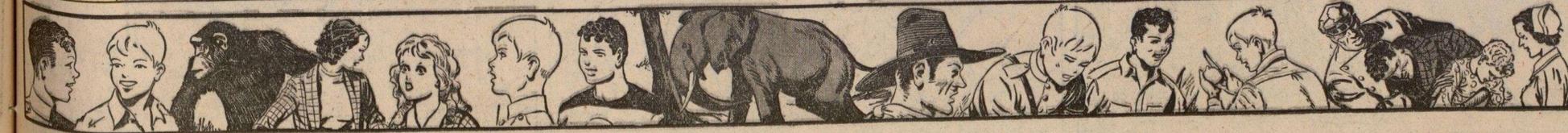
¡IAH!

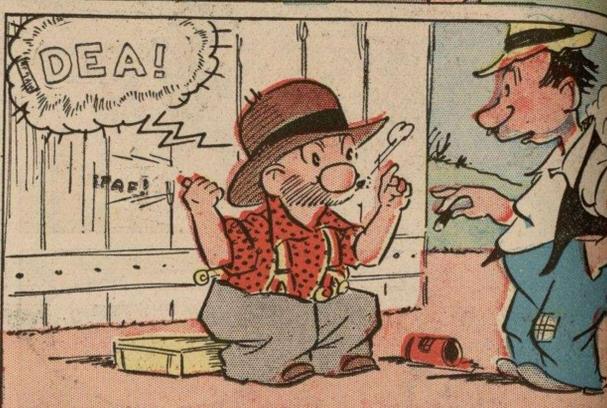
UNO DE LOS GUE- RRREROS DE AVAN- ZADA DE LA REINA LORONO, HACE UN DESCUBRI- MIENTO ALARMAN- TE. ¡UNA FOGATA QUE HUN- ARDE!

¡HE VISTO UNA FOGATA! ¡QUIZAS DE CAZADOR BLANCO QUIZÁS DE GUE- RRRERO!

¡MIENTES, ALO- TO! ¡AQUI, NO HAY NADIE MAS QUE NO- SOTROS!

TO BE CONTINUED NEXT WEEK





PEDRO HARAPOS

